Confidencias de una cortesana
Cora Pearl

Confidencias de una cortesana

Cora Pearl



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo I

Mi nacimiento en Plymouth. Lascivia en la calle. Colegio en Boulogne. Un baño en público. Placeres de la carne. Desaparece mi timidez. La seducción de Hortense. Los hombres ¿fuente de placer? El nieto del jardinero, Recreo interrumpido.

Nací en Plymouth (Devonshire) en 1842 (1) en East Stonehouse (2). Soy hija de mister F. N. Crouch, el conocido compositor cuya canción Kathleen Mavourneen es popular en todo el mundo, y de su esposa Lydia, mujer de voz envidiada por muchos y de entereza tal que supo sacar adelante una familia numerosa con los poco pingües ingresos de un hombre cuyo talento nunca estuvo en consonancia con el dinero que ganaba por ejercerlo.

Mis primeros años no encierran gran interés para el lector : una hija más de la familia -éramos seis hermanas-, tuve una niñez corriente entregada a juegos alegres. Mis padres me bautizaron con el nombre de Emma y fueron buenos conmigo, librándome de las asechanzas de un mundo casi siempre indiferente a la encomiable virtud. Los grandes puertos son siempre terreno abonado a los periódicos trastornos que provoca la conducta eufórica de los hombres confinados durante largos períodos a la compañía de su propio sexo, circunstancia favorable a exhibiciones del más desenfadado libertinaje. No obstante, una niña puede crecer en semejante ambiente sin resultar necesariamente afectada, y así sucedió que, en mi primer enfrentamiento con la lascivia, no supe reconocerla.

Ejemplo es que uno de mis primeros recuerdos es el

(1) En realidad nació en 1837. Cora Pearl falsificó su certificado de nacimiento para quitarse cinco años.

(2) En el número 5 de Devonshire Place.

de que voy paseando con mi padre por una estrecha callejuela trasera de Union Street (la vía Que une Stonehouse con Plymouth propiamente dicho, y por ello una de las más concurridas por la alegre marinería). Uno de los teatros (3) en los que de vez en cuando ejercía mi padre sus dotes musicales se hallaba precisamente en esa calle. Me habían dejado un sitio en el foso de la orquesta para ver la función de tarde, y al acabar, salimos por la puerta de artistas cuando ya había oscurecido, pues mi padre me llevaba a casa (4) antes de regresar él al teatro para la función de noche. Cuando empezamos a caminar por la larga y oscura calleja pude ver gente tumbada en el suelo, por parejas, o contra la pared, jadeando y moviendo acompasadamente sus cuerpos; conforme apretábamos el paso, oía unos ruidos sordos, unos gemidos y murmullos con exclamaciones. Mi padre aprovechó la primera ocasión para entrar en otra bocacalle y yo seguí ignorante, en aquel entonces, de la naturaleza de lo que

sucedía en la calleja: acababa de tener, ni más ni menos, mi primera experiencia como espectadora de la naturaleza bestial del acto sexual. Los cuerpos que había visto eran las prostitutas más tiradas de la ciudad y los marineros más ansiosos de satisfacerse por la cantidad más ínfima posible con la primera hembra que se lo propusiera.

Aparte este incidente, mi vida transcurrió como la de una niña inocente. No tenía hermanos que me aleccionaran sobre la diferencia esencial de los sexos y tampoco al principio la descubrí cuando me vi en un colegio de monjas en Boulogne, aunque fue precisamente allí donde principió mi educación sexual. Aún no sé muy bien por qué me enviaron a Francia, y en aquel entonces era para mí un misterio indescifrable. Mi padre empezó a ausentarse del hogar cada vez con más frecuencia y al final desapareció; después supe que había probado

(3) Probablemente el Palace o el Grand Theatre.

(4) En el número 8 de Caroline Place, en East Stonehouse, a donde se habían mudado.

suerte de actor en los escenarios londinenses para luego marchar a América, y ya no supimos más de él. Mi madre se defendió a solas durante algún tiempo, pero luego, como era de devota inclinación, viendo lo difícil que era criar a una niña como una mujer sin tacha en una ciudad portuaria, en la que la conducta disoluta predominaba sobre las buenas costumbres, siguió los consejos de una amiga y, en 1849, me puso a bordo de un barco que iba a aquel puerto francés, a donde llegué una mañana de primavera. Una monja, vestida de negro de pies a cabeza, me acompañó al colegio en el que habría de permanecer ocho años.

El colegio era un edificio enorme, un tanto sombrío, situado en la rue des Pipots, no lejos del centro de la ciudad, pero con una tapia monumental alrededor, que lo aislaba totalmente. Había un gran jardín en el que nos solazábamos y hacíamos un poco de ejercicio cuidando las verduras del huerto, y una vez por semana íbamos con las monjas a la cercana iglesia de San Nicolás. Aparte esto, estábamos presas como infieles.

Desde el principio me resultó una novedad verme confinada en un dormitorio con otras doce chicas mayores que yo. Entendido está que ya antes había compartido cama y habitación con dos hermanas mías, pero también compartíamos la indiferencia recíproca hacia el cuerpo y el sexo, y para mí era algo extraño el interés que mostraban mis nuevas compañeras, no ya por el suyo propio, sino por el de las demás.

Después de presentarme a la madre superiora o directora del colegio, una monja joven me llevó hasta una amplia pieza bajo el tejado, en la que había doce camas, una al lado de otra, en una parte de la misma. Varias chicas sentadas y tumbadas zurcían, leían o charlaban en un idioma que di en entender era francés. Me presentaron a la mayor, Liane, quien me cogió de la mano y me llevó hasta una cama desguarnecida preparada para mí. Poco tardé en vaciar mi modesta bolsa de pertenencias en el armarito junto a la cama y, en cuanto la hermana se hubo ido, Liane volvió a cogerme de la mano y salimos de la habitación, mientras ella decía algo entre risas de las demás. Algunas nos siguieron. Me llevaron a otro cuarto más pequeño en el que había una gran bañera de estaño y tres jarros de agua caliente humeante que había traído una criada.

Ante mi sorpresa, Liane empezó a desvestirme y no tardó mucho, pues, como era verano, llevaba poca ropa. Aunque sentía bastante vergüenza porque nunca me había mostrado desnuda delante de nadie, salvo mi madre, me hallaba demasiado nerviosa para negarme o intentar disuadir a las otras de que me tocaran, y así, empezaron a explorar mi cuerpo pasando sus manos por mis flacos hombros, caderas y pecho, en el que aún no despuntaban los senos; familiaridad que me sorprendió. Pero mi sorpresa fue en aumento cuando, tras meterme en la bañera y verter sobre mí aquel agua tan agradable, Liane se desvistió para meterse también en la bañera, privilegio que, según descubrí más tarde, se atribuye la mayor del dormitorio siguiendo una antigua costumbre. Liane cogió una pastilla de jabón y me lavó minuciosamente, cubriendo todo mi cuerpo de espuma y prestando particular atención a la suave hendidura en mi entrepierna, donde aún no crecía vello, pero en la que sentí una cálida sensación y un

agradable cosquilleo nuevos para mí.

Después de verter más agua para aclararme, Liane me puso el jabón en la mano y con la suya me hizo que se lo pasara por los senos. A pesar de mi retraimiento, no me resultó desagradable explorar su cuerpo, pues era la primera vez que veía una chica mayor totalmente desnuda. El abultamiento de sus pechos me intrigaba y, maravillada, sentí el tacto de aquellos pezones que se tensaban al pasar mi palma sobre ellos, hasta ponerse tan duros como la yema de un dedo; luego pasé mis manos por entre las piernas de Liane y advertí que ya tenía un vello incipiente y sedoso.

No me cabía duda de que a Liane le agradaba mucho que la lavaran y saqué la conclusión que sobre todo le gustaba que se lo hiciera entre las piernas, pues era la zona que, por sus gestos y movimientos, más me animaba a que limpiase, porque apretaba sus partes contra la palma de mi mano. De repente, con cierta brusquedad, apartó mi mano y ella misma

comenzó a hurgarse con el dedo índice, jadeando de auténtico placer, mientras con la otra mano me acariciaba las nalgas y me atraía hacia ella. Las otras chicas no se perdían detalle y algunas se ajustaban los vétements de dessous (*) a juzgar por el tejemaneje bajo la falda.

Al cabo de un rato Liane lanzó una brusca exclamación, cesó en sus movimientos y sin decir palabra salió de la bañera, se secó a toda prisa con la única toalla y abandonó el cuarto seguida de las otras. Perpleja, me sequé lo mejor que pude, mientras otra chica algo mayor que yo, que debía haberse quedado fuera de guardia, no dejaba de mirarme agriamente. Imagínense mi sorpresa cuando se me dirigió en inglés.

Me dijo que era de Bristol y que llevaba dos años en el colegio.

-Te gustó eso, ¿verdad? -me preguntó, bastante enojada.

Le contesté que no me había parecido desagradable y que en todo caso me complacía que una de las costumbres del colegio fuera la de la limpieza, a lo cual Bette (que así se llamaba la de Bristol) soltó una carcajada y se marchó, y yo tuve que buscar sola el camino del dormitorio.

Aquel día comenzó mi educación en diversos aspectos. Si durante el día aprendía francés, lengua en la que pronto adquirí un dominio aceptable, las virtudes de la casa y rudimentos de matemáticas, historia y otras disciplinas, por las noches aprendía los placeres del cuerpo, y al cabo de un par de años tenía tal conocimiento que estaba convencida de que eran bien ton

(*) Ropa interior, enaguas. (N. del t.)

tos los que no se entregaban a ellos. Eran unos placeres exclusivamente femeninos, como es natural, ya que las hermanas se esforzaban en que no tuviésemos contactos con hombres. Sin embargo, había una o dos monjas que no se mostraban esquivas al tipo de placeres de que hablo, aunque durante los años que pasé en Boulogne nunca vi a ninguna que impusiera su solicitud lasciva a ninguna chica demasiado joven o demasiado inexperta que no los pudiese aceptar sin ecuanimidad. Para mí fue una sorpresa descubrir que las mujeres adultas encontrasen también deleite en la carne, ya que durante los primeros meses pensaba que aquello era una simple diversión infantil. Eran cosas de las que no me gustaba hablar con las otras chicas y que, desde luego, no se me ocurría mencionar a las maestras.

Pero un día, al principio de mis últimos dieciocho meses en la institución, en cierta ocasión en que entraba apresurada a un aula para recoger unas agujas que había olvidado, sorprendí a Bette arrodillada ante soeur Rose, una de las monjas más jóvenes y bonitas, con la cabeza entre sus faldas, y, aunque la hermana se separó en cuanto me oyó entrar -pues yo me había acercado sin tapujos ni recelos-, pude ver en el rostro de la chica una expresión que no me era desconocida por haber visto la cara que ponían mis compañeras en determinados momentos de placer recíproco. Después, ante mi insistencia, Bette me confesó que a la hermana Rose le gustaba sobremanera que le besaran aquellas partes a las que yo ingenuamente atribuía un único propósito. De este modo continuaba mi educación.

Nuestros experimentos nocturnos en el dormitorio son fáciles de imaginar. Eugénie, mi mejor amiga, al conocer la escena entre Bette y la hermana Rose, decidió aleccionarme en los placeres que los labios y la lengua procuran. Fue un deleite que yo al principio no sentía por la contrapartida de la repugnancia, pero a partir de entonces me di perfecta cuenta de que uno de los mayores goces en la vida está en sentir el placer que una es capaz de dar a sus amantes. Y ya entonces estaba crecidita y dispuesta a experimentar por mí misma la plenitud del placer que era capaz de procurar a los demás. En general, nos emparejábamos, y entre muchas de nosotras se daba un afecto sincero y profundo, como nunca después he conocido. Otras veces, cuando nos sentíamos muy cariñosas, nos juntábamos tres, cuatro o cinco, para comprobar qué diversidades de placer éramos capaces de obtener; experimentos cuya importancia repercutiría en mi futura profesión ya que entonces aprendí a no desfallecer

en ninguna actividad cuyo resultado fuese placentero.

Con no poca sorpresa supe, hablando con Eugénie y las demás, que los chicos y los hombres sentían la misma emoción intensa que nosotras; pues yo había pensado que estarían demasiado ocupados con su trabajo para dedicar tiempo a aquellos actos de esparcimiento, y hasta sentí vergüenza cuando me dijeron Que los hombres se procuraban aquellos placeres no sólo entre ellos, sino con el sexo opuesto, ya que para mí era algo antinatural. Parte de mi educación corrió en este capítulo a cargo de Hortense, una alumna vivaracha de catorce años, quien me explicó que desde los doce años era querida de su tío, un joven granjero de Deauville que había venido a vivir a su casa cuando ella era muy niña y tenían costumbre de bañarla ante el fuego de la cocina. Instando a su hermano a que bañara a la pequeña, la madre de Hortense había actuado imprudentemente de inductora de la seducción de su hija, consumada años más tarde, si bien el tío de Hortense había actuado en aquella ocasión con no menor habilidad y comprensión como entusiasmo, y, como le llevaba ocho o diez años, supo esperar que ella estuviera en edad de conocer varón.

Hortense me contó que un día de verano en que su tío la llevó a bañarse a una poza escondida de un río cercano se quedó boquiabierta al ver que él empezaba a quitarse la ropa sin más, y así fue cómo vio entre sus piernas el trasto que pronto sería su deleite. Nada más desnudarse, dijo Hortense, ya le pareció de gran tamaño (seguramente a causa del calor y del entusiasmo de su tío), pero cuando, sin hacerle ascos, ella misma se quitó la ropa, el chisme creció hasta alcanzar (me dijo ella) el tamaño del mango de una paleta o de un rastrillo de jardinería parecido.

Su curiosidad la impulsaba a examinar aquel utensilio raro desconocido para ella, y su tío no mostró recato en negarle la oportunidad de examinarlo. Los hombres, me explicó Hortense, están dotados de ese chisme que cuelga entre sus piernas, y con él realizaban, de pie, lo mismo que nosotras hacemos sentadas. A la mayoría, su reducido tamaño les permite ocultarlo con facilidad bajo la ropa, pero cuando se desvisten, si quieren, pueden hacer que el instrumento aumente y crezca hasta que se despega del cuerpo formando ángulo con el vientre, y entonces se les ve debajo una especie de bolsa con dos cosas redondas, como guijarros escurridizos y, por lo visto, blandos, ya que, si cuando se les toca con suavidad producen gusto, si se hace con brusquedad causan dolor y el instrumento superior se encoge.

El tío de Hortense le permitió amablemente que examinara de cerca los objetos que incitaban su curiosidad y que sintiera con su propia mano la dureza del instrumento; era, según ella me dijo, duro como el hierro y ternilloso, aunque no costaba retirar la piel que lo recubría, cual si fuera la piel de una salchicha no muy repleta; el extremo se replegaba y entonces asomaba un pomo o cabeza, rojísimo, con un agujerito del que rezumaba un líquido blancuzco. Luego fue su tío quien le examinó el cuerpo, y Hortense me contó que a él le agradó el vello suave de entre sus piernas, pues nada más verlo sonrió de oreja a oreja diciéndole que le gustaba mucho y que iba a hacerla mujer.

Lo que vino después le causó algo de dolor, pues él colocó la cabeza del instrumento en el agujero entre las piernas de Hortense y a continuación se lo hundió con tal fuerza que ella creyó que la partían en dos, me dijo. Al principio ella pensó que con aquel empellón él había roto su instrumento, pues dio un grito y se dejó caer sobre ella, sacándolo a escape y ella vio que se achicaba y se ponía blando, pero él le aseguró que no era nada en comparación con lo de ella y luego se tumbó a dormir en la orilla. Gracias a esto Hortense pudo observarle más de cerca y así descubrir otras diferencias en los cuerpos de ambos, tales como mayor cantidad de vello en él, sobre todo en el vientre y los muslos, y también en las nalgas, que, a decir de Hortense, eran peludas como las de un caballo o un burro (característica que, más tarde descubriría yo, no es una regla fija).

Al cabo de un rato, su tío se despertó y el instrumento comenzó a crecer de nuevo, estimulándolo él al principio con su propia mano y luego pidiéndole a ella que lo hiciera, a lo que Hortense se prestó encantada, hasta que él hizo un gesto y le apartó la mano, diciendo algo como que no quería correr, que a ella le sorprendió porque en casa no los esperaban hasta última hora de la tarde. Luego volvió a meterle el instrumento, esta vez con mucho más

cuidado y colocándole el trasero sobre un montón de hierba y abriéndole las piernas más que antes; esta segunda vez Hortense no sintió casi dolor y en cuanto él empezó a mover el instrumento adelante y atrás comenzó a sentir un placer delicioso y laxo, más excelente que el gusto que sentía cuando nosotras la acariciábamos en el dormitorio.

Aunque Hortense no hubiera dejado de incitarnos con delirio a que le diéramos gusto, desde aquella tarde estaba convencida de que los hombres poseían mejores medios para dar placer, y ardía en deseos de que llegasen las vacaciones, pues su tío le había prometido que convencería a su madre para que la dejara acompañarle en un viaje que iba a hacer al sur para comprar ganado, y ella esperaba encantada reanudar sus experiencias.

El relato de Hortense hizo que yo ardiera en deseos de probar el cuerpo de un hombre, igual que las otras chicas a quienes había relatado la historia con una presunción un tanto irritante. Pero las monjas no nos quitaban ojo de encima y en el paseo semanal que dábamos fuera de las tapias nos vigilaban como a reos. El único varón que veían nuestros ojos era un jardinero viejo, que no sólo era redomadamente feo, sino que, según la bien informada Hortense, probablemente demasiado anciano para hacerlo, (así se expresó ella).

La vida era muy aburrida. Clases y más clases un día y otro, con una monotonía tan abrumadora que llegué a convencerme de que en mi futuro era imposible que hubiera días tan aburridos como aquéllos (premonición que, felizmente, mi vida ha confirmado).

En esto, un día vimos, con sorpresa casi comparable al placer intuido, que no estaba el viejo que solía ocuparse del trabajo rudo de jardinería y de asesorar nuestros más que indiferentes intentos de horticultura, y que en su enfermedad le sustituía su nieto, un muchacho de unos diecisiete años, tieso y fuerte, con una pelambrera rubia rizada y de recias espaldas. Estábamos aquel día cuatro de nosotras limpiando las malas yerbas de los surcos de calabazas, cuando vimos con el rabillo del ojo que se quitaba la camisa y empezaba a cavar a pocos pasos de allí para sacar las últimas patatas. El sol daba de lleno en sus hombros ya morenos y los músculos que se marcaban bajo su piel y la tensión en muslos y nalgas a través del pantalón nos tenían encandiladas.

Pensaba yo si no sería demasiado joven para interesarse en el pasatiempo que tanto agradaba al tío de Hortense, pero ella me susurró que su tío era más o menos de la edad del muchacho y que buscaríamos la ocasión. Fue Hortense al final quien provocó la ocasión. La vigilante era soeur Rose y convencimos a Bette -uniendo a nuestras amenazas de violencia la promesa de una recompensa material cuando llegase a la semana próxima la generosa asignación materna de pasteles para Eugénie- para que atrajese adentro a la monja, diciéndole que tenía un picor en el bajo vientre. Apenas desaparecieron, Hortense, que naturalmente dirigía la empresa por su mayor experiencia, se fue directamente al muchacho, que se llamaba Gaston, y le saludó. Luego he aprendido que es perfectamente posible entenderse en asuntos sensuales entre hombre y mujer sin decir palabra, y Hortense debía de tener dotes naturales de ese instinto a su edad, porque le bastó poner la mano en la espalda del muchacho y a

continuación dirigirse al cobertizo, para que Gaston la siguiera sin más, como si le arrastrara un cordel invisible. Eugénie y yo fuimos detrás y cerramos la puerta, colocando contra ella un saco de grano. Apenas acabábamos de hacerlo cuando ya Hortense estaba abrazando al muchacho sin andarse con rodeos, besándole en lá boca y acariciándole el cuerpo. De repente se apartó, se Quitó con toda soltura el vestido y los pantaloncitos, mientras Gaston, que estaba embobado, abría aún más la boca de alegría al ver que ella le echaba mano a los pantalones -su única prenda, como se vio-, se los aflojaba y se los bajaba.

Y así fue como Eugénie y yo vimos por vez primera la parte de los hombres que tanto placer me daría (en cuanto a ella, no sé) en años sucesivos. Aunque no era -me dijo Hortense después- como el de su tío, el instrumento de Gaston saltó con gran celeridad de los pantalones y vimos que por abajo estaba lleno de pelos rubios ensortijados. Eugénie, por ser la mayor, intentó apartar a Hortense, pero ésta le replicó que era la única que sabía cómo hay que ponerse para recibir a un hombre, viéndose claramente, a juzgar por su azoramiento ante nosotras tres, que Gaston era aún más lego. Dicho esto, Hortense se tumbó en un montón de

sacos en un rincón del cobertizo y se abrió tanto de piernas que por la mancha oscura en el triángulo no había error posible. Como en sueños, Gaston se arrodilló entre sus piernas y se le vino encima con entusiasmo. En la oscuridad no distinguíamos bien las minucias de aquel enlace, pero sí que veíamos la grupa blanca de Gaston, respetada por el sol,

subir y bajar con energía y vislumbrábamos el rostro de Hortense transido de gusto, oyendo al poco cómo jadeaba anhelante.

Al cabo de un rato -¿para mal de Hortense, me pareció- Gaston dio un último empuje con el trasero y se quedó quieto. Mientras, Eugénie se había quitado la ropa y, sin pensarlo dos veces, cogió a Gaston por la cintura y lo sacó de Hortense, pero al darle la vuelta vio que su instrumento, caído y encogido, aunque aún conservaba cierto grosor, no parecía en condiciones de faenar. Eugénie dio un paso atrás incomodada, pero Hortense la consoló diciéndole que la cosa se arreglaba a escape. Después de limpiarlo con el volante de su vestido, ante nuestra gran sorpresa, se metió el pachucho instrumento en la boca, mientras Gaston abría unos ojos como platos y se la quedaba mirando atento cómo hacía funcionar labios y lengua y le manoseaba la bolsa de abajo. Efectivamente, como había dicho, al poco, el instrumento volvía a ser el mismo, y esta vez le tocó a Eugénie ponerse debajo mientras Gaston se aplicaba con no menos entusiasmo a mostrarle el significado del amor. El dolor que nos

había dicho Hortense no pareció preocuparla, y yo más bien creo que nuestros mutuos experimentos en el dormitorio habían roto el emblema virginal que habría debido protegerla, con lo que se ahorró el dolor. Circunstancia que yo siempre he juzgado afortunada y que recomiendo por su conveniencia a los educadores de jovencitas, pues, si no, éstas se ven sujetas a un innecesario padecer en su primera experiencia amatoria.

Ahora los movimientos de Gaston se prolongaban más, tanto que, en realidad, Eugénie gritó de gusto dos veces antes de que el muchacho se quedara quieto. Yo, impaciente, la agarré por los hombros y Eugénie salió de debajo como una lagartija. Esta vez el instrumento estaba más lacio, pero como la vez anterior no había resultado difícil devolverle la fortaleza, no paré en mientes para ponerme a repetir la maniobra de Hortense. Aquella suavidad entre mis labios me sorprendió y me gustó, pero desgraciadamente mis esfuerzos eran vanos, pues no sólo no crecía, sino que languidecía más. Al ver mi desilusión, Eugénie y Hortense acudieron en mi ayuda y, mientras una me secundaba en mis intentos de revivir con zalemas el inerte instrumento, la otra besaba a Gaston en la boca acariciándole el pecho.

Sentí por fin un rebullir en mi boca y aquello empezó a engordar; en seguida Gaston comenzó inconscientemente su vaivén y el instrumento, de una o dos pulgadas de largo, pasó rápidamente a cinco o seis, a la par que aumentaba su circunferencia; la sensación de aquel medrar me causó una fruición inenarrable, cuyo interés desde entonces nunca he perdido. Me fui quitando la ropa mientras me echaba en los sacos. Gaston se me vino encima y sentía ya sus rodillas separar las mías, cuando en aquel preciso momento oímos golpes en la puerta y la voz de la hermana Rose llamándonos.

En un abrir y cerrar de ojos estábamos vestidas y Gaston se había subido los pantalones, y, en lo que se nos antojó menos de un minuto, teníamos la puerta abierta para salir a la claridad como ovejas bajo la mirada inquisitiva de la hermana Rose. Parecía estar a punto de decir algo, cuando salió Gaston cargado con un saco de semillas, pero antes de que pudiera decir palabra, Eugénie le preguntó por el picor de Bette con tal retintín y unos ojos que la hermana Rose se vio incapaz de comentar ni siquiera el que Eugénie y Hortense llevasen la ropa cambiada y en mi falda se viera un enorme rasgón que había hecho con el pie al ponérmela precipitadamente.

Me devoraba la rabia por aquella interrupción cuando había estado a punto de consumar un placer desconocido para mí, y más aún porque Eugénie me había asegurado que efectivamente era tan estupendo como decía Hortense. ¡Con qué impaciencia esperé otra oportunidad para llevarme a Gaston al cobertizo!, impaciencia que por lo visto él compartía, porque siempre estaba al atisbo de mis miradas, y una vez le vi llevarse la mano a los

pantalones y me llamó la atención un bulto, indicio tajante de que sus ganas eran más evidentes que sus miradas. Pero a partir de entonces soeur Rose nos vigilaba con más atención de lo habitual y no volvió a presentarse la ocasión, porque volvió el jardinero viejo y nunca más volvimos a ver al fogoso Gaston, aunque no me cabe duda de que si de él hubiera dependido habría vuelto a la huerta.

El tiempo transcurrido hasta mi partida de Boulogne se me hizo interminable y, aunque me costaba decir adiós a Hortense y Eugénie, mi alegría fue enorme cuando supe que al cumplir diecisiete años (5) volvería a Inglaterra, no a Plymouth, pues, por lo que fuese, mi madre no quería tenerme en casa; iría a Londres a casa de mi abuela, mistress Watts, en el Covent Garden. Estaba segura de que allí me esperaba una nueva vida y me disponía a recibirla con todo el ánimo de que era capaz mi cuerpo joven.

(5) Es más probable que Emma Crouch volviera a Inglaterra en 1855, en las Mémoires dice que tenía catorce años, cuando en realidad tenía casi dieciocho.

Capítulo II

Londres y la abuela. Un barrio alegre. Me invitan a un refresco. Amabilidad de mister Saunders. fdem de mister Bignell. Las habitaciones del Argyll. Primeras lecciones. Viaje a París. Nuevo protector. Mister Roubisse me emplea. Nueva experiencia. Artificios amatorios. Prospero. El duque de Rívoli.

Mi abuela era una mujer de gran corazón, piadosa, respetable y muy aburrida; para ella el colmo de la diversión era sentarse y jugar un solitario y que yo le leyera un libro de viajes. Su ambición era que yo me colocara de aprendiza de sombrerera o de modista (1), pero, desgraciadamente para sus proyectos, vivía en un barrio del West End londinense, en una zona que, pese a sus mejores intenciones, yo estaba dispuesta a explorar. Si por el día el barrio era todo negocios y movimiento, por la noche era lo bastante interesante para que una jovencita con mis inclinaciones se sintiera atraída, sobre todo una jovencita que había estado privada de diversiones y esparcimientos que no fueran los propios de un dormitorio de internado.

No hay espectáculo en Londres tan alegre como el de Regent Street y Haymarket por la noche, con las brillantes luces de los escaparates, los bares y todos aquellos cafés-concierto, con grupos de hombres y mujeres jóvenes vestidos a la moda que pasean de un lado para otro.

Mi abuela, obligada por mi insistencia, tuvo que sacarme algunas tardes; ella opinaba que yo no sabía la vida de ciudad y, aunque en su interior pensase que

(1) Un articulista afirmaba en 1886 en el Daily News que Emma Crouch trabajó de aprendiza unas semanas.

más me valía no saberlo, no pudo negarse a mis demandas. A pesar de su cuidado en cambiar de acera al menor atisbo de inconveniencia, le fue imposible ocultarme la índole de la diversión principal en el West End, pues en seguida me llamó la atención la cantidad de mujeres solas de toda edad y condición que llenaban las calles, dedicándose sin recato a atraer a los caballeros, quienes por su parte rara vez se mostraban impacientes porque los abordaran. Algunas de aquellas mujeres eran altas y hermosas, otras, viejas, desaliñadas y repugnantes; y entre esos dos extremos las había de todas clases. Aunque a mí me sorprendía que en la calle hubiera tal intercambio social (pues algunas mujeres apenas habían cruzado unas palabras con un hombre ya le ofrecían el brazo y juntos se dirigían a casas particulares en las calles Oxenden o Panton, al Alhambra o al Argyll), creo que desde el primer momento supe qué clase de tejemaneje era aquél.

Pero, ¡ay!, sólo podía vislumbrar aquellos escarceos las raras veces que lograba convencer a mi abuela para salir. Ella no me quitaba ojo y hubiera sido difícil escaparme, y tampoco podía aspirar a una fuga más definitiva porque no tenía (creía yo) habilidades que me permitiesen ganarme la vida por mí misma.

Sin embargo, una vez por semana -los domingos- iba a la iglesia de Saint Mary-le-Strand acompañada por Dolly, una sirvienta particularmente sosa, cuya misión consistía en entregarme a las delicias del sermón vespertino para a continuación llevarme a casa. Pero a Dolly, por sosa que fuese, le gustaba la compañía de un joven que tenía un puesto de verduras en un mercado próximo más que la perorata del párroco, doctor Farson, y tenía por costumbre acompañarme hasta la entrada de la iglesia y marcharse a dar un paseo para después recogerme a la salida del sermón.

Una de aquellas veces -la quinta- Dolly llegó tarde y yo me encontré sola en el atrio, pues toda la feligresía se fue yendo a sus casas. La situación no me desagradó y empecé a caminar sola hacia Trafalgar Square con el devocionario en la mano. Al poco rato percibí unos pasos a mis espaldas y en seguida me atajó un donoso caballero de mediana edad con capa de gala de las que se llevan a la ópera, quien me dio una palmadita en el hombro, diciéndome adónde iba.

-A casa de mi abuela, señor -le contesté.

-¿Vive tu abuela cerca de aquí ?

-¡Oh, no señor! -respondí (pues estaba a unos cinco minutos de camino de la casa).

-Seguro que a una jovencita como tú le gustan los pasteles -dijo el caballero-, y yo conozco unos deliciosos que hace una señora cerca de aquí. Me gustaría invitarte.

La oferta era irresistible, pues pasteles y dulces no eran de los premios que recibíamos en el internado, y mi abuela los consideraba ni más ni menos que instrumentos diabólicos de que se vale el lujo para encandilar a la juventud. Además, aunque el caballero tenía sus años (creo que no andaría lejos de los cuarenta), era garboso y lucía unas atractivas patillas plateadas. Caminamos por Maiden Lane, pasamos frente al restaurante Rule y a continuación tomamos por una bocacalle oscura detrás del mercado, para entrar por una puerta angosta en un pasaje también estrecho que desembocaba en un local lleno de gente y humo. Antes de los pasteles a que me había invitado, mi nuevo amigo encargó dos vasos y me dijo que me tomara mi bebida entera para combatir el frío (lo que me pareció una precaución extraña, ya que en el local hacía bastante calor y la noche no era particularmente fría). Pero, en fin, así lo hice, Luego trajeron los pasteles, pero nada más dar un bocado empecé a

sentir bascas y mareos.

El caballero, que se presentó como mister Saunders, explicándome que era comerciante en piedras preciosas, se mostró muy preocupado por mi indisposición y llamó a una camarera para preguntarle si había una habitación donde yo pudiera echarme. La mujer, sin parecer sorprenderse por la petición, dijo que no había inconveniente y mister Saunders me ayudó a subir hasta una habitación de la parte de atrás, donde me tumbé en un catre. Yo no cabía en mí de sorpresa por tanta afabilidad y diligencia en aflojarme las ropas y quitarme el vestido, para que el aire me hiciera revivir, dijo él. No me atrevería a jurar que no imaginaba algo de lo que vendría después, ya que, como he dicho, el lado animal de la naturaleza humana se expresa sin palabras y, aunque mi nuevo amigo no prometiera ser tan vigoroso como el joven Gaston, ni tan apetecible, por ser mayor, esta vez no estaban allí Hortense ni Eugénie para arrebatarme la oportunidad, y yo intuía que por fin estaba a punto de descubrir

el placer de yacer con alguien del sexo opuesto. Pero, ¡ay!, apenas mi acompañante, de pie ante mí, se había despojado de la chaqueta y el chaleco y empezaba a desabrocharse la camisa, cuando me sobrecogió un segundo mareo que me dejó privada en el lecho.

Me desperté a la mañana siguiente, en ropa interior, con un terrible dolor de cabeza y malestar, y cierto comezón en el bajo vientre; pero incapaz de recordar que hubiera pasado nada entre mister Saunders y yo. (Debo decir que el incidente me dejó con tan increíble

aversión a los licores, que nunca he vuelto a probarlos.) Me vestí a toda prisa y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar cinco libras encima de mi vestido sobre la silla!

Aquello era la mayor suma de dinero que yo había visto nunca. Además, no se me había ocurrido que en la relación entre damas y caballeros que yo imaginaba entrase pago alguno, pues yo creía que el placer era sobrado motivo para la cópula. Pero en aquel momento comprendí que de la compañía brindada por mister Saunders podía obtenerse una buena renta, una renta quizá mayor que el mejor salario de la sombrerera más trabajadora, y eso sin la dedicación intensa y aburrida que requiere ese oficio. Pero me constaba sin lugar a dudas que mi abuela no opinaría lo mismo, y así, con no mucho remordimiento por lo que hacía, alquilé con el dinero de mister Saunders una habitación cuya deslucida ventana daba a una esQuina del mercado y cuyos únicos muebles -silla, mesa y cómoda, amén de la cama-, más que lujo, me prometían independencia.

La patrona era mistress Gerard y los otros cuartos estaban casi todos ocupados por caballeros; había uno que parecía más pudiente que los demás pues al segundo día de estar allí, cuando salía de mi cuarto por la noche para dar un paseo, coincidí con él, que iba vestido con magnífico gabán y tocado con una chistera, que levantó para saludarme, presentándose como mister Robert Bignell.

No tengo el gusto de haberla visto antes, dijo; y después de haberme yo presentado diciéndole que acababa de llegar de Francia, me invitó amablemente al Argyll, local del que era propietario. Muchas veces he pensado en la suerte que lo puso en mi camino, o más bien a mí en el suyo. No es que él viviese en una habitación alquilada en una casa como aquélla; la tenía porque estaba a un paso de Great Windmill Street, la calle del Argyll, y él prefería, me explicó, ahorrarse los cuartos en vez de gastarlos en fruslerías.

Yo nunca había estado en un local como el Argyll. La planta baja era una inmensa pista de baile llena de barras para beber y rodeada arriba por una galería con sofás tapizados en terciopelo, en los que se sentaban desenfadadamente jóvenes de uno y otro sexo, mirando a las parejas de abajo fogosamente entregadas al ritmo de la polca y otras alegres danzas. Mister Bignell me acompañó solícito hasta un hueco reservado en la galería y a continuación se excusó y me dejó a solas observando el alegre ambiente de la pista, llena de mujeres con vestidos costosos y de vivos colores, luciendo refulgentes joyas, muchas de las cuales, supe después, eran lo bastante auténticas para anunciar a sus dueñas como objetos de lujo para cualquier hombre con posibles para solicitar sus favores.

Llevaba una hora contemplando bailar a la gente, cuando volvió mister Bignell, haciéndome signo de que le acompañara escaleras arriba hasta el segundo piso; cruzamos un pasillo y entramos en una habitación con luz muy tenue, totalmente tapizada de terciopelo rojo, con una lujosa alfombra y por único mueble una cama o colchón cuadrado de más de dos metros lleno de almohadones. Apenas cruzar el umbral, mister Bignell me abrazó y empezó a besarme fogosamente, abriendo mucho la boca y forzando mis labios con su lengua, cosa que al principio me incomodó, porque no estaba acostumbrada, pero que pronto supe va de consumo y es reflejo de lo que sucede más abajo. ¡El debió de notar mi inexperiencia porque desistió, me miró a los ojos y exclamó : ¡Entiendo ! Luego añadió : No temas, sólo quiero ser amable contigo si tú haces lo mismo. Instintivamente supe lo que quería decir y no perdí tiempo en quedarme tan desnuda como el día en que tomé mi primer baño en Boulogne. ¡Con qué agrado

vi por primera vez en los ojos de mister Bignell el placer y excitación naturales que un hombre experimenta en la primera cita al contemplar sin trabas la belleza de su querida! Luego me eché en la cama mientras él, desvistiéndose, me lanzaba lánguidas miradas. A diferencia de mister Saunders -imagino-, él tenía un cuerpo mucho más preferible al del hombre y el muchacho que yo había visto desnudos antes. No tenía nada de juvenil o inmaduro, aunque era blanco y suave, de miembros Fuertes y musculosos, y en una mata de pelo negro entre sus piernas enarbolaba un aparato más voluminoso que el del pobre Gaston, con una punta enardecida que parecía a punto de romper la piel algo justa. (Me sorprendió que

el extremo estuviera tan cubierto, porque el instrumento de Gaston quedaba desnudo en su extremidad al retroceder la piel; naturalmente, era la diferencia entre la circuncisión y el orden natural que por primera vez tenía la oportunidad de ver.)

Mister Bignell se acercó y se arrodilló entre mis piernas para besarme de nuevo, mientras iba separando sus rodillas para que mis muslos quedaran abiertos sobre los suyos y poder situarse bien entre mis piernas, hasta que sentí su instrumento tieso contra mi vientre. Me lo metió sin preámbulos (sorprendiéndose, como me confesó después, al no encontrar obstáculo; yo le expliqué que había perdido el virgo jugando con otras chicas, vicisitud que él nunca se cansaba de escuchar, haciéndome contarle con todo detalle nuestros juegos, que le causaban pasmo, pues me aseguraba que no era precisamente una diversión a la que se dedicaran las chicas de los colegios ingleses. Yo nunca le conté la historia de mister Saunders, pues pensé que no le gustaría y, por otra parte, a mí me resultaba también algo vergonzosa).

Cuando comprobó que había entrado a fondo, inició unos enérgicos empellones, en los que el vello de nuestros vientres producía un chasquido. Tengo que confesar que mientras iba sintiendo aumentar mi placer, eché de menos cierta ternura, pero lo atribuí (acertadamente, como comprobé después) al ansia exagerada y, agarrándole por las nalgas, le empujé repetidamente hacia mí con idéntico entusiasmo. En seguida sentí que le sobrevenía un temblor y noté en mis entrañas su órgano inflarse y relajarse varias veces, hasta que dejó de moverse y se quedó quieto sobre mí, jadeando sordamente como prueba de placer y satisfacción. Volvió a besarme, susurrándome lindezas antes de desmontar. Luego se quedó a mi lado como esperando que yo hiciese el menor gesto, señaló un rincón de la habitación, diciéndome : Detrás de la cortina y, como yo le mirara perpleja, añadió : La palangana y el agua.

Como yo seguí sin comprender, vio mi ignorancia y muy amablemente me explicó que el líquido que había derramado dentro de mí engendraba niños y que si quería evitar el embarazo debía lavarme completamente por dentro con agua y jabón. Puse inmediatamente manos a la obra. Mi ignorancia era absoluta respecto a las consecuencias de acostarse con un hombre, y la generación de niños era para mí un misterio. Estaba claro que un embarazo habría puesto punto final a mi carrera antes de iniciarla, si mister Bignell no me hubiera explicado esas cosas y no me hubiera aleccionado, además, momentos después para llevarle al éxtasis con la mano para que con mis propios ojos comprobase lo que no entendía: es decir, que en el momento supremo sale un líquido con gran fuerza del extremo del instrumento, un líquido que contiene (me explicó) unos seres invisibles que dentro de una se convierten en niños si no los eliminamos.

Después de lavarme volví a la cama y me pidió que le contara mi vida. Le hablé del colegio en Boulogne y cómo de allí había venido para vivir con mi abuela, muerta dos días antes, que me había dejado por única fortuna algunos soberanos, y que por ello buscaba un empleo con que ganarme los medios de subsistencia.

El se apoyó en un codo y me pasó el dedo por el hombro hasta el pezón, diciéndome que estaba convencido de que yo tenía talentos que me evitarían tener que dedicarme a trabajos manuales. La modestia me impide repetir los elogios que hizo de mi cuerpo y encantos; baste con decir que su simple contemplación le hizo recuperar su ardor, porque observé que su instrumento volvía a levantarse como sucedió aquella vez con Gaston, aunque no tan de prisa; yo me puse de rodillas y me lo introduje en la boca, mientras manoseaba y jugueteaba con sus bolas. El lo interpretó como algo instintivo, más que resultado de la experiencia, y, recuperándose enardecido por efecto del placer, me tumbó en la cama, me puso los muslos sobre los hombros y a su vez comenzó a lamerme y cosquillearme en mis partes con la lengua, mientras con los dedos toqueteaba mis pezones hasta que su dureza casi me causó dolor.

Durante la media hora que siguió comprendí por vez primera lo que es el auténtico placer sensual, tan distante de las experiencias infantiles de Boulogne como el trono de la silla de un mendigo. Si para mister Bignell fui al principio una alumna ignorante, creo que debió

de notar mi rapidez de asimilación, y yo misma comencé a descubrir en mí la capacidad tanto para saborear las emociones que en mí despertaba un amante solícito como los goces que yo era capaz de procurar. Comprendí también que el amante desea dar el mayor placer posible a la mujer, y en aquella ocasión los orgasmos se sucedieron casi hasta la irritación, y no tuve que fingir en ningún momento. Una de las lecciones que debe aprender la que pretenda dedicar su vida a estos menesteres es que o tiene que ser capaz de gozar siempre de los deleites del amor o, si no, convertirse en la mejor actriz fuera de escena. Afortunadamente soy por naturaleza una excelente receptora de placer sensual y, también

afortunadamente, la clase de vida que he llevado me ha permitido enseñar a los que a mí han venido mucho sobre el arte amatorio y, así es el caso, que ha llegado a mis oídos por diversos caminos que esposas y amantes tienen buenos motivos para agradecerme las lecciones preliminares que he dado a sus maridos en la materia.

Pero me aparto del tema. Ya era más de medianoche cuando mister Bignell y yo, inmersos en la cascada de excesos, quedamos, nuestros cuerpos exhaustos, entregados al maravilloso trueque de nuestra mutua fruición; pero a él no le quedaba más remedio que levantarse y vestirse para ir a supervisar el cierre del Argyll, y me dio permiso para quedarme, al tiempo que me mostraba unas habitaciones anejas a la que habíamos utilizado, diciéndome que podía considerarlas como propias; ante esto, hice llegar una guinea de propina a mistress Gerard y no volví a la pensión.

Mister Bignell me contó que primero había sido zapatero, luego estanquero en Piccadilly, lo que le había dado suficiente dinero para comprar con dos socios el Argyll. Cuando yo le conocí, los dos socios, mister Laurent y mister Bryer, estaban ya muy al margen y él se hallaba en tratos con ellos para comprarles su parte (lo que efectivamente haría dos años después, para morir luego en su propia casa de Kent, dejando una fortuna de 20000 libras. Pero esto no forma parte de mi historia).

Mister Bignell se convirtió en mi amante más recalcitrante y tenaz. Me explicó Que tenía asuntos con distintas mujeres, con las que hacía el amor por razones comerciales, siendo su propósito principal averiguar quiénes eran capaces -me dijo- de apaciguar debidamente los ardores de los caballeros que frecuentaban el Argyll. Al principio había pensado en mí en este sentido -me confesó-, pero mis dotes naturales, mi inocencia, aparte mi aspecto juvenil, que era lo que más le excitaba, le habían inducido a hacerse mi amante exclusivo, dándome su corazón.

Durante unos meses fuimos maravillosamente felices. Para mí fue muy formativo contemplar cómo actuaban las parejas en el Argyll sin perder nunca la compostura (una cosa en la que mister Bignell no se cansaba de insistir), pese a su diversa condición social; ver a aquellas señoras y caballeros que se emparejaban para retirarse a un reservado (el mejor era el que habíamos ocupado nosotros en nuestra primera liza amorosa) o que abandonaban el local para reunirse en otro sitio, era algo que muchas veces exacerbaba mi sensualidad, con lo cual, cuando llegaba el momento en que mister Bignell se retiraba conmigo, nuestro ardor resurgía tan irrefrenable como la primera noche.

Los domingos, como estaba cerrado el Argyll, solíamos ir de excursión al campo en coche de alquiler, que dejábamos en alguna posada, para dar paseos por campos y bosques; y más de una vez, al calor dél sol estival, a tal punto nos embargaba la pasión, que hacíamos él amor junto a un seto o detrás de un matorral, como los patanes, y después regresábamos a la posada para cenar y acostarnos cansados.

Otras veces yo disponía de mi persona con entera libertad, y como yo ya tenía en la cabeza que algún día tendría que valérmelas por mí sola en la vida, empecé a fijarme en esas mujeres -de las que había millares- que por lo visto se ganaban la vida con ingenio. En seguida me di cuenta de que las que mejor se las apañaban eran las que, aunque gusten a muchos hombres, siempre tienen un protector principal. Las otras, que sólo fiaban en un hombre cuya solicitud únicamente dominaban durante una noche o una hora, se convertían rápidamente, o así me lo pareció, en pobres y degradadas.

De aquéllas pronto conocí a varias, algunas entretenidas por pudientes aristócratas, o por hombres de negocios, en chalets de Richmond, Epping o Regent's Park. De las segundas, las llamadas prima donnas, las mejor libradas contaban con varios protectores -algunas hasta seis-, y los conocían en el Argyll o el Portland Rooms, o puede que en Kate Hamilton's, donde sólo podían entrar los dispuestos a gastar seis u ocho libras, o más, en una noche. Algunas pasaban las tardes en Burlington Arcade, en pequeñas habitaciones que alquilaban encima de tiendas perfectamente honorables. Desde la ventana hacían seña a los paseantes, que en su mayoría iban a la busca y entendían perfectamente aquellos gestos, tras lo cual cruzaban por delante de los escaparates de sombrererías o joyerías para subir las estrechas escaleras que llevaban a aquellas yacijas en las que las damas (la mayoría de las cuales decían ser ayas o hijas de clérigos pobres) satisfacían sus desazones por una guinea o menos.

Aunque aquellas señoras ganaban muchas veces más de 20 o 30 libras por semana, era la suma máxima que sus capacidades les procuraban. Yo estaba decidida a superarla, y estaba segura de poder hacerlo a base de simple organización; era joven, pero no tan joven como para no ver que lo máximo que podía esperar de la prostitución monda y lironda era una pobreza mitigada en el mejor de los casos, y la enfermedad y la muerte en el peor de ellos.

Un día de marzo de 1858, mister Bignell apareció con un papel en la mano. Era un pasaporte para París extendido a nombre de mister Robert Bignell, que viaja con su esposa. En cuanto llegamos a la capital francesa me llevó directamente al hotel de Lille et d'Albion en la rue St. Honoré, donde alquiló una suite; luego me enseñó la ciudad, de la que rápidamente quedé prendada.

Estuvimos allí un mes, luego mister Bignell me dijo que tenía que regresar a Londres. Pero ya por entonces el embrujo de París había desbordado en mí la gratitud hacia el caballero y, confiando en que pódría ganarme la vida por mí misma, le dije que prefería quedarme. Se produjo, naturalmente, una desagradable escena, porque Bignell estaba decidido a que volviese con él. En un momento determinado me redujo y me hizo el amor, y hasta me propuso el matrimonio. Al final, enloquecida por su insistencia, cogí el pasaporte del escritorio y lo arrojé al fuego. Ante lo cuál él me agarró, me arrancó la ropa y empezó a pegarme. Luego, arrebatado por la pasión, me tiró sobre la cama y se arrojó encima, sin entretenerse en quitarse la ropa. Allí aprendí la última lección de mi profesor : que por placenteros que sean los deleites del concurso amatorio más sublime, también en la violencia hay placer. Nos desgarramos mutuamente como fieras enloquecidas y sólo cedimos a nuestra pasión al cabo de una hora, jadeantes como bestias agotadas.

-Bien, Emma -me dijo-: supongo que debemos separarnos. Sabes dónde me tienes cuando vuelvas a Londres, porque sé que volverás. Mi error ha sido amarte, pero ya estoy curado.

Tras lo cual me entregó un estupendo regalo y partió para Calais, dejándome con mis propios recursos y proyectos. Y eran proyectos ambiciosos, pero no entra ba en ellos el regreso a Londres. No volvería allí en muchos años.

Lo primero que había que hacer era buscar un protector. El dinero que mister Bignell me había dejado, aunque suficiente, no me llegaba para seguir en el hotel de Lille, y tampoco iba a mendigar mi vida en el arroyo. La misma tarde en que partió, me vestí con todo primor, salí a la calle y me senté a tomar un vaso de vino en la terraza de un café de la rue St.Honoré. No había pasado una hora cuando se me acercó un joven pidiéndome permiso para convidarme. No era el aristócrata que yo esperaba, supe aquella misma noche, sino un oficial de la marina francesa, circunstancia que habría disuadido de acompañarle de haberlo sabido ya que mis recuerdos de infancia de los marineros no eran de los más felices. Pero D'Amenard,contrariamente a lo que yo habría esperado, era amable y cariñoso y, aunque había estado sin compañía femenina -me dijo- desde que su barco había zarpado de Bar bados

meses atrás, fue el más gentil y considerado de los amantes. Más tarde expresé mi extrañeza ante

su falta de ansia, oído lo cual me confesó que, como la mayoría de sus compañeros, había recurrido a los muchachos que iban a bordo para un apaño durante las singladuras largas, recurso que los jovencitos esperaban y rara vez rechazaban. Al decirle yo que no le comprendía y preguntarle cómo se puede utilizar a un muchacho para tal propósito, me lo explicó con todo detalle y hasta se ofreció a demostrármelo, pero yo me negué (ante lo cual se echó a reír y me dijo que no era necesario y que, aunque a algunos hombres también les gusta hacer eso con las mujeres, a él no).

D'Amenard me llevó a unas habitaciones en la rue des Bluets,en una casa de mala muerte, hoy derruida, peor aún que la de mistress Gerard. Las paredes eran tan delgadas que sufrimos continuamente los molestos gritos y susurros de los ocupantes de habitaciones contiguas (tras lo cual D'Amenard se dispuso a gozarme en voz alta, para divulgar la noticia, como él dijo). Me contó que su familia vivía en un pueblo llamado Nansles-Pins, a unos sesenta khilómetros de París, pero que no se llevaba bien con ella y había renunciado a la sociedad, y que de momento tenía alquilada aquella habitación. Yo sospecho que también buscaba un ambiente más alegre que el que un pueblo pequeño pueda ofrecer. Tenía que volver al barco al cabo de un mes, y sentí que se marchase aquel hombre tan gracioso, pues, aunque no me había compensado tan espléndidamente como mister Bignell, ni habría podido, me dio lo bastante para permitirme mudarme del hotel, y un día o dos antes de su partida, mientras andaba

buscando puesto para embarcarse (pues se le había acabado el dinero), hablé con otra de las inquilinas, que ya no era nada joven aunque se veía que había sido bonita. Ella me recomendó a un tal Roubisse, de quien dijo muy convencida que podría emplearme. Aquello de ser útil a alguien en plan comercial no acababa de convencerme, pero había decidido que necesitaba un protector con más medios que D'Amenard, y al día siguiente de su partida acudí a una casa en la rue Débarcadére para ver a monsieur Roubisse. Este me recibió en un despacho muy bien arreglado, sentado tras un escritorio como un hombre de negocios.

Yo le había mandado una nota de presentación y él no se anduvo con rodeos para decirme lo que quería de mí : a saber, que estuviera dispuesta a ir con los caballeros que él me procurara y ser amable con ellos, por lo que recibiría cierta suma.

-Pero primero -dijo- hay una formalidad.

Acto seguido tocó una campanilla y se personó en el despacho un joven alto y bien parecido a quien me presentó como monsieur Delamarche, y cuyo cometido era examinar la calidad de las señoritas inscritas por monsieur Roubisse en lo que él llamaba su lista.

Seguí al joven a través de una puerta lateral hasta una confortable habitación en la que el principal mueble era una cama y; sabedora de lo que esperaba de mí, en pocos segundos me quedé tan desnuda como monsieur Delamarche. Por entonces yo me sentía con suficiente experiencia en cuestiones amatorias, pero pronto se me hizo evidente que monsieur Delamarche, fuera cual fuese su edad, tenía mucha, pero que mucha más. Insistió, por ejemplo, en que comenzara a prepararme con una enérgica masturbación, mientras él me contemplaba (algo que resultó bastante embarazoso, porque hasta entonces yo había pensado que era un acto privado, pero monsieur Delamarche me aseguró que a muchos caballeros les gustaba verlo hacer, y después me énseñó las posturas que hay que adoptar mientras se hace. A continuación me pidió que me arrodillase y le atendiera con mis labios, introduciéndole además el dedo índice por el trasero, lo que pareció gustarle.

Cuando, a continuación, nos tumbamos en la cama, no lo hicimos (otra nueva experiencia) cara con cara, sino en sentido opuesto, de forma que su miembro estaba al alcance de mi boca y su lengua se ocupaba de mis bajos; me explicó que era una postura conocida en Francia por el soixante-neuf, el sesenta y nueve, por el parecido de esa cifra con la posición que se adopta.

Pero ya mi interés por aquella nueva experiencia era secundario a mi excitación, pues, aunque él consideraba sin duda nuestra coyunda cosa de negocios, no era en absoluto inmune al goce. Como sorpresa final se empeñó en que me pusiera en cuclillas encima de él para recibir su instrumento enhiesto que me pareció penetrarme hasta el ombligo, y luego me aleccionó para que me moviera de arriba abajo apoyándome en los talones, hasta que, por sus propios empellones entre mis muslos, vi que se había corrido. A continuación se incorporó apoyándose en los codos y me besó ardoroso las dos tetas, diciéndome que pensaba que serviría.

Pero no estoy seguro -añadió- de qué pensará monsieur Roubisse. Luego se anudó una toalla a la cintura y salió de la habitación para regresar diciendo que monsieur Roubisse opinaba que yo prometía mucho, pero que me faltaba instrucción para enviarme con un auténtico connoiseur, y que él, monsieur Delamarche, se encargaría de pulirme. Así que me dieron una habitación en la casa y durante las dos semanas siguientes estuve yendo a diario a la misma cama para aprender todas las posturas, gestos y trucos lascivos. Nunca logré enterarme de cómo monsieur Delamarche, que no debía de tener más de veinticinco años, había alcanzado aquel cargo en la firma de monsieur Roubisse, como tampoco pude descubrir cómo éste había montado el negocio (algo de sumo interés para mí).

Lo que estaba claro es que Roubisse no tenía ninguna relación con las señoritas de su lista, pues nunca vi a ninguna que fuera a la casa ni monsieur Roubisse me hizo jamás ninguna proposición. Cuando acabó mi estancia el día que me informaron que había finalizado mi instrucción, planteé la cuestión a monsieur Delamarche. Sonrió y me llevó hasta la puerta del despacho de monsieur Roubisse, golpeó con los nudillos y, al no haber respuesta, abrió y me hizo pasar, No había nadie dentro. Delamarche se dirigió a un mueble detrás del escritorio, abrió una portezuela y me indicó que me acercase. Lo hice y dentro del mueble vi ¡una ventanita que daba a la habitación donde acabábamos de dar la última lección! Por el lado opuesto el cristal era un espejo situado justo encima de la cama y aún tenía vaho de nuestro torneo de despedida de media hora antes. Enrojecí pensando en las veces que yo misma había mirado hacia el espejo con el rostro congestionado y húmedo del sudor producido por

el placer lascivo. Monsieur Delamarche me explicó que el deporte de monsieur Roubisse consistía en mirar a las parejas actuando. Tengo que confesar que me pareció algo repugnante y me lo sigue pareciendo; aunque, claro que he consentido a veces que otros miraran mientras estaba con otro hombre en la cama, pero no acabo de comprender qué placer sacan de una actividad tan poco carnal.

Sea lo que fuere, mi cursillo con monsieur Delamarche había sido tan agradable como provechoso; de él aprendí no sólo muchos recursos físicos, sino de otra índole. Cómo fingir el orgasmo sin tenerlo, por ejemplo, cómo excitar de diversas maneras a un hombre con el miembro fláccido, qué vino va mejor para excitar y cuál para adormecer al hombre, el modo de utilizar los perfumes para estimular el acto y otros trucos para aminorarlo. (Una presión bien calculada en la base del miembro erecto, por ejemplo, casi a ciencia cierta provoca el desmoronamiento de la torre, útil triquiñuela cuando el hombre acaba en seguida, pues en esos casos se impacienta por marcharse con la suma que momentos antes no había puesto reparo en desembolsar. La lujuria en mi profesión no sólo es un rasgo inconveniente, sino improductivo, en definitiva.)

Dejé la casa de monsieur Roubisse sin pena, salvo por tener que despedirme de mi buen amigo monsieur Delamarche, Era un hombre atento, cariñoso y tierno como un amante (excepto cuando me enseñaba algunas facetas ásperas del amor), y creo que también él debió de encontrarme muy agradable, amén de rápida estudiante. Sin embargo, no me forjaba ilusiones en cuanto a la estima que pudiera tenerme y, así, cuando al salir del despacho después de despedirme de monsieur Roubisse, fui a la habitación interior a dar el adiós a tan buen empleado, al abrir la puerta lo encontré montado sobre una esbélta mulata: Sin cambiar de postura me hizo adiós con la mano. (Aquélla fue la primera negra que vi desnuda; creo que

era un nuevo experimento de monsieur Roubisse, a quien se la había traído un comerciante que la había importado de Africa para su uso. Pero me parece que le costaría convencer a sus clientes de la aceptabilidad del artículo, pues nunca he oído que una negra haya tenido éxito en

sociedad con este trabajo.)

Regresé por mi cuenta a unas habitaciones distintas de las de la rue des Bluets, esta vez en la place du Havre. Me las había proporcionado monsieur Roubisse con un anticipo a devolver a su debido tiempo.

Se lo devolví muy pronto, pues tuve la suerte de gustar a los clientes que él me mandaba, y éstos no sólo pagaban la suma que él les pedía, sino que continuamente me dejaban regalos, con los que sucesivamente pude irme mudando a mejores alojamientos, a la rue Lepeletier primero y a la rue Grande Bateliére después.

Desde el principio llevé mi actividad como un negocio. Tenía una lista en la que apuntaba los nombres y datos de mis amantes, detalles de sus familias y, por supuesto, cosas más íntimas; así, no sólo podía recibirlos del modo que a ellos les gustaba -totalmente desnuda bajo un peignoir, o con ropa interior de diversas hechuras, o de manera más excéntrica (recuerdo que había un caballero a quien recibía con el único atavío de unas botas de montar y una especie de capa de cuero)-, sino que con el tiempo llegaba a preguntarles con nombre y todo por la salud de sus esposas e hijas o por la marcha de sus negocios.

Llegó por fin un día en que pude prescindir de los servicios de monsieur Roubisse. Una de mis compañeras de trabajo me advirtió que nunca podría librarme del contrato, pero yo estaba dispuesta a la lucha. Mas por gran fortuna, poco tiempo antes dé que me decidiera a enfrentarme a él, supe que le habían encontrado muerto de un ataque al corazón, mientras estaba en su despacho observando por la ventanilla cómo monsieur Delamarche hacía las pruebas con una nueva pupila. Este se retiró del negocio, o al menos de la sede de París, y desapareció de la ciudad. Era libre. Sucedía esto seis años después de mi ruptura con mister Bignell; un tiempo excesivo y muchas veces aburrido, pero durante aquellos años senté los cimientos de mi fortuna. Tenía mucho que agradecer a monsieur Roubisse, por mucho beneficio que hubiese hecho a mi costa, pues fue casi el último cliente que me envió quien me dio el espaldarazo profesional definitivo.

Un día recibí un mensaje diciéndome que un tal Jean me esperaba a mediodía. A la hora en punto se presentó un joven alto y garboso. Le conocí durante una o dos semanas por Jean, y bastaron para que quedara encandilado conmigo. Luego me enteré de que era la primera profesional con que se acostaba y que hasta entonces sus experiencias se habían limitado a aficionadas de boca hecha sólo para sorber té. Tras confesarse dispuesto a no dejarme jamás, me reveló su importante identidad : era Victor Massénea, tercer duque de Rívoli (2), ilustre nieto del famoso mariscal de Napoleón I.

(2) Más tarde príncipe de Essfing, 1836-1882. Su relación duró cinco años.

Capítulo III

Nacimiento de Cora Pearl. Carole Hassé. Ordinariez. Frustración. El principe de Ponte Corvo. Su regalo. Mi agradecimiento. Su educación. Cherchez la femme. Marcha del príncipe. El Duc Citron. El duque de Morny. La Souris Blanche. Bailes de máscaras. Me aceptan en sociedad. La vida en el Château de Beauséjour. Números mongólicos. El jardin del Edén y sus reglas.

Tras prescindir de la protección de monsieur Roubisse, volví a cambiar de domicilio; esta vez al 61 de la rue de Ponthieu, Una vivienda que compartía con una amiga, mademoiselle Carole Hassé, y en la que por primera vez recibía con el nombre de Cora Pearl,

y me atrevo a asegurar que es un nombre que he hecho famoso no sólo en París, sino en toda Europa.

Debo confesar que mademoiselle no era tan amiga para haberla aceptado como compañera de no ser por las circunstancias. Era una joven de más o menos mi edad, pero de ambiciones menos refinadas. Se había criado en Alsacia y conservaba aún su fuerte acento regional hablando francés. Yo, por otra parte, había llegado a una corrección bastante aceptable en este idioma, aunque de vez en cuando juzgaba conveniente fingir un acento inglés, o incluso de Devonshire o Cockney (*), pues del mismo modo que en Londres el no va más de una querida es que proceda de París, aquí la moda está en tener una querida inglesa, y algunos hombres la prefieren de clase algo arrabalera.

Tal vez Carole debiera su éxito a que era basta no sólo hablando. Tenía sus habitaciones decoradas como

(*) Modos típicos de hablar campesino y argótico londinense, respectivamente. (N. del t.)

un burdel público y en la cama ponía sábanas negras y su cuerpazo blanco contrastaba de tal modo que parecía un pez muerto en la arena. Pero sería injusto negar que sus maneras rudas pero altaneras no sedujeran a algunos hombres; más tarde llegaría a ser la favorita del conde de Maugny, alcanzando una posición casi en rivalidad con la mía. En la época de que hablo nos llevábamos como amigas y socias, y cuando la ocasión lo requería recibíamos juntas a los caballeros.

Fue en la rue de Ponthieu donde empecé a saborear el verdadero lujo propio de unos ingresos fijos y sobrados; en parte gracias a la generosidad del duque de Rívoli, cuya inmensa fortuna le permitía derrochar el dinero conmigo sin que al parecer mermaran sus caudales. Tengo que confesar que fue dinero fácilmente ganado, puesto que Masséna era un hombre tan indolente que su máxima expresión de arrebato era echárseme encima y descargarse con el menor esfuerzo posible. Eso en otros hombres habría sido aburrido, pero el encanto y la galantería de Masséna (y no digamos su generosidad) eran tales, que una podía perdonarle todo. Le gustaba que le acompañara a la ópera y al teatro en las sesiones públicas y que fuera vestida como correspondía a su categoría, y, como no tenía idea del precio de los trajes ni de las joyas, obtuve de él hasta diez y veinte veces la cantidad que habría sido capaz de sacarle a un hombre más mirado.

Gracias a esta circunstancia pude hacerme con mi magnífico cocinero Salé, que había servido en una casa tan distinguida que, a pesar de que ya habían transcurrido varios años, preferí no divulgarlo; a él le encantaba guisar para mí y para el duque o para una fiesta de treinta invitados, y no siempre esta clase de banquete era necesariamente más caro que el primero.

Aunque a Masséna le gustaba participar siempre en las fiestas multitudinarias de la rue de Ponthieu y contemplar a Carole y otras amigas suyas de baja estofa entretener a los caballeros con danzas y chascarrillos, cuyo único factor común era la ordinariez, dejó bien sentado que los encantos de mi persona no eran para entretener a otros mientras fuera su protegida. Como su actividad personal en el dormitorio no era particularmente apasionada, y yo por entonces ya hacía tiempo que estaba acostumbrada a disfrutar de una atención sensual de nivel más bien elevado, pronto empezó a irritarme sobremanera su falta de atención a mi belleza. Y precisamente cuando más comenzaba a notar aquella deficiencia, el propio duque me presentó en la ópera al príncipe Achille Murat (1).

El príncipe era el segundo hijo de Napoleón Lucien Charles Murat, príncipe de Ponte Corvo, y de una dama americana. Había nacido en los Estados Unidos de América y allí se había criado en condiciones muy rígidas. Pero con la instauración del Imperio habían mejorado las circunstancias familiares y, gracias a la buena resolución de un pleito

Librodot

hereditario, mantenía entonces dos casas, una en la avenue Montaige y otra en la rue JeanGoujon. Su residencia privada estaba en la rue Presbourg.

En nuestro primer encuentro me pareció que el joven príncipe me miraba con más admiración de lo que la prudencia aconseja en presencia de un protector de mayor edad. Hablamos de caza y yo le insinué mi intención de montar algún día unas caballerizas. Es de imaginar mi sorpresa cuando al día siguiente recibí a domicilio una estupenda yegua castaña con su tarjeta. Naturalmente, aquella misma tarde le rendí visita para expresarle mi agradecimiento.

El joven -sólo contaba entonces diecisiete años- me recibió en un salón (2) agradable y muy masculino, con sillas y sofás tapizados en cuero verde y retratos de sus familiares y antepasados, casi todos de rostro ceñudo. Murat llevaba un batín de terciopelo rojo largo y solemne y me hizo una reverencia un tanto protocola

(1) 1847-1895.
(2) En el número 7 de la rue Presbourg.

ria. Pero en cuanto el lacayo hubo salido de la sala, me invitó a sentarme a su lado en un sofá y no me dejó darle las gracias. Era un joven guapo, con un bigotillo incipiente y una sombra de inocencia en sus ojos negros. Yo me hallaba algo confusa en cuanto al extremo en que debía mostrarme agradecida, pero también, debo decirlo, aún más trastornada por la presencia de un joven atractivo, en un momento en que mi único amante era menos atento de lo habitual. Afortunadamente aún no habíamos intercambiado más que algunas frases de cortesía, cuando cogió mi mano, la besó y comenzó a expresarme su adoración. Ya no me cabía duda de que esperaba mi gratitud para aceptarla, aunque no fuese según los cánones al uso. Ni corta ni perezosa cogí su mano, se la llevé al escote y la introduje para que agarrara mi pecho, ante lo cual comenzó a besarme enfebrecidamente, mientras con la otra mano me sobaba la pierna.

Nunca supe por boca del príncipe nada sobre sus anteriores aventuras amorosas, pero o habían sido más surtidas de lo que su edad y aspecto daban a entender o su instinto natural para las artes amatorias era más que corriente, porque en cinco minutos se había despojado del batín (bajo el cual sólo llevaba unos pantalones, delatores de una potente virilidad), mientras a mí me dejaba en camisa, para a continuación, no ciertamente gustoso, me pareció, levantarse, ofrecerme su mano y conducirme a una habitación contigua en la que nos aguardaba una cama; tras lo cual, cogiéndome en sus brazos con mayor fuerza de la que cabía esperar de un joven de su porte, me depositó con suavidad en el lecho y después de sacarme la camisa por la cabeza y quitarse los pantalones, se puso a actuar con todo entusiasmo.

Siempre existe un deleite especial en enseñar las artes del amor a los jóvenes, y en todas mis aventuras en esa diversión suprema, los que con mayor agrado recuerdo son esos casos, pues, por mucho placer que la solicitud de un amante experto pueda procurarle a una mujer cuya profesión tiende a hacerla insensible a tal arte, se siente un gusto muy distinto instruyendo a un joven en sutilezas que aprende por primera vez.

De seguro que las aventuras anteriores del príncipe Achille habían sido con sirvientas y mujeres por el estilo, porque sin parar en mientes se colocó entre mis piernas con la intención decidida de entrar como lo hace un perro en una perra. Pero su cuerpo era tan ligero que, a pesar de su fuerza, fui capaz de tumbarle de espaldas con mi peso, agarrándole por los hombros mientras le besaba para silenciar sus protestas. La sorpresa le dejó paralizado, y yo mientras le recorría con la lengua la línea del cuello y bajaba hasta sus tetillas, rodeadas de pelillos negros ensortijados, único ornato de su torso, y jugueteaba con ellos hasta que los pezoncillos se le pusieron rojos y tensos. Le sentía estremecerse de placer al comprobar por vez primera que el arte del amor que yo practicaba era algo más que la recepción de su instrumento en mis partes blandas.

Al cabo de un rato fui bajando, haciendo con la lengua como un reguero de caracol por su vientre, deteniéndome a introducirla en el delicioso ombligo; luego, con más parsimonia, me fui acercando al sitio en que los negros rizos se separaban marcando la raíz de su miembro, ya tan duro y blanco como el marfil, al punto de que casi me lastima las tetas al rebotar contra ellas.

El comenzó a menear en lento altibajo sus riñones, como queriendo penetrarme, pero yo no hice caso y rehuí aquel instrumento tieso y cálido que oprimía mi mejilla, para besarle las ingles cubiertas de un vello ralo que mordisqueé cariñosa. Luego le separé los muslos y me situé en medio, levantándole las bolas para lamérselas delicadamente y hasta se las oprimí suavemente entre mis labios antes de pasarle la lengua por el instrumento y recibirlo a boca llena.

Sabía que, como sucede con la mayoría de amantes inexpertos, el placer que esto procura es tan intenso que no debe prolongarse excesivamente. Al rozar con los labios el pomo de su ariete y acariciarle con el dedo la zona entre las bolas y el trasero, sentí cómo todo su cuerpo se convulsionaba, y antes de que hubiera pasado mis labios tres o cuatro veces por el vástago, me rechazó bruscamente -cortesía propia de su natural tierno y considerado y de su inexperiencia- en el momento de la convulsión suprema y vi cómo la evidencia irrefutable de su pasión brotaba con la celeridad y fuerza de un disparo.

Parecía privado del habla cuando se inclinó sobre mí para besarme y, tras limpiarse con las sábanas antes de atraerme hacia él para quedarnos tumbados, me abrazó con ternura y suma delicadeza. Tan pujante es la juventud, ¨que antes de que su instrumento decayera del todo comenzó a recuperar fuerzas, y esta vez no me opuse a que se situara entre mis piernas y me penetrara, pues el placer de haberle hecho correrse me había transportado a un deseo casi tan exacerbado como el suyo. Pero su ardor era tal que acabó casi antes de Que yo empezase; mas de nuevo su juventud le permitió recobrarse y durante el resto de la tarde nos dimos mutuo placer. Volvió a excitarse tres veces más, y en los dos últimos ataques fue capaz de aguantar lo suficiente para procurarme la copiosa felicidad que él mismo gozaba.

Era ya la hora en que el duque acudía a la rue de Ponthieu y tuve que levantarme y vestirme, mientras el príncipe permanecía desnudo en la cama, exhausto, mirándome con embeleso, muestra de su gratitud y satisfacción supremas a juzgar por la decrépita postración de su miembro viril. Me despedí de él, no sin que protestase y recabara una repetición del placentero encuentro.

Desde luego que hubo repetición, pues aunque Rívoli era una persona tan amable y civilizada que me era imposible romper con él sin pena (y también es cierto que no hay que echar en saco roto su contribución al mantenimiento de mi posición), me aficioné tan de seguida a Murat que no podía pasarme sin su compañía.

Con su ayuda las caballerizas en la casa de la rue de Ponthieu fueron pronto una realidad. Durante los cinco años siguientes al primer encuentro con él compré más de sesenta caballos excelentes, de cuyo cuidado se encargaron diversos mozos ingleses (aunque, naturalmente, a un tiempo rara vez tuve más de una docena).

Me las apañé para persuadir a Rívoli que me dejara comprar algunos, y los consejos que me dio Murat en mis adquisiciones, más sus contribuciones complementarias, dieron óptimo resultado.

Quizá esto parezca una extravagancia, pero no lo es.

Al fin y al cabo, a mediados de aquella década yo era una de las más celebradas de esas mujeres que alguien ingeniosamente denominó les grandes horizontales. De las cien mil mujeres que en París dedicaban su vida al amor, pocas había que por su relación con un protector rico pudieran llevar una vida opulenta de aristócratas.

Marie Colombier, Blanche d'Antigny, Adéle Courtois, Anna Deslion y algunas más eran de las que, como yo, se exhibían en los mejores bailes, las carreras de Baden (donde, por cierto, a mí me concedieron el honor de entrar mi carruaje en la Enclosure (3) en compañía de príncipes y duques.

El duque de Rívoli no aceptó con entusiasmo precisamente cuando se enteró, pues varias amigas se encargaron inmediatamente de hacérselo saber, de mis encuentros con el príncipe Achille, y éste, por su parte, no era verdaderamente un ser de mucho tacto. Cuando mis dos amantes se encontraban -como era lo habitual en el mundo restringido de la aristocracia parisiense- se producía, en el mejor de los casos, un silencio glacial y, en el peor, un cruce de palabras del que casi siempre salía ganador el joven. Cuando en cierta ocasión, en compañía de otras personas, intervenían el duque y el príncipe en una conversación sobre la cre

(3) En realidad, otra cortesana, Hortense Schneider, compartió ese honor.

ciente fatiga de un anciano miembro del gobierno, el duque dijo : Cherchez la femme.* Ah, señor duque -replicó el príncipe-, sabe usted perfectamente que ya la he encontrado. Acto seguido, el duque dio una excusa y abandonó la reunión.

Sin embargo, durante un tiempo fui alegremente capaz de seguir entreteniendo a mi querido duque, a la vez que degustaba con el príncipe los placeres a los que aquél no era tan impenitente adicto. Este feliz estado de cosas tuvo fin en 1865, cuando un individuo a quien yo había comprado dos caballos de tiro tuvo la impertinencia de enviarme una factura de varios miles de francos que yo ya había pagado. Como no tenía recibo, Murat tuvo la gentileza de firmar un documento en el que se declaraba testigo del pago. Un periodista malintencionado, Henri Rochefort (4), enemigo de antiguo de los Napoleón, atacó en la prensa al príncipe y éste se vio obligado a desafiarle. Murat hirió a aquel truhán, pero el mal ya estaba hecho, y por orden del emperador (que pagó sus enormes deudas) tuvo que marcharse a Africa.

Cené con el príncipe y su padre la víspera de su marcha. El viejo permaneció tanto rato con nosotros en la sobremesa que de ambos se apoderó un frenesí, exacerbado más que paliado, porque Murat, por debajo de la mesa, dio en alargar la pierna para palparme entre los muslos, mientras yo conversaba con su padre sobre música y cocina. Aunque por fin el viejo se quedó dormido en la mesa, poco podíamos hacer para desahogar nuestros deseos; por fin, el padre se despertó y pidió al hijo que le acompañara a casa. Así me despedí del hijo, cuyas reiteradas promesas de un regalo de despedida quedaron en nada, aunque del padre recibí días después el obsequio de un servicio de plata de dieciocho cubiertos y un reloj de oro.

Rívoli, descontento por la atención que había pres

(*) ¡Buscad la mujer! (N. del t.)

(4) Su nombre auténtico era Victor Henri de Rochefort-Lucay.

tado a Murat, había por entonces enfriado sus solicitudes, pero afortunadamente el inglés lord Henry Seymour me presentó a un conocido suyo, a quien en broma denominó simplemente Duc Citron. Era el apodo que daba al príncipe Guillermo de Orange, heredero del trono holandés, su amigo el príncipe de Gales. El de Orange era un hombre de rostro macilento, regordete y jovial sin refinamientos, y un conversador extremadamente aburrido. De él obtuve aún menos satisfacción amorosa que de Rívoli y, aunque durante un tiempo seguimos siendo amigos, sólo aportó una modesta contribución a mi sostén, aunque me regaló un magnífico collar de perlas, tan largo que él (en un raro alarde de imaginación) se lo ponía a la cintura. Sin embargo, pronto se me presentaría un protector de mucha más categoría.

Una mañana de diciembre de 1864, estaba yo patinando en el Bois cuando advertí que me saludaba un hombre que yo conocía de las grandes ocasiones. Cora Pearl patinando - exclamó-. Extraña combinación de fuego y hielo. Yo le contesté: Monsiéur le Duc, ya que acabáis de romper tan abiertamente el hielo, ¿bebemos algo juntos? Y así me encontré tomando champaña con el duque de Morny (5), hermanastro y heredero del emperador, hijo

de la reina Hortensia, y hombre tan rico que nadie había podido calcular siquiera aproximadamente su fortuna.

Al día siguiente de nuestro encuentro, llegaba a mis caballerizas un espléndido corcel árabe, seguido al poco del propio Morny. Yo había hecho construir un pequeño picadero anejo a las caballerizas, y ordené a un criado que condujera allí al duque porque quería pasearle el caballo. Por entonces yo era una amazona consumada (6), pues supongo que debía tener

(5) 1811-1865, hijo ilegítimo de la reina Hortensia de Holanda y del conde de Flahaut de Billarderie. Fue el organizador del golpe de estado de su hermano en 1851.

(6) Nestor Roqueplan, del Figaro, decia de Cora Pearl que montaba con una distinción y habilidad sin par. Se cree que en sólo tres años gastó treinta mil francos con un solo tratante de caballos.

una predisposición natural para la equitación. Rápidamente me desvestí (por suerte era a finales de primavera y hacía calor) y sin más monté el caballo árabe en el picadero para ofrecer a Morny el espectáculo de una Pearl sin aditamentos sobre una de las carnes de caballo más finas que existían en París. Por cierto que la ausencia de faldas procura un más perfecto entendimiento entre caballo y jinete, incomparable al que se da cuando los pliegues de ropa impiden a los riñones del jinete sentir las reacciones instintivas del animal y a éste apreciar las ligeras incitaciones del que lo monta. Los caballeros que suelen cabalgar con pantalones ajustados lo saben perfectamente, pero las mujeres no tanto.

Después de hacer unas evoluciones con el caballo lo dirigí hacia el duque. El avanzó para tomar las riendas dispuesto a ayudarme a desmontar, pero para estar segura de no disipar demasiado aprisa su ardor, le dije : No, señor; de igual modo que un caballo requiere cuidados después del ejercicio, también yo necesito bañarme y descansar. Pero estad seguro de que vuestro obsequio recibirá el reconocimiento de mi eterna admiración. Tras lo cual, di la vuelta y me dirigí a los establos.

Al día siguiente, naturalmente, recibí invitación para ir a casa de Morny, donde nada más llegar me condujeron, a través de una legión de solicitantes en demanda de toda clase de favores, a un salón privado, donde me esperaba el duque. Era un hombre alto y delgado que, desgraciadamente, había perdido el pelo casi por completo, pero que se adornaba con un elegante bigote y una cosquilleante perilla. Era muy elegante y no exento de gracia y vigor, tanto vestido como sin ropa. Para no alargarme, diré que me lo demostró con creces en aquella primera visita, probándome sus deseos de agradar y de ser agradado. No sólo me convertí en su querida (tenía muchas), sino en su amiga (tenía pocas) y en amiga de su esposa, la princesa Sofía, hija natural del emperador Alejandro de Rusia.

La princesa llenaba de alegría y brillantez la vida parisina con su maravilloso gusto en el vestir. Muchos la encontraban difícil, pues, efectivamente, no soportaba a los tontos. En muchos aspectos seguía siendo una niña que expresaba sin pelos en la lengua y con gracia cualquier sentimiento, y sin reparar necesariamente en la deferencia que muchos consideraban de rigor para con personas mayores que ella. Era muy agraciada, pequeña y de cabello rubio muy claro (de ahí su remoquete de La Souris Blanche [el ratón blanco]), de extrema delgadez y manos pequeñas, ojos oscuros y nariz afilada. Una de las primeras veces que la acompañé en público a un baile de disfraces, ella personificaba uno de los elementos, el aire, con un traje de noche ligero con cintas de tul ondeantes azules y blancas. Cuando acabó de bailar se sentó a mi lado para contemplar la fiesta, pero el duque de Dino, disfrazado de árbol, con mucho ramaje, se sentó delante y no nos dejaba ver. A mí me molestó, pero

no protesté, pero la princesa le dio con su piececito una patada en el tronco, exclamando: Otez-vouz de lá (7), y como él no se moviera le agarró por las ramas intentando tirarle al suelo, pero no podía con él y volvió a sentarse musitando imprecaciones contra sí misma el resto de la velada.

Aunque ante mí nunca daban muestra de discordia, creo que la vida matrimonial de Morny tenía sus crisis; desde luego yo asistí a más de una fiesta en la que ella se negó a participar por puro antojo y él tenía que recibir y agasajar solo a los invitados. A mí me agradaba la pareja, aunque sólo los conocía desde hacía un año, durante el cual el duque fue tan generoso que pude

(7) ¡Quítese de ahí!

alquilar, a fines de 1864, el Château de Beauséjour (8), cerca de Orleans, como residencia campestre.

También por medio del duque conocí a muchos personajes en sociedad de quienes él siempre había sido cabeza visible como anfitrión de incontables fiestas y bailes de máscaras (que, desgraciadamente, se celebraron en su mayoría antes de que yo le conociera). Se dice que fue él quien inventó en la época moderna lo de los bailes de máscaras, en los que los señores Fould, Rouher, la condesa Waléwska y la condesa Le Hon, esposa del embajador belga, llevaban siempre los disfraces más lujosos y costosos. También el marqués de Gallifet, un joven excéntrico a quien le encantaba agraviar a la opinión pública, solía acudir con extraños disfraces. Una vez vino vestido de boticario, con una lavativa por cabeza; en otra ocasión se disfrazó de caja de vistas sicalípticas, con un agujerito para mirar y las señoras se arremolinaban para curiosear, y cuando observaban por el agujero veían dos muñecos de marfil, ejecutados con todo realismo, haciendo el amor.

También era sabido que el duque se valía de aquellas fiestas para aprovecharse. En cierta ocasión desapareció de los salones con cierta dama y no se los vio durante un buen rato. Cuando volvieron los invitados advirtieron que le faltaba el collar de la Legión de Honor y, sin que se hubieran dado cuenta, lo llevaba la dama colgando de los faralaes de la enagua.

Por entonces yo podía gastar mucho dinero en ostentar como una dama, pues mi unión cón Morny (que nunca se apocaba en anunciar sus últimas adquisiciones, fueran carne de mujer o de caballo) había provocado una revalorización de los obsequios que me hacían los caballeros deseosos de rendirme (con toda franqueza) su tributo. Entonces me aceptaban en cualquier acto social; de Morny se había encargado. En cierta ocasión un portero tuvo la impertinencia de negarme

(8) Que más tarde compró.

la entrada en los salones del casino de Baden, y habiéndolo sabido el duque, me envió una nota citándome allí, y de su brazo me entró a los salones, donde me regaló una bolsa para que jugara en las mesas.

Tanto en la ciudad como en el campo yo daba buenas fiestas. Salé tenía carta blanca para comprar lo que necesitase, y debo decir que los gastos subían lo suyo: en cierta ocasión pagué una factura de cocina de treinta mil francos por dos semanas. Por otra parte, aunque siempre me he negado a hablar de dinero en público, tengo que decir que los rumores de que en aquel entonces el obsequio que generalmente me ofrecía un caballero por pasar la noche conmigo era de doce mil francos (9), son fundados.

En el Château, los jardines se extendían a lo largo del río y en verano estaban llenos de caballeros con sus parejas, y rara vez no se juntaban los fines de semana veinte o treinta invitados. Eran tiempos muy alegres. Los jóvenes siempre han sido muy dados a chanzas, y algunas de ellas eran más brutas y crueles que otras. Una de las que aún me avergüenzan fue la que gasté al médico de la localidad (10), un hombre de mediana edad y bastante gordo que me hacía la corte desde que alquilé el castillo. Era tan fatuo, tan pomposo, tan inaguantable, que decidí gastarle una broma cruel : fingiendo ceder a sus lisonjas, le di cita en mis habitaciones. El hombre acudió dispuesto al combate, y no necesitó mucho para desvestirse, tras lo cual le dije que el servicio Que le pedía si quería gozarme era ponerse a cuatro patas y

dejarme montarle por la habitación. Mientras trotábamos, sirviéndome yo de la zapatilla a guisa de fusta, a la par que mi corcel mostraba un ansia bestial, salieron de un cuarto contiguo catorce o quince de mis invitados masculinos que se carcajea

(9) Desde luego equiparables a no menos de ocho mil libras de curso actual.

(10) En las Mémoires, Cora Pearl atribuye esta historia a un burócrata importante y la sitúa en su casa de París.

ron de lo lindo del pobre doctor y después le echaron -con el rabo entre piernas- al jardín, donde, tras tirarle yo las ropas por la ventana, el pobre tuvo que vestirse a toda prisa para desaparecer. Pero, no obstante, hice jurar a los otros que nunca divulgarían la burla por el pueblo, y creo que no lo hicieron.

Otra vez hicimos algo más inocente. El conde Albert de Maugny, que acudió invitado al Château un fin de semana en verano, me trajo un regalo: unos grabados de Mongolia representando a un guerrero y a su concubina haciendo el amor a caballo (11).

El conde, en un rasgo de humor, se apostó veinte mil francos a que era imposible recrear las escenas. Pero dio con un hueso duro de roer para su mal, pues yo me las arreglé en seguida para convencer al capitán Deschamps, de la artillería francesa (de quien sabía que era un excelente jinete y un amante pertinaz y recalcitrante), de que probara las acrobacias conmigo. Los invitados se acomodaron en un hipódromo mientras nosotros nos preparábamos -afortunadamente era una de las tardes más calurosas del verano-, desvistiéndonos y montando a pelo un caballo que elegimos por ser muy ancho y manso.

Primero nos enfrentamos a la postura más sencilla de los grabados : el capitán sentado a horcajadas normalmente y yo a horcajadas sobre él de frente. Trotamos despacio ante los invitados sin la menor dificultad, pero el conde, a los aplausos que cosechamos, replicó que las otras posturas no serían tan fáciles. Yo, desembarazándome del instrumento indomable del capitán, me coloqué entre sus muslos poniendo las piernas, dobladas por las rodillas, sobre los brazos que aguantaba las riendas, mientras él me introducía el instrumento con un leve empuje de aproximación. También esta postura resultó relativamente fácil, aun

(11) En la colección de la Gichner Foundation for Cultural Studies en Washington, D. C., existe un pergamino anónimo del siglo xvIII procedente de Mongolia, con estas escenas.

que menos cómoda y, por tanto, menos placentera.

Detuvimos el caballo para cambiar de puesto; yo me puse tumbada sobre el amplio lomo del animal con la cabeza hacia las crines y el capitán se arrodilló para montarme, mientras yo le colocaba las piernas sobre los hombros. Era una postura bastante segura con el caballo quieto, pero nos costó bastante mantener el equilibrio durante la marcha. Sin embargo, dimos una vuelta entera. Pero la última postura pudo con nosotros -a mejor decir, pudo conmigo- porque había que imitar al jinete mongol apoyándose en la cabeza, o más bien con la cabeza en el cuello del caballo y el cuerpo en vertical hacia arriba, y la concubina, a hor cajadas sobre la montura cara a la cola, tenía que acoplarse con él levantando las nalgas y echándose hacia atrás ¡a fuerza de brazos!

Aunque el capitán supo mantener perfectamente la postura y la rigidez de su órgano, a mí me costaba mucho hacer mi número y optamos por repetir la primera postura mientras él ponía él caballo al trote para gozar finalmente del orgasmo entre los aplausos de la concurrencia, cuya opinión fue que habíamos hecho una exhibición bastante lograda que merecía cuando menos parte de la apuesta, ante lo cual el conde dijo : No una parte; todah, y me entregó generosamente la bolsa.

Aún veo mentalmente, aunque me halle a tantos kilómetros, el Château con aquellas elegantes figuras paseando por el parque y las pequeñas figuras blancas de los bañistas a lo lejos en las tranquilas aguas del remanso del río que serpentea entre los prados; allí, en un

pequeño declive, había una gruta que convertimos en un jardín natural del Edén, donde había por costumbre no llevar ropa. En ella tomaban los hombres el sol, mientras las mujeres (que, para mi desgracia, se veían tan obligadas en la cama a tener un cutis tan blanco como a llevar joyas en los salones) se tumbaban a la sombra de los árboles y arbustos, o en otras ocasiones se entregaban a frivolidades, por parejas, o a veces en grupos de cuatro, seis o de números impares, mientras los sirvientes de librea nos traían refrescos y comida.

Debo decir que tenía perfectamente entrenada a la servidumbre. Tanto los hombres como las mujeres los elegía por su prestancia y por su responsabilidad en el trabajo. Los tenía acostumbrados a no sorprenderse nunca, pasara lo que pasara, y a ser lo más discretos posible. Siempre expuse claramente a mis invitados que no debían molestar a los criados ni incitarlos a citas amorosas sin que yo previamente lo supiera y lo aprobase. Si una sirvienta era lo bastante afortunada para cautivar a un invitado, yo no me oponía, pero ella tenía que decidir si se arriesgaba a dar el paso, porque una vez que saliera de mi casa no volvería a admitirla, bajo ningún concepto. Era algo que sabían perfectamente.

Por otra parte, no negaba una noche de placer a ninguno de los dos sexos.

Los caballeros que se alojaban en el Château solían venir acompañados de sus queridas o contaban con que yo les procurase una, lo que casi siempre era el caso porque yo conocía a varias señoras elegantes para quienes el placer ilícito era un fuerte incentivo. En cuanto a los sirvientes masculinos, siempre los animé a que disfrutasen de cualquier aventura que pudiera terciarse con las sirvientas y hasta les dejaba que tuvieran sus propias amantes entre las muchachas del pueblo próximo. Habría sido injusto, en primer lugar, y hasta podría haber sido causa de violencia para un hombre joven que pasa todo el día en un ambiente de sensualidad -sirviendo día y noche a parejas cuya diversión es hacer el amor-, no tener posibilidades de desahogar sus propios sentimientos naturales. Generalmente mis invitadas aspiraban a algo más que a lacayos, aunque sabía yo de algunas señoras cuyos amantes aristócratas no les daban entera satisfacción que buscaban hombres robustos a quienes la librea las más de las veces ocultaba los encantos.

Por todo esto el Château estaba considerado como un lugar en el que el placer supremo no tenía fin, y al que casi todos acudían sabiendo lo que buscaban y del que nadie, que yo sepa (excepto el pobre doctor), se marchaba decepcionado o chasqueado.

Capítulo IV

El baño de Liane de Chassigne. Una cena selecta. Plato extraordinario. Reacciones de los comensales, Liane, monja. Un lacayo sorprendente, Me sorprende aún más. Me deja. Recaudación estudiantil. Mi respuesta. Conde y vizconde. Nuevas lecciones amatorias y su éxito. Gratitud de una recién casada, Tributos de viudas y otras damas.

Fue en otoño de 1864 cuando di el congé (*) a mi rival Anne de Chassigne, conocida por Liane. Por aquel entonces había ella alcanzado el cenit de sus pobres encantos (pues se había usado con amantes de entre bastidores en los tiempos en que era bailarina del Folies, y entonces se dedicaba a danzas no tan públicas pero más rentables). El chismoso de monsíeur Goubouges hizo mis delicias contándome cómo Liane había invitado en sus apartamentos a un grupo de sus admiradores más influyentes, recibiéndolos sentada en una bañera de leche (de burra, opinaba monsieur de Goubouges, pero yo creo que lo apropiado habría sido de vaca (**). Levantándose del baño del modo más calculado para exhibir sus encantos, Liane llamó a continuación a una pareja de filles de ferme (***) que la secaron con los gestos más obscenos y lascivos, tras lo cual ella salió del cuarto, dejando a la concurrencia -a decir de monsieur Goubouges- en un febril estado de desasosiego. Mi informante hizo gala de un énfasis innecesario en describirme los encantos de Liane y el modo en que los éxhibía y divulgó la historia por todo París.

(*) Adiós, en el sentido de que la desbancó. (N. del t.)

(**) En este caso como casi siempre en sentido figurado, en inglés, tiene connotación peyorativa. (N. del t.)

(***) Mozas de fonda, pueblerinas. (N. del t.)

Una semana más tarde invité a cenar a seis caballeros. Uno de ellos era el insoportable pero indispensable monsieur de Goubouges, porque me era imprescindible su lengua. Los otros eran el duque de Treage, el príncipe C., el coronel Marc Aubry, monsieur Paul, de la Banca Nacional, monsieur Perriport (hermano del propietario del restaurante Tric) y el actor Georges Capillo, amigo de Henri Meilhac, libretista de Offenbach, a quien yo quería causar impresión. Les hice saber que el principal propósito de la reunión era mostrarles el talento culinario de mi chef Salé, quien antes había servido al príncipe de Orleans, pero a Goubouges le insinué que el postre sería algo especial.

Recibí a los caballeros con mi mejor estilo y les ofrecí una cena excelente en la que la conversación discurrió amena secundada por los vinos. Al llegar el plato final, me excusé diciendo que iba a la cocina a supervisar la presentación. Adentro, me quité el traje de noche (cuando recibo a caballeros no acostumbro llevar cantidades de ropa interior, y menos en aquella ocasión), me subí a una silla y me coloqué en una inmensa fuente de plata que Salé había pedido prestada en las cocinas del príncipe de Orleans, Me tumbé de lado con la cabeza apoyada en la mano. Salé se aproximó acompañado de Yves, un lacayo que acababa de tomar a mi servicio y que llevaba una gran bandeja con platos llenos de mazapanes, cremas y pastas de distintos colores. Con la destreza y habilidad que le daban fama, Salé comenzó a decorar mi cuerpo desnudo con rosetas y lengüetas de cremas, confeccionadas con una mezcla especial para que el calor de mi cuerpo no las derritiese antes de llegar a la mesa.

Conforme Salé echaba regueros de crema sobre mis caderas y aplicaba primorosos capullitos sobre mis pechos, no pude menos de observar cómo Yves -elegido, como todos mis criados, por el equilibrio entre buen mozo y servicial, y que era un joven de una pujante virilidad prometedora- mostraba un interés especial en el trabajo de repostería. Sus nudillos estaban más blancos de lo que habrían estado aunque hubiera tenido que aguantar una bandeja diez veces más pesada y la pernera del pantalón delataba que la actitud hacia su ama era más calurosa que respetuosa.

Rematada la decoración con una uva sin pelar en la hendidura de mi ombligo, Salé aplicó una barbaridad de merengues por toda la bandeja, completando el efecto con una rociada de azúcar helado. A continuación me cubrieron con la tapadera de la bandeja y oí a Salé llamar a los otros dos criados. Poco después sentí cómo me levantaban y me trasladaban por el pasillo hacia el comedor. Oí cómo al abrir la puerta cesaban las conversaciones conforme me iba acercando y ponían la bandeja en la mesa (1).

En cuanto quitaron la tapadera mi compensación fue verme rodeada de ojos incrédulos y bocas entreabiertas. Monsieur Paul, como yo me lo esperaba, fue el primero en reponerse de la impresión y con una frialdad afectada alargó el brazo, cogió la uva y se la introdujo morosamente en la boca. Para no sér menos, monsieur Perriport se inclinó sobre la bandeja y con la lengua se hizo cargo de la florecita blanca que Salé había puesto en mi pezón derecho. A continuación todos, menos monsieur Goubouges, que, como yo esperaba, se limitó como de costumbre a disfrutar observándolo todo, se fueron acercando, arrodillándose en las sillas o sobre la mesa, y pasaron por mi cuerpo lenguas y dedos para lamer aquellas dulzuras. El príncipe estaba tan enardecido por aquello, que no pudo contenerse y, sin parar en mientes, me poseyó allí sobre la mesa, con el consiguiente deterioro de la decoración que quedaba en mi cuerpo y la ostensible irritación de los démás, quienes sólo en respeto a la

alcurnia contuvieron su violencia.

(1) En otras historias sobre Cora Pearl se cuenta que la sirvieron desnuda en una bandeja de plata en el café Anglais; anécdota que no figura en este texto.*

El príncipe acabó tan de prisa, que no tuvieron que aguardar mucho. Le lauriers est tout coupé (2), como solía decir mi amigo Théo. Como el centro de una mesa y un revoltijo de merengues, copas de vino y cubiertos no es el más adecuado ni cómodo lecho de placer, el precio que puse a cambio de reconfortar a los otros comensales fue que al menos me dieran tiempo para acomodarme en uno de los divanes próximos, donde el duque prosiguió lo que el príncipe había comenzado; monsieur Capillon, por propia iniciativa, se contentó con una vigorosa masturbación (es algo bastante corriente entre los de su profesión, como he podido muchas veces comprobar para disgusto mío), mientras monsieur Paul colocaba su badajo en mi boca y el coronel Aubry dejaba el suyo a cargo de mi más que experta manipulación. Finalmente, monsieur Perriport, en un estado de suma agitación, trató de desplazar al duque al llegarle el orgasmo acompañado de una exagerada verborrea que me pareció desvelar una juventud

gastada en frecuentar círculos no precisamente de los más selectos.

Es extraño el modo en que los caballeros (consigno esta observación bien constatada), sean o no amigos, se avienen perfectamente a hacer el amor con una mujer al mismo tiempo. Puede que sea un rasgo de la naturaleza el que una mujer en un santiamén satisfaga a seis, siete o más hombres, mientras que para el individuo más viril resulta imposible satisfacer a más de tres mujeres en menos de veinte minutos; pero que los hombres busquen ir con compañeros en comité para hacer el amor, cuando hacen remilgos a bañarse en la misma agua o a ponerse los pantalones de otro, es algo que me sorprende. Pero así sucede a menudo, y, por lo visto, los envites de unas nalgas estimulan los de otras, y muchas veces, como en esta ocasión, lo que

(2) Es una cita adulterada de Les Cariatides, de Théodore de Banville; naturalmente no consta que De Banville fuese amante de Cora Pearl, aunque pudiera haberlo sido.

sucede es Que rápidamente se satisfacen todos los deseos. Mis amigos se despidieron encantados, dejándome completamente segura de que los chismorreos de monsieur Goubouges eclipsarían de todas todas la anécdota del baño sicalíptico de Liane. Así fue : al día siguiente por la mañana el baño de leche era una historia obsoleta. Poco después Liane se hizo monja postulante, con el nombre de soeur Madeleine de la Penitence.

Mi triunfo no me había causado cansancio sino exaltación, y el rápido apaciguamiento de los deseos del príncipe y del duque me dejó en un estado de irritación. Así, al retirarme a mi dormitorio para bañarme, ordené a Yves que me trajese agua caliente, y cuando llegó con ella, le mandé que me ayudara.

Hasta entonces yo me había atenido al admirable lema francés de jamais avec les domestiques (3), pero estaba excitada por haberme percatado de la apasionada disposición del joven y quise probarlo. Al ofrecerme su mano para ayudarme a entrar en la bañera, le mandé quitarse la librea, porque había costado muchos francos, le expliqué, y no fuera cosa de que se salpicara.

Para mi sorpresa, no sólo se despojó de ella con suma celeridad, sino que al mismo tiempo de su ropa interior. (Generalmente he podido observar que los miembros de clases inferiores, aunque tan rijosos como los caballeros, tienden a satisfacer su lascivia quitándose la menor ropa posible para la consumación del acto.) A continuación me lavó todo el cuerpo con sus manos, que eran limpias y agradables, mientras su atributo viril me rendía honores elevándose, cimbreándose y fustigando mis gracias.

La vista de su maravillosa y prometedora persona me indujo a consentirle que me sacara del baño y me

(3) Nunca con los sirvientes; la expresión más conocida que se empleaba en los hogares burgueses ingleses, refiriéndose a las conversaciones íntimas, era No delante de los sirvientes.

llevara a la alfombra, junto al lecho, donde me secó con su propio cuerpo, demostrándome, como yo sospechaba, que cualquier lacayo puede tener tanta clase como un hombre de sociedad. Al menos eso creía yo, porque, a pesar del arrebato que sus manoseos, lengüetazos y achuchones con sus atributos me producían, conservé el sentido para sentirme intrigada por su comprensión de las necesidades de mi sexo. A diferencia de la mayoría de los hombres, de cualesquiera condición, no se limitó a abatir la entrada para descargar su ariete, sino que parecía contraatacar con las mismas armas como si nos reflejásemos en un espejo. Se me ocurrió pensar que habría sido una ramera perfecta de haber podido los hombres adoptar nuestra profesión. El modo tan grácil, casi femenino, aunque no menos viril, con que secundaba con su propio placer el mío (cualidad poco frecuente), me sorprendía. Tardamos bastante en agotarnos, y cuando llegamos a la meta, me dije que no era un criado. Y no lo era.

No puedo mencionar ni su apellido, porque era de una familia muy ilustre de gran alcurnia, relacionada con la Iglesia. Yves (que no es su verdadero nombre) era un joven vizconde que estaba prendado de mí desde hacía tres años y que, como luego me reveló, había sido el que me había escrito una carta de rendido amante cuando era un colegial, a la que yo había respondido de un modo frío, si no desatento. Y ahora se vengaba sirviéndóme durante todas aquellas semanas, en espera de la oportunidad para declararse, como lo estaba haciendo y siguió haciendo durante un tiempo cuando al liberarlo de su servidumbre le liberé también de su librea, teniéndole en mi dormitorio como sirviente personal cuya única obligación era procurarme placer.

Yves fue mi amante varias semanas, hasta un día en que yo había dicho que iba a pasarlo en casa de una amiga en Clichy y no regresaría hasta la noche. Por desgracia, o quizá por suerte, mi amiga se hallaba ausente y regresé a la rue de Chaillot mucho antes de lo previsto. Entré y me dirigí directamente a mis habitaciones sin despojarme del abrigo. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al abrir la puerta del dormitorio, veo dos cuerpos desnudos en la cama. Yves estaba tumbado de espaldas con la cabeza a los pies del lecho, y sobre él, a cuatro patas, una linda jovencita algo masculina con la boca en su entrepierna, mientras él le prodigaba besos en los bajos. Al oír mi grito sofocado de estupor, y de rabia (nobleza obliga) -no estaba acostumbrada a que mis amantes recibieran a otras en mi propia cama, aunque hiciesen lo que quisieran cuando yo no estaba-, Yves dejó caer la cabeza hacia atrás y su mirada atónita se cruzó con la mía; pero mis ojos se fijaron irresistiblemente en

otra cosa, pues al apartar Yves su cabeza y quedar al descubierto el vientre de su pareja, vi no el monte de Venus de una muchacha, sino las bolas colgantes y el instrumento de un muchacho, y cuando éste saltó de la cama y se sentó, contemplé la cara respingona de un pilluelo.

Me adelanté y di un fuerte papirotazo al instrumento cimbreante del rapaz, que lanzó un grito de dolor y salió disparado hacia sus ropas miserables que tenía en el suelo. Pero Yves seguía tumbado en la cama con un sang-froid (*) increíble y, tras arrojar una moneda al golfillo, que la cogió al vuelo para salir rápidamente del cuarto, tuvo la impertinencia de agarrarme la mano, tratando de atraerme a la cama para que yo culminara su placer.

Yo por entonces todavía mostraba reparos ante los hombres que encuentran satisfacción por igual con miembros de su propio sexo, y me encocoré, ante lo cual Yves, con la mayor frialdad, me rogó que le mandara traer su ropa porque me dejaba.

Yo misma me sorprendía de que al ver aquel torso viril tan fuerte, rematando aquella cintura casi femenina, bajo la cual su gran cacharro apenas empezaba

(*) Sangre fría. (N. del t.)

a retraerse entre la ensortijada pelambrera, me conmoviese y me reconciliara con él, y al poco ya estaba perforando mis partes blandas con el arma amolada para mí por la boca del golfillo. Cuando, tras del mutuo orgasmo, permanecimos tumbados en silencio, Yves me explicó que durante su estancia en una academia militar se había acostumbrado al gusto de la carne de muchacho y que, aunque yo era para sus sentidos un tónico inigualable, en mi ausencia le habían venido las ganas (según dijo) de probar un chico, y al ver por la ventana al pillete, le había llamado. Me explicó que no era frecuente que fuera capaz de hacer el amor exclusivamente con mujeres más de una o dos semanas, aunque nunca había conocido un amante masculino que le hubiera incitado a entregarse sólo a él.

El pillete, que por lo visto no era la primera vez que se prestaba a la experiencia, había aceptado rápidamente el trato, llegando hasta la habitación por un canalón. Yves había cogido al muchacho, colocándole las piernas sobre sus propios hombros para tratar de atacar la única abertura de que el Creador le había dotado, pero su instrumento era excesivamente grueso y por temor a dañar al muchacho -porque Yves era ante todo muy considerado-, tras lavarle profusamente (¡con mi propio jabón y esponjas!), había recurrido a la diversión que yo acababa de interrumpir y se hallaba a punto de entregar su espíritu entre los labios expertos del muchacho en el preciso momento en que yo entré. Yo, sabiendo el placer que mis labios recibían al acoger el instrumento blando y suave, duro y escurridizo, de un amante, no pude menos de simpatizar con quienes la convención prohíbe tal placer, y, en resumidas cuentas, no se alzó ninguna barrera entre Yves y yo por aquello, aunque no tardó mucho

en dejarme.

En la profesión a la que tengo el honor de pertenecer, es una obligación imperativa hacerse agradable a los caballeros de toda condición, y yo tengo la inmensa fortuna de que, aunque he sido atractiva a los hombres que, por mucha alcurnia y muchas veces riqueza, no siempre poseían belleza física o de carácter, también siempre he suscitado la admiración de los jóvenes, de menor edad que yo y hasta casi niños.

Fue en 1864, si no recuerdo mal, cuando, estando sola en casa, una tarde sentí un insistente campanilleo a la puerta. Mi doncella me dijo que era un joven que insistía en verme. Le hice pasar pues la sirvienta me había precisado que tenía aspecto respetable; ante mí se personó un muchacho de unos diecisiete años, con abrigo de terciopelo y mirada nerviosa. Parecía incapaz de expresar lo que quería, pero, tras invitarle a sentarse y ofrecerle una copa de vino para que cobrase valor, sacó una bolsa de cincuenta luises y la puso sobre la mesa. Aunque no me encontraba con espíritu para jolgorios, la mirada que me dirigió, cuando, tras llevarle a la habitación contigua, me quité la ropa, fue un afrodisiaco infalible, y calmé sus ardores con los míos en el rato relativamente breve en que fue capaz de mantener su ventaja.

Reposando su cabeza en mi brazo, le pregunté cómo se le había ocurrido venir a mi casa, y él me contó que formaba parte de un grupo de cincuenta estudiantes que me admiraban en mis idas y venidas, cuando salía de casa, o en la ópera, donde, con gemelos, me observaban en mi palco. Como eran pobres era evidente que ninguno habría podido aspirar a mis favores, pero, gracias al ingenio de la juventud y al gusto de la época por la acción participativa, aportaron cada uno un luis y se jugaron mis favores a la lotería. Mi amante era el ganador.

Este homenaje me conmovió de tal modo que no sólo respondí al ardor renovado del estudiante tanto como quiso (la recompensa de cinco minutos de que había gozado antes de capitular no tenía para mí mucho mérito), sino que cogí un luis de la bolsa y se lo devolví diciéndole que había disfrutado de su compañía y apreciado su ingenio, y que me complacía en que me hubiera poseído sin pagar.

Fue también por entonces cuando tuve el placer de satisfacer los deseos del conde Napoleón Daru y de su hijo el vizconde Paul; aquél, un elegante y dinámico caballero de unos cuarenta y ocho años, y éste, un muchacho de diecinueve. Naturalmente, no estaba con ellos a la vez, sino en noches alternas la mayoría de las veces, y con sumo interés advertí las diferencias entre ellos, y no precisamente por la edad -ya que el vizconde era en verdad el

menos ardiente, mientras que su padre conservaba la agilidad y el ardor de un hombre de la mitad de años-, sino de temperamento. El conde sabía más triquiñuelas que un mono y era muy ingenioso, de tal forma que, aun cuando menos predispuesta estaba yo al juego amatorio, él sabía procurarme un placer delicioso, mientras que su hijo, el vizconde, era un flemático que sólo aspiraba a un coito expeditivo y se me echaba encima sin que hubiera manera de hacerle modificar esa simple postura.

Aunque los regalos con que el vizconde me abrumaba eran bastante generosos (supongo que a ello le animaba el padre, porque no me cabe en la cabeza que a él se le ocurriera), yo nunca he sido mujer que se satisfaga en el amor con una simple cifra, y decidí enseñar al joven otras modalidades. Esperé hasta que una noche mostró un leve esbozo de ansia por poseerme, pero yo me resistí hasta que accedió a hacerlo poniéndome yo sentada sobre el borde de mi tocador. Esto, como pueden confirmar los que lo han probado, permite una libertad de acción imposible en posición horizontal, y así pude acariciarle las nalgas, la espalda, manosearle las bolas y cosquillearle con los dedos el punto sensible entre éstas y el trasero. Su sorpresa fue manifiesta, pero no menos su goce, y al descubrir que hay varias formas de cascar un huevo (como él dijo), pronto se volvió más ingenioso que yo misma y me persuadía a hacerlo en las alfombras, ante una serie de espejos, entre platos durante las

comidas y, en cierta ocasión, en las escaleras que conducían al comedor, donde casi hicimos tropezar al criado que traía el primer plato, pero, como estaba entrenado para no preocuparse por nada que no fuera su cometido, prosiguió su camino hacia la mesa, dejó los alimentos, y nosotros los degustamos sin circunloquios, aunque algo jadeantes.

No sé yo si su padre el conde estaba al tanto de mis enseñanzas, pero fue él quien al poco tiempo me anunció que acababa de prometerle en matrimonio a una joven heredera conocida mía. Fue una noticia muy interesante, porque yo había tenido la precaución de que el vizconde estampara su firma en una garantía por escrito para el pago de cien mil francos cuando se casara. (Recuerdo perfectamente el momento de la firma; el joven Daru me pidió que le dejara cubrir mi cuerpo con una nauseabunda melaza negra a la que era adicto, para lamerla. Yo, visto el desaguisado de la ropa de cama y la molestia para mi cuerpo, puse aquel precio que él aceptó donoso.)

La boda se celebró como estaba previsto, pero cuando escribí al vizconde reclamándole mi dote, no tuve respuesta. Tras escribirle más de tres cartas sin que contestara, envié a la vizcondesa, no sin reparos, el documento firmado. A los dos días, para mi gran sorpresa, la dama me hizo una visita. Era una muchacha uno o dos años más joven que yo, muy bella. Me quedé asombrada cuando me habló con afecto y nada de politesse y me entregó el dinero sin más. Además me dio las gracias por mi generosidad. Cuando, sin dar crédito a mis oídos, repetí la palabra acuciada por la curiosidad, aquella deliciosa criatura se ruborizó y yo comprendí que no cabía la menor duda de a quién debía el vizconde la experiencia de alcoba de que ahora ella gozaba. Nos separamos muy amigas.

Quizá al lector sin experiencia en estas lides le parezca extraño que las esposas de los hombres que me rendían tributo no tuvieran celos de mí; puede que apreciaran hasta qué extremo yo había educado a sus maridos, ya que, por muy contenida que una esposa sea en la mesa o en el salón, no cabe la menor duda de que retrae mucho menos su apetito en la alcoba, y el hombre que no sepa allí condimentar un plato a su gusto es digno de lástima. Puede que algunas damas me estuvieran agradecidas por haber satisfecho apetitos demasiado ardientes para ellas o apetitos que por algún motivo no se dignaban satisfacer, pero éstas son minoría y casi todas de tendencia lesbiana. La primera vez que una de ellas me invitó a que le mostrara los pechos, me sorprendió, aunque fuera un acto que no implicara intimidad alguna con la demandante. Otra vez tuve que rechazar las pretensiones de otras que se me acercaron discretamente para comprar los favores que yo vendía a sus maridos. Desde mis

tiempos de colegiala nunca me he sentido atraída por otras mujeres con el propósito del acto amatorio (si así puede llamarse). No es que ponga objeciones, pero, a diferencia de la

mayoría de mis combates amorosos, siempre que he consentido ha sido más que placer, cuestión de negocio; salvo en una ocasión que explicaré a su debido tiempo.

Capítulo V

Amigas y otras especies. Caro Letessier. Los rusos y el amor. La Barucci. ¡Ah!, que jaime les militaires¿ (*). La recepción del principe de Gales. Caro Hassé en Oxford. El doctor Bulley encantado. El tributo de mister Longfellaw. Adéle Courtois. La Paiva. Herr Wagner. El falso emperador. aLes bouchons de carafe (**). Traición canina. Más belleza. Muerte de Morny. El duque de Caderousse. Sus excesos. Des Varnnes. Baño en coñac. Maquillaje. Mi influencia en la moda. El principe Napoleón. Sus queridas. Su esposa. Un amante muy poco ardiente.

He oído muchas veces comentar que los años anteriores al asedio fueron los mejores en la sociedad parisina; desde luego en mi caso fue cierto. Después, las cosas nunca volvieron a ser iguales. Y lo mismo puede decirse de algunas de mis amigas que desempeñaban la misma profesión. Digo amigas, pero, desde luego, en nuestra profesión, como en otras, la palabra tiene diversos significados. Algunas de mis hermanas eran efectivamente amigas y es de ley confesar mi agradecimiento a Caroline Letessier, que me acogió cuando las cosas vinieron mal dadas.

Quizá a Caro le faltan la hauteur que para nosotras equivale a la alcurnia, pero no se puede negar su buen carácter, transparente en su linda carita con aquella sonrisa impúdica. Siempre fue para mí un misterio su pasado, aunque en cierta ocasión me dijo que no había conocido a sus padres y que uno de sus primeros recuerdos era la vida en común con un carnicero, por nombre Graindorge, en un barrio pobre de París. Des

(*) ¡Cómo me gustan los militares! (N. del t.)
(**) Los tapones de frasco. (N. del t.)

de temprana edad compartió su cama y, al morir la esposa, ella cuidaba de la modesta habitación en que vivían. El carnicero la inició en los placeres amatorios siendo muy jovencita, aunque, según me explicó ella, sin acosos ni dolor; todo empezó como un juego mutuo y un deseo natural de calor humano y fue evolucionando hacia goces más completos cuando Caro tuvo edad para ello, hacia los catorce años. Sin embargo, poco después el carnicero volvió a casarse -con la viuda de un bodeguero- y a la nueva esposa no le gustaba una hijastra tan bonita, por lo que Caro se vio en el arroyo.

Los años que siguieron debieron de ser muy duros, porque nunca me habló de ellos. Tres años después se encontraba en Turín actuando de bailarina en el teatro Francés. Era entonces muy esbelta; en realidad, conviene más decir que era delgadísima, como un chico, solía decirme; y, así, su primer protector, un diplomático francés, resultó ser dado a la compañía de muchachos y sólo podía hacer el amor con mujeres que parecieran chicos. Su mujer le había amenazado con dejarle si no renunciaba a su tendencia, por lo que le vino de perlas Caro, pues ésta era capaz de provocarle, sobre todo si le incitaba con su lindo culito respingón. De esta manera el diplomático pudo adquirir la reputación de hombre mujeriego de que tanto carecía y satisfacer la vanidad de su esposa.

Al poco tiempo Caro era la comidilla de Turín, y al regresar a París llegó con recomendaciones para alta sociedad. Nos conocimos en 1859, aunque yo todavía no era muy famosa, en el teatro del Palais-Royal, en donde ella actuaba de bailarina. Eran tiempos en los que yo pensaba encontrar allí trabajo, y salía decepcionada por la puerta de artistas, cuando me crucé con Caro, que me sonrió con aire amistoso y me invitó a un trago en su domicilio, una casa maravillosamente amueblada, con sumo gusto y lujo. Me dio muy buenos consejos y

aquel día supe que había encontrado una amiga. Me enseñó la vivienda, incluido el dormitorio con sus espejos de marco dorado rodeando la inmensa cama, y la mesilla donde siempre tenía a mano una manzana de oro para los polvos de arroz. Había un armario con los diversos vestidos que se ponía para recibir a sus amantes, entre otros una gran capa de pieles con forro de seda negra y una camisa y calzones de labriego (que, según me dijo, vestía cuando la visitaba cierto príncipe, además de ensuciarse la cara y restregarse el cuerpo con excremento).

Pero nuestra amistad duró poco, pues al cabo de un mes se fue a San Petersburgo para actuar en el teatro Michel y convertirse luego en la querida del gran duque (que, en cierta ocasión, cuando a Caro se le cayó el corpiño en un baile, utilizó la cinta del Gran Cordón de la Orden de San Andrés para sujetarle la prenda descompuesta). Se fugó de San Petersburgo con el gran duque en 1867, pero los agentes rusos los sorprendieron en Berlín y el duque (sobrino del zar) recibió orden de regresar a Rusia. El se negó, y los dos se afincaron en Baden con el nombre de monsieur y madame Letessier.

Allí fueron acogidos por la alta sociedad, a excepción de la actriz Hortense Schneider, quien, al encontrarse con Caro una noche en el casino, dijo en voz alta a su acompañante : He visto muchas gorditas, pero ninguna tan bonita. A lo que Caro comentó en el mismo tono al duque, que nunca había visto semejante gordinflona. La réplica, por sincera que fuese, no era, por desgracia, lo suficientemente ingeniosa para la aceptación social, y a Caro por poco la echan de Baden; por suerte, dos años antes había estado al servicio de la gran duquesa para enseñar a su vástago las materias en las que más calificada estaba, y la dama la ayudó.

Pero poco después de aquello Caro regresó a París sola, y fue entonces cuando realmente nos hicimos amigas. No paraba de contar cosas del comportamiento de los enloquecidos rusos, como decía ella, cuya principal idea al parecer consistía siempre en mezclar amor y borrachera. Caro sostiene que el ruso es el único hombre capaz de embriagarse casi hasta el desplome sin merma de su capacidad de complacer a una mujer; en realidad, ella insiste siempre en que llega a un punto en que el instrumento de los rusos, una vez a tono, resiste todo intento de desahogo, por mucho que se le excite, y puede seguir satisfaciendo a otras mujeres, aunque su dueño esté ebrio de aguardiente. A mí me cuesta creerlo, porque siempre he comprobado que el alcohol para los hombres es el enemigo de la persistencia.

Caro tenía mucha aceptación con los extranjeros; me imagino que los franceses la encontraban demasiado delgada, pero ingleses, alemanes y rusos la consideraban una típica parisiense, con su pelo negro, su alegría y su esbelta figura (aunque cuando volvió de Baden había engordado un poco, al punto que su busto constituía un rasgo de su figura en vez de un simple complemento). La blancura de su cuerpo era también un atractivo; como la mayoría de las parisienses, se resguardaba siempre del sol y tenía un cuerpo más blanco que el papel. No hace mucho, ahora que nos vemos a menudo, entré sin avisar en su cuarto y la encontré debajo de un hombre que pensé que era un hindú. Luego me lo presentó y era teniente de la marina inglesa (aunque aristócrata). Yo me había confundido al ver el cuerpo tán blanco de Caro debajo del de un hombre que pasaba horas casi desnudo al aire en el puente de un barco.

Si Caro y yo éramos polos opuestos en cuanto a preferencias de los caballeros -ella la auténtica parisiense, y yo la inglesa-, la Barucci se situaba en un término medio. Nunca fui tan amiga de Giulia Beneni como de Caro, en parte porque siempre he detestado a las italianas por su constante obsesión de tener niños. Pero, desde luego, la Barucci, conforme fue adquiriendo celebridad, era más aceptable que la mayoría de las que yo he conocido. Había nacido en Roma el mismo año que yo, aunque dicen que ella parece mayor, y vino a París siendo muy jovencita de querida de un tal monsieur De Danne. El hombre cometió el error de llevarla al café Rondale, y a ella no se le ocurrió más que mirarse en un gran espejo que hay al fondo del salón, exclamando en voz alta en un francés horrible : ¡Grande Dio!, ¡mais je suis belle! (*).

El príncipe D'Hénin, que cenaba allí aquel día, le dio la razón y acto seguido se la robó al pobre monsieur De Danne, instalándola en su casa de los Campos Elíseos, donde, al cabo de un mes, ella había coleccionado joyas por valor de un millón de francos, según se dice. Lo consiguió por el sencillo método de no decir nunca no a cualquier hombre que se le acercase, satisfaciéndole del modo que le pidiera, por ordinaria que fuera la pretensión. La embrutecía el dinero, pero también, en honor a la verdad, los militares. Aunque acabara de recibir a un socio del Jockey Club y estuviese exhausta de la orgía, si veía un buen mozo en uniforme, se vestía corriendo y se iba tras él, descartando de antemano decir no. En cierta ocasión se fue al cuartel con el capitán que mandaba el destacamento de palacio y éste la hizo pasar al cuarto en que servía las noches de guardia. Cuando entró el sargento para dar el parte de medianoche, se encontró al oficial de mando en camisa y a la Barucci

con la cabeza entre los faldones dándole a la boca (a ella le gustaba mucho, sobre todo con los soldados, atender de este modo el instrumento masculino; gusto al que, según he podido comprobar a menudo, son muy dadas las italianas). El sargento dio parte del incidente, pero al emperador le divirtió más que enojarle y al capitán no le pasó nada. Sin embargo, no escapó a los comentarios de la prensa, y más tarde monsieur Offenbach se inspiró en el incidente para el número de Ah!, que j'aime les militaires! en La Grande Duchesse de Gérolstein.

El domicilio de la Barucci en el 124 de la avenida de los Campos Elíseos le procuraba rentas en varios aspectos, porque lo alquilaba alegremente a mujeres casadas que necesitaban sitio para recibir a sus amantes, y

(*) ¡Gran Dios, qué bella soy! (N. del t.)

se dice que también recibía dinero a veces por dejar a otros clientes ocupar una habitación contigua, desde la cual, a través de un orificio en la pared, contemplaban los juegos de las parejas en pleno debate amatorio. Pero esta clase de ingresos se vio interrumpida cuando un ministro, mirón insaciable, quedó bien servido un día al contemplar a uno de sus colegas haciendo el amor con su propia esposa, y la Barucci tuvo que tapar el orificio medianero.

Hubo una época en que la Barucci estaba en la cumbre del éxito, más aún que Caro y yo misma. La visitaban miembros de la familia imperial y la sociedad parisiense practicaba en su casa juegos de azar y acudían allí para banquetes y otras diversiones. Ella era de una audacia increíble. Se comentó que cuando el príncipe de Gales visitó París, y a ella la invitaron a la Maison d,Or a la recepción, llegó cuarenta y cinco minutos tarde, y cuando el duque de Gramont-Caderousse la presentó al príncipe, ella, llevándose las manos a las hombreras, dejó caer al suelo el vestido, quedándose desnuda, a excepción de quince vueltas de perlas. ¡Si le he enseñado lo mejor que tengo sin cobrarle!. . .

Las perlas de la Barucci eran famosas : se les atribuía un valor de doscientos mil francos, y se dice que una vez en que se enamoró perdidamente de un estudiante y se lo llevó a casa, la visión de aquellas perlas inhibió tanto al joven, que el pobre, a pesar de las más rebuscadas zalemas de la italiana, fue incapaz de darle el tributo que ella esperaba. Aunque también pudo ser que, al verla desnuda, le resultara menos atractiva que emperifollada, porque a la Barucci comenzó a ajársele pronto la figura y, aunque con buenas ropas y joyas seguía siendo bella, sus pechos caídos y el grueso vientre desafiaban hasta a la luz de la única vela que ponía junto al lecho, y los hombres que habían acudido enloquecidos a hacer el amor, no repetían al verla desnuda, a pesar de todos sus trucos lascivos.

En general me llevaba bien con Caro y la Barucci, pero con otras colegas mi relación no siempre fue fácil, debido a la envidia que me tenían.

Aunque durante un tiempo compartí casa con Caroline Hassé, como he dicho, era muy ordinaria para que la respetase. Por su estructura ósea se parecía más bien a Luis Felipe que a una mujer, y me sorprendió que durante un tiempo fuese amiga íntima de mi Caro Letessier,

Librodot

al extremo de que durante el asedio de París en 1870 fueron juntas a Inglaterra, y allí visitaron a un estudiante en el Magdalen College de Oxford (quien las había conocido en casa de sus padres en París). Las dos Caroline se hospedaron en el Randolph Hotel y un rector del Magdalen se enamoró locamente de mi Caro, que solía visitarle en sus aposentos, donde él la asediaba exaltado, mientras en el aula contigua los estudiantes le esperaban para la lección. Un colega (1) sospechó de la moralidad de la visitante y decidió dar cuenta de los hechos al presidente de la institución, doctor Bulley, quien fue presentado a las dos mujeres en los jardines botánicos, y a tal punto le encantaron, que él mismo las introdujo

en sociedad en Oxford como refugiadas de la sitiada capital francesa. Entre los hombres que las visitaban había un poeta norteamericano, mister Longfellow, de quien se dice que escribió unos versos muy indecentes en honor de Caroline Hassé. El estudiante que se las presentó es ahora un personaje relevante en Oxford y muy vinculado a los asuntos eclesiásticos.

Fue Caro Hassé quien, poco después de separarnos, pintó su coche de amarillo, para fastidiar a la princesa Von Metternich, esposa del embajador austriaco (el de la Barucci era azul y rojo, y el mío, azul). Por cierto que hizo arder su casa de la rue de Ponthieu por el celo excesivo en iluminar los cuerpos de un negro y dos prostitutas callejeras que había contratado para entretener al conde Maugny.

(1) Charles Reade, 1814-1884, autor de The Cloister and the Hearth. Durante su estancia en Oxford, Caroline acudía al Christ Church College y jugaba al croquet con las hijas del decano, una de ellas la Alicia real del libro de Lewis Carroll.

Adéle Courtois, que se llamaba a sí misma baronesa de Sternberg, era una mujer que nunca me gustó un ápice. Ya al principio de su carrera supo evitarse las fatigas de ganarse el pan, forzando un matrimonio morganático con el barón, quien le dejó una renta de diez mil francos mensuales y, como era un hombre viejo y ella muy joven, le dio permiso para tener un amante. Si el barón hubiera estrechado su vigilancia, habría advertido que la cara del joven amante cambiaba notablemente de un mes a otro, y unas veces parecía la de un caballerizo, otras la de un lacayo, otras la de un mozo de una panadería del barrio. Pero el barón era complaciente y la baronesa feliz.

Los que nada saben al respecto corrieron el rumor de que yo había tenido una trifulca con la Paiva, y, aunque desde luego para mí aquella mujer no había por dónde cogerla, nunca me habría rebajado a pelearme con ella en público, y mucho menos a darnos de fustazos en el Bois, como se ha dicho, porque si lo hubiera hecho habría acabado con ella, pues no era nada robusta (se decía que nació de la coyunda de una bruja con su escoba). Era una rusa que llegó a París en 1836 y, como por arte de magia, se abrió camino en sociedad no -bien lo sabe Dios- por su hermosura, porque era huesuda y delgada y tenía ojos saltones, nariz ganchuda y barbilla saliente. Pero lo que no tenía de hermosa le sobraba de lista, y no sólo era capaz de hacer el amor durante siete u ocho horas con otros tantos hombres sin cansarse, sino que se dice que con sus recursos lúbricos (entre ellos un magistral dominio de palabras y expresiones obscenas en casi todos los idiomas europeos) sabía revivir el miembro

abatido del contrincante mejor que nadie.

Logró casarse con Henri Herz, el fabricante de pianos; un hombre muy rico, pero no la dejaron entrar en la corte cuando éste intentó presentarla, y para resarcirse creó un salón propio al que acudían muchos músicos, entre ellos el compositor alemán Wagner (cuyo perfume barato de violetas casi la hacía vomitar, decía ella). Entretanto Herz, que estaba en el campo con su familia, supo encolerizado del derroche de su fortuna que hacía la Paiva y la echó de casa; después de estar unos meses en Londres, donde fue la querida de lord Stanley, se casó con un marqués portugués, Albino-Francesco de Paiva-Araujo. Era cosa admitida que a la mañana siguiente a la boda tuvo la osadía de felicitarle por haber logrado su aspiración de acostarse con ella, anunciándole que tenía intención de valerse del título para ser la puta más

Librodot

famosa de Europa. El portugués se voló los sesos años después. Ella volvió a París y cautivó al conde Guido Henckel von Donnersmarck, once años más joven que ella y de experiencia nada equiparable.

En su mansión de la place St. Georges recibía con gran aparato y -como ya tenía fortuna- sin reparar en gastos. Cuando Adolph Gaiffe, un joven sin fortuna, pretendió sus favores, ella le dijo que costaban diez mil francos, pero no de la manera corriente. Lo que pretendía es que el joven prendiera los billetes y le hiciera el amor mientras ardieran. El se vino con el dinero, lo esparció de la forma mejor posible y prendió el primer billete (después de haberse desvestido previamente) y se lanzó sobre la Paiva, logrando llegar al orgasmo antes de que se apagara el último billete. Luego reveló que eran falsos.

Fue el hazmerreír de París, pero es que sus excesos siempre eran objeto de risión, porque sólo los hombres entontecidos por su natural erótico la encontraban atractiva. Los demás la consideraban una loca ambiciosa, despreciaban sú extravagancia y censuraban su or dinariez. Una noche, cuando durante una cena en su casa le anunciaron la visita del emperador, se quedó fascinada. Este entró y se sentó a su lado, concediendo con decoraciones a todos los comensales y haciéndose agradable de otros modos; ella creía ya haber alcanzado la cumbre de la ambición social. Cierto que la sorprendió un tanto que su majestad ni corto ni perezoso le echara mano al escote y le sacara una teta para besársela. Su sorpresa se mudó en horror cuando la real perilla se enredó en una joya del corpiño y al erguirse la testa coronada allí quedó prendida, descubriendo el afeitado rostro de Vivier, el trompetista, que se parecía mucho al emperador.

La casa de la Paiva (proyectada por Pierre Mauguin, y cuya construcción llevó diez años) y su cháteau en Pontchartain (que costó a Von Donnersmarck dos millones de francos) estaban decorados con un lujo que muy pocas mujeres podían permitirse, y ella nunca se exhibía en público sin ir cubierta de pies a cabeza de joyas, entre las que destacaban dos diamantes tan grandes que la gente los llamaba bouchons de carafe (2). A pesar de ello, nunca consiguió llegar a ser persona clave en sociedad, y los que acudían a su llamado salón, sólo lo hacían para husmear y después criticarla. No acabo de comprender cómo logró amasar tal fortuna. Ella siempre decía que el éxito es algo que puede conseguirse sólo con fuerza de voluntad, y, como es realmente inconcebible que ningún hombre deseara acostarse con ella a juzgar por su horrenda cara y su menos favorecido cuerpo, imagino que, efectivamente, su estricta fuerza de voluntad (o alguna hechicería aprendida de su madre) lo explica todo.

Las anécdotas escandalosas no eran exclusivas de las que dedicábamos nuestra vida por entero al placer; los romances de los personajes descollantes en sociedad causaban incidentes divertidos. Por ejemplo, la princesa Mathilde sostenía una prolongada relación con el rabiosamente guapo conde de Nieuwekerke, tan prolongada que prácticamente era un matrimonio. Un día en que la princesa ofrecía el té a unas señoras de esas que piensan que a sus amistades no cabe achacarles nada indebido, su gracioso galgo enano de color gris

(2) Tapones de frasco.

empujó la puerta y saltó a su regazo. Ella lo echó en seguida diciéndole : ¡Baja, malo; sabes que estás castigado! Como las señoras le preguntaran el motivo, la princesa explicó que durante toda la noche anterior el perrito no había cesado de subirse a la cama impidiéndole dormir.

En aquel momento un criado anunció a Nieuwekerke, quien saludó a la princesa con la misma cortés deferencia que a las otras damas. La princesa expresó lo feliz que le hacía verle después de tan larga ausencia, y en aquel preciso momento el perrito dio un salto para saludarle. El conde lo rechazó indignado regañándole : ¡No, no; baja, malo, que anoche no me dejaste dormir nada!

Yo gastaba mucho dinero en mi casa de Beauséjour.

El castillo tenía, por ejemplo, una enorme bañera de bronce fundido, encargada a Chevalier, con mis iniciales grabadas y no faltaba mármol y metalistería en las habitaciones y hasta algo de oro. Pero mi mayor extravagancia era la limpieza : los suelos se fregaban en algunas ocasiones varias veces al día, y tenía un equipo de criadas encargadas sólo de eso. En la casa de París también relucía todo; el baño era de mármol rosa con mis iniciales en oro en el pedestal de la bañera, y las limpiaban a diario, y algunos días dos veces, con un paño muy suave.

Siempre procuraba amueblar mis casas con arreglo a mi personalidad y lo tenía todo dispuesto para potenciar mis atractivos. Puede parecer una fatuidad, pero es una buena actitud comercial y una garantía. Después de los diecisiete años ninguna de nosotras nos hacemos más hermosas, aunque podamos ser más seductoras en otros aspectos. Necesitamos del halago de sedas y satines, de candelabros de plata, espejos con marco de oro, para que nuestros amantes, una vez encandilados por nuestra persona, nos crean tan hermosas como nos han imaginado. Con muchos hombres, gracias a juguetear con ellos y admirar en el espejo la imagen de los cuerpos desnudos de los dos al fulgor de las velas, situándome de forma que el cuerpo de ellos se hallara entre el mío y el espejo (pues a casi todos los amantes les gusta verse en acción), he conseguido resaltar mi belleza. Cuando llega el momento en que el amante está listo para volcar su atención y pasar de la imagen a la realidad, entran en acción manos y lengua y su orgasmo es tal que su único deseo le impulsa a una actividad en la que la perfección de formas queda relegada a papel secundario. Esto es algo que la mayoría de las profesionales saben, pero que las aficionadas desconocen; algo que valdría la pena que aprendieran las niñas en la escuela.

La muerte de mi buen amigo Morny en marzo de 1865 me arrebató algo más que un amante. El había proseguido mi formación artística dedicándome -tan romántico con su chaqué de terciopelo- no pocas veladas a tocar el piano para mí. Un hombre que nunca quiso que fuera suya en exclusiva y a quien incluso divertía oírme contar historias de otros amantes, aunque, naturalmente, yo evitaba decír nombres. Recuerdo perfectamente cómo se reía cuando le hablé de un billete que había enviado una dama muy conocida, cuya identidad mejor és ocultar, a un solicitante que la abordó : Estoy en casa entre doce y dos cuando luce el sol; todo el día cuando llueve; toda la tarde cuando un hombre me corteja, y toda la noche cuando me ama.

Morny no dejó de ser obseQuioso hasta el último momento y llegó a obligar a su mujer a acudir a un baile cuando él se hallaba ya en el lecho de muerte con los criados ordenando sus papeles y despidiéndose de los amigos. Su padre, el conde de Flahaut, que había sido amante de la reina, acudió a la cabecera del moribundo para estrechar su mano. Era un viejo estupendo, aunque nunca me lo presentaron. También vino el emperador a despedirse y se le vio salir llorando del cuarto de Morny, porque no sólo perdía un hermano, sino un consejero y un sagaz político. El funeral se celebró en la Madeleine y hubo gentío. Yo seguí el cortejo hasta el Pere Lachaise con otras personas, incluidos militares y políticos y no menos de otras seis queridas suyas.

Diez días después de la muerte de Morny, el duque de Gramont=Caderousse (3) me visitó para darme el pésame. Gramont-Caderousse había sido amante durante una época de Hortense Schneider, una actriz que hizo una creación famosa en el papel de Mimi en Les Mémoires de Mimi Bamboche en el teatro del Palais-Royal, pero que en su vida privada era de tal actividad amatoria que alguien le aplicó el calificativo de le passage des princes (*). Yo no creo que conociera la intención de Gramont-Caderousse de expresarme su pésame; un pésame que le impulsó a abrazarme sofocadamente en cuanto desapareció el lacayo, meterme la mano en el escote y aplicar sus labios a mi seno antes de achucharme fuertemente contra él, lo que nos hizo caer al suelo, donde me despojó de las faldas al tiempo que desabrochaba sus pantalones y me poseía sin rodeos. La forma de hacer el amor de este hombre admirable era siempre brusca y el polo opuesto de su conducta en público, pues siempre decía que las mujeres

eran ejemplos de modestia e inocencia. Fue él quien retó a duelo, ni más ni menos, a uno que había blasfemado de la virgen María, no porque él fuese muy religioso, sino porque no podía soportar que se hablara mal de una dama. Salía en defensa de las mujeres incluso en circunstancias que otros habrían considerado inconvenientes. En cierta ocasión, en un tiempo en que era amante de la esposa del duque de Persigny, y éste, ignorante, comentó que era poco feliz en su vida matrimonial, Gramont-Caderousse le espetó : No puedo permitir que vuestra excelencia hable mal de mi querida.

Cuando yo le conocí tenía treinta años, pero parecía mucho mayor; oí que sus excesos no tenían igual, aunque tengo que confesar que conmigo nunca intentó pa

(3) 1835-1865.
(*) El paso de los príncipes. (N. del t.)

sar de un revolcón febril entre las sábanas y más de las veces sobre la alfombra. Murió en setiembre de 1865, tísico, parece, pero yo creo que fue de los excesos. No fui invitada a su famosa última fiesta en la que, tras recibir el consuelo de la Iglesia, dio a sus amigos una cena de primera a la que asistieron muchas prostitutas jóvenes, mientras él moría plácidamente con el jolgorio en marcha tabique por medio. En muchos aspectos era un hombre muy servicial y considerado.

Tras la muerte de Morny el negocio continuó durante un tiempo como de costumbre. Seguí recibiendo las atenciones de varios caballeros y durante cierto tiempo mi único amante habitual fue un teniente de marina muy rico, Des Varannes. Vino a visitarme una tarde recomendado por un amigo y me obsequió con un jarrón, pequeño pero muy bonito y de gran peso, que, pese a su elegancia, no me pareció la clase de regalo con que obsequia un joven a una dama a cambio de algo más que una taza de té. Me puse a contemplarlo, pero Des Varannes lo cogió y me pidió permiso para colocarlo en una repisa de la habitación. Pero en vez de eso lo arrojó expresamente a la chimenea, rompiéndolo y regando el suelo de monedas de oro. Era muy propio de Des Varannes, para quien nada era tan directo como parece. Le gustaba, por caso, pedirme que le dejara ponerse prendas mías y que yo me embutiera en su rígido uniforme naval, con lo que inmediatamente se encendía su pasión; una vez me arrebató tan

violentamente los pantalones que los partió en dos y hubo que enviar a su casa a por repuestos.

Le gustaba mucho el coñac, aunque no hasta límites inconvenientes, pero siempre tenía una botella a mano y muchas veces me regaba con él y lo lamía arrobado sobre mi cuerpo, lo que me procuraba un estremecimiento frío y estimulante en la piel. Era un hombre extraordinariamente velludo y cuando le acariciaba la espalda y las nalgas era como si estuviera con un leopardo o un león, tanto era el vello que tenía. Esto, conforme nos íbamos acalorando, era bastante incómodo, porque con la transpiración su pelaje (no puedo llamarlo de otro modo) se apelotonaba en rizos duros que me pinchaban los pechos y el vientre.

Creo que fue por entonces, o quizá poco antes, cuando impuse en París la moda del maquillaje. Algunas actrices tenían la costumbre de dejarse la pintura de escena después de la función, pero con resultados nefastos, porque su rostro rosa o naranja no parecía humano. A mí se me ocurrió que tenía que haber un medio de aplicar una pintura ligera que resaltara los rasgos sin llegar al ridículo y empecé a experimentar por mi cuenta con diversos pigmentos, incluidos plata y perla. Usaba también un tinte de Londres para teñir de rubio mi pelo rojizo. La primera vez que me aventuré en público después de este experimento causé sensación, y en seguida otras damas me pidieron que les revelara mi secreto, a lo que yo accedí encantada y durante años les abrí mi tocador, al que acudían señoras y caballeros para ver cómo me maquillaba.

Estaba en la cumbre de mi belleza y es justo decir que yo buscaba con ello ocasión para mi publicidad. Solía ponerme un salto de cama, y cuando llegaba el momento de

maquillarme cuello y busto, dejaba mis hombros al desnudo para que las señoras y los caballeros pudiesen contemplar mi figura conforme giraba de derecha a izquierda (una escena que después el novelista Zola utilizaría en su novela Nana (4), aunque no la reprodujo completa porque en el libro sólo asiste el amante de la mujer). Pocos caballeros me requerían en tales ocasiones; muchos se interesaban por el arte de la pintura porque eran sodomitas y querían aprovecharse de las lecciones. Pero no me cabe duda de que las damas difundieron la noticia de mis encantos, pués es curioso que a

(4) Siempre se ha dicho que Zóla se inspiró para Nana en otra cortesana, Blanche d'Antigny, que compró la casa de Cora Pearl en la rue d aillot.

algunas les gusta elogiar los encantos de otras cuando muestran los suyos.

A mi parecer los cronistas de modas no han sabido apreciar la contribución que yo y mis compañeras en el arte del amor hemos aportado al desarrollo del vestir. Desde luego es innegable que introdujimos una alegría nueva, más vida y colorido en estilos que sin ello habrían seguido siendo un fastidio insoportable. Los colores vivos, un atavío masculinizado, paletots (5) de hombre, cuellos de hombre, corbatas y bastones, nunca fueron mi estilo, pero algunas de mis amigas los adoptaron con gran éxito y ejercieron influencia en la moda femenina con sus abrigos militares de terciopelo amarillo recamado, capas de terciopelo rojo con orla de puntilla negra, vestidos de tul negro con puntilla oro. Una amiga introdujo el corpiño Diana con un hombro desnudo, y yo misma influí en el vestir con la moda de acortar las faldas a principios de la década de 1860, llevando enaguas y medias de colores. Recuerdo la sensación que causé la primera vez que aparecí con medias de seda grises de

dibujo en rojo.

He cambiado de estilo varias veces. Llevé, por supuesto, miriñaque y me fotografiaron con uno, el más grande de París, de veinticuatro aros (6) (presentaba la ventaja de que se podía ir sin muchas enaguas debajo, o sin ninguna), pero, aunque se dice que la propia emperatriz asestó un golpe mortal a esta moda en enero de 1859 al acudir a un baile de la corte sin miriñaque (noticia que acaparó los comunicados de prensa, relegando a segundo término hasta el discurso imperial de Año Nuevo ante el barón Hübner), yo creo que hice más que nadie para acabar con esa costumbre llevando falda sobre una enagua, y enaguas de nuevas telas y colores : vestido negro sobre enagua lila y negra, por ejemplo. También lucía mangas estrechas y ricos adornos en

(5) Gabanes.

(6) la fotografía se conserva en la colección Enthoven del Victoria and Albert Museum.

vez de volantes, aunque siempre me atuve a los escotes bajos, enmarcando mi busto con un cuello Berta de cintas, un lóchuga, encajes o bordados festoneados con flores.

Uno de mis recursos consistía en llevar el escote lo más bajo posible sin enseñar los pezones, y no puedo jurar que siempre me atuviera estrictamente a esa regla, al menos en compañía de señores (muchas veces daba cenas para hombres solos, y en cierta ocasión reuní quince invitados masculínos entre los que sólo había uno que no me conocía en la cama).

Sería un error pensar que nuestra influencia en la moda se ejercía sólo indirectamente; algunas de nosotras nos mostrábamos siempre en público acompañadas de los caballeros más selectos. Fue Des Varnnes quien se atribuyó el honor de haberme presentado a su alteza imperial el príncipe Napoleón, primo del emperador (7). Según él, estaba hablando de mí una tarde al príncipe, cuando éste le preguntó si realmente me tenía en exclusiva o no le importaría presentarme, a lo que él accedió y, tras la presentación, me habría convertido en amante del príncipe.

Nada tan contrario a la verdad. La presentación se produjo durante una cacería con el príncipe Achille Murat en Meudon, una finca de Napoleón (8), y creo que fue en 1865. De repente el caballo de Murat se desplomó y, como a éste le gustaba mucho matar la pieza, mientras que yo practicaba el deporte como mero pretexto para cabalgar, no dudé en ofrecerle mi montura, que él aceptó. Apenas acababa de alejarse, comenzó a caer un aguacero y yo estaba guarecida bajo un árbol cuando su alteza imperial llegó al lugar, vio el caballo caído de Mu

(7) Napoleón José Carlos Paul Bonaparte (1812-1891), hijo de Jerónimo Bonaparte y de la princesa Federica Caterina Sofía von Wurtemburg y primo de Napoleón III. En 1859 se casó con una hija de Víctor Manuel II de Italia. Entre sus queridas se cuentan las actrices Rachel y Judith y la cantante Rosine Stoh.

(8) Que había heredado de su padre el príncipe Jerónimo en 1860.

rat y yo le conté lo que había sucedido. Aquella circunstancia fue nuestra presentación y hasta tres años más tarde no volveríamos a vernos en circunstancias más íntimas, pues, aunque el príncipe se enamoró apasionadamente de mí en la primera ocasión de conocerme, le tuve en el candelero todo aquel tiempo, avivando las llamas para que durase más el fuego.

Cuando le conocí, el príncipe tenía cuarenta años. No era muy aguerrido, pues su cuerpo era un poco rechoncho y tenía un rostro vulgar, pero su familia y su fortuna le garantizaban un flujo continuo de bonitas queridas; aunque, a decir verdad, su primera aventura de juventud fue en Stuttgart con una mujercita esposa de un panadero. El marido los sorprendió desnudos en medio de los sacos de harina y dio una buena tunda al príncipe, echándole a la calle desnudo y cumplidamente cubierto de harina. Esto no le disuadió, pues era muy ardiente, y más tarde tuvo por queridas a la famosa actriz Rachel, y la no tan famosa, pero no menos bella, Julie Bernat (conocida por Judith) y a varias cantantes de ópera.

Se casó por razones de estado con Clothilde, hija de Víctor Manuel de Italia, quien le permitía hacerle el amor, pero nunca estuvo a su altura. Aunque no puedo censurarle que buscara en otras partes, tengo que admitir que me sorprendía un tanto su absoluta desconsideración con ella, a tal extremo que a veces estaba en una habitación con otra en la cama dando voces, mientras en la de al lado cenaba ella con los hijos. Pero también hay que decir que ella tampoco mostró nunca el más mínimo indicio de desaprobación o interés. Naturalmente, la pobre había sido educada en la reclusión de una corte (reclusión cuando menos para las mujeres), no había tenido experiencias de alcoba y nada aprendería del príncipe, quien dedicaba sus alardes a otras mujeres menos inocentes. La princesa era del todo feliz con sus hijos (cuya generación me pareció siempre un gran misterio).

En cuanto al príncipe, siempre me trataba con deferencia, si no con cortesía, lo que no hacía con nadie, y si sus amistades se quejaban de la grosería de su léxico en público, tendrían que haberle oído en privado. La segunda vez que nos vimos en mi casa, tras quitarse apresuradamente la ropa, se tumbó en la cama y no dijo más que : ¡Dieu, mais je suis fatigué! (*). Esta noche no tengo ganas de nada; Cora, menéamela, ¿Quieres? Era la primera vez que me hacían semejante ofensa, pero lo había dicho con tanta naturalidad que resultaba evidente que no mentía, y yo me puse manos a la obra.

Tampoco era agradable como amante; su aspecto físico era más el de un toro que el de otro animal más fino. Vestido no era atractivo; era gordo, de piernas cortas y grueso de cuello. . . Sin ropa era más grande que gordo y, aunque tenía un tronco voluminoso, no había dificultad física, porque tenía una verga de las más largas que he visto (y bien gruesa), de forma que cuando yo le montaba (postura que adoptábamos mucho, por gusto y por conveniencia), tenía que empezar con cuidado, pues de haberme dejado caer de repente sobre él habría sido tan peligroso como delicioso, y lo que hacía era apoyarme con los muslos sobre su enorme torso. Cuando estaba sobrio no lograba contenerse más que unos minutos, pero con suficiente coñac podía aguantar cuarenta minutos sin correrse, circunstancia que en su caso no

Librodot

era tanto de agradecer como lo hubiera sido con alguien físicamente más agraciado; muchas veces se mostraba totalmente desinteresado por el acto y mi papel entonces era más lascivo que afectuoso.

Si doy la impresión de que no era mi amante preferido, nada menos alejado de la verdad en cuanto a rapto físico se refiere, pero no era así en otros aspectos, pues, como recibía un millón anual de francos de la Lista Civil, me mantenía en una casa espléndida en la rue de Chaillot, número 101, amueblada a su gusto, que

(*) ¡DioS mío. Qué cansado estoy! (N. del t.)

resultó ser bastante bueno. También en otro sentido. era un amante conveniente, por su falta de celos, característica que descubrí a los dos meses de conocernos íntimamente. Una noche, después del teatro y de cenar, regresamos a casa; sin desvestirse le invadió un profundo sueño del que fue imposible despertarle. Como el champaña y la ópera me habían preparado para el placer amoroso, sufrí una gran decepción y se lo dije por la mañana.

Aquella misma noche volvimos a la ópera, y esta vez acompañados de un miembro de su séquito -el teniente de navío Brunet- y un joven amigo, André Hurion (9), que había sido actor en un teatro de provincias antes de heredar una modesta fortuna de un pariente lejano, convirtiéndose en un niño bonito. Los dos tenían la mitad de años que el príncipe. Brunet era uno de los hombres más guapos que he visto, con pelo claro y bigotito, esbelta figura y un carácter encantador; Hurion, por el contrario, era muy moreno, algo brusco, totalmente rasurado y de ojos vivos y expresivos. Se sentaron flanqueándome en el asiento del palco, muy solícitos, y después nos acompañaron a cenar, con gran nerviosismo por mi parte al comprobar que eran más atentos de lo que debe serlo un hombre en presencia del amante de la dama. Al acabar la cena, mientras bebíamos el coñac, Hurion, que estaba sentado frente a mí, me acarició la pierna con el pie mientras agarraba el fuste de la copa de tal forma que a nadie se le escapaba el significado.

Yo me puse en pie pidiendo que nos marchásemos. Para mi sorpresa, Hurion nos acompañó al coche y a él subieron los dos con el príncipe, quien no hizo ningún gesto de desaprobación. Al llegar a casa ¡subieron las escaleras con nosotros y nos acompañaron al dormi

(9) Por entonces había un teniente de navío Brunet agregado a la casa militar del príncipe; Holden sugiere que Hurion debe tratarse de Henri Hurion, conocido en el teatro por Noiret. A ambos se los menciona en las Mémoires, pero sólo como amigos del príncipe.

torio ! Yo empecé a sospechar lo que iba a ocurrir y, efectivamente, apenas se había cerrado la puerta los dos jóvenes estaban desvestidos.

-Querida -dijo el príncipe-, siento que mi conducta anoche te dejara insatisfecha, pero, como ves, te he traído dos de mis mejores bestias y espero que te den cierta compensación. ¡Mira! -exclamó señalando con su bastón las nalgas de Brunet-. Charles es válido para cualquier potra y André -hizo un gesto en dirección a Hurion, que ya estaba en forma- tiene unas piernas y unos riñones no inferiores a los míos en sus buenos tiempos. Caballeros, por favor, hagan como si yo no estuviera. . . -Tras lo cual se acomodó en un sillón con una botella de coñac y un vaso a contemplar los acontecimientos.

Los dos hombres, primero, con suma solicitud y no pocos murmullos de admiración, me desvistieron. Acabado esto, la virilidad de Hurion ya estaba enhiesta, una verga enorme no tan grande como la del príncipe, pero evidentemente mucho más vigorosa y presta para la batalla; era fuerte y gruesa, con una bolsa debajo con bolas de tamaño en consonancia, y se erguía desafiante sobre un vientre cubierto de pelo negro y rizado que se extendía hasta el pecho. Brunet, en cambio, era pequeño pero perfecto y parecía una estatua griega; el pelo de su cuerpo era tan claro que casi no se distinguía y lo tenía ensortijado en torno a su

instrumento que, más que grande, era de corte clásico: un objeto artístico que sólo los insensibles no habrían admirado.

A modo de inciso diré que sólo las mujeres que han tenido la oportunidad de ver muchos hombres en la intimidad saben cómo varían en tipo. Algunas vergas son más feas que el demonio y no siempre a juego con el rostro de su dueño. Otras son torcidas, otras rectas, unas demasiado delgadas, otras demasiado cortas y gruesas, algunas en reposo son pendulonas y gordas y cuando se excitan no superan mucho su estado original, otras aumentan desde el tamaño de una nuez al de una gran fruta en cuestión de segundos. Y lo mismo puede decirse de su sensibilidad, naturalmente. Algunas, al contacto de un dedo, derraman su jugo, otras son tan insensibles como madera, por lo que hay que dedicarles mucho esmero para que descarguen, aun con la mayor disposición de su dueño. Siempre ha sido para mí motivo incesante de curiosidad observar estas diferencias que, por cierto, no confirman los dichos tradicionales. Los hombres de nariz grande pueden estar mal dotados, mientras que los de dedos finos

pueden tener cacharros enormes. La prueba ocular es la mejor.

Aunque retraída al principio por la afabilidad del príncipe, ya que sus dos amigos se mostraban tan dispuestos a gozarme siguiendo sus órdenes, habría sido innoble por mi parte no mostrar gratitud por su solicitud. Así, conduje a los dos a la cama y allí se tumbaron uno a cada lado, jugueteando con ternura con mis pechos y muslos, mientras yo disfrutaba con el efecto que producía la luz de los candelabros sobre la piel de sus cuerpos, uno tan oscuro que parecía el de un hindú y el otro tan blanco que se hubiera dicho el de una jovencita. Finalmente, Hurion se situó entre mis muslos y me fue penetrando suavemente, llenándome de inmenso placer. Conforme se movía lento pero persistente, levantó su pecho para que Brunet me besara las tetas y me pasara la lengua por los pezones, mientras yo le acariciaba la espalda y las nalgas. Sentía sus dedos moverse entre mi cuerpo y el de Hurion, acariciándonos a los dos cuando alcanzábamos el orgasmo.

Al cabo de un rato, con cuidado para que Brunet alcanzara el placer que su amigo ya había gozado, insinué a Hurion que se levantara, apoyándose en las rodillas, de modo que mientras yo seguía empalada y le sostenía con los muslos, él quedara erguido dejando que su amigo se arrodillara frente a él y yo pudiese entretener mi boca. Por entonces ya estábamos los tres en la cumbre del placer y en un instante alcanzamos el orgasmo, consumiendo nuestra pasión en mutuo deleite. Estábamos tan absortos que nos sorprendieron los aplausos con que el príncipe desde el sillón celebró nuestros empeños.

Permanecimos en un agradable letargo y después nos quedamos adormecidos. Al despertarme, una hora más tarde, vi que el sillón estaba vacío, pero las tres copas de coñac seguían en la mesilla. Desperté a mis dos acompañantes y les di una copa para brindar por el placer habido y los deleites por venir, y el trago nos encaminó, pues Hurion cogió en seguida mi mano y la puso entre sus piernas, en la maraña peluda, donde una cosa flexible comenzaba a revivir. Un leve manoseo, sin necesidad de actuación bucal, lo revivió del todo. Pero Brunet no mostraba señales de recuperación y ni siquiera mi esmero en chupetearle su escultural instrumento surtió efecto alguno; ante lo cual, con gran sorpresa por mi parte, fue Hurion quien se inclinó para sustituirme en la tarea, con tal eficacia que al primer lengüetazo consiguió que su amigo recobrara la excitación y con tal celeridad que no dudé en reclamarlo. Cogiéndome por detrás de las rodillas, el guapo mozo me arrastró hasta el borde de

la cama y allí hizo diana, poniéndome las piernas sobre sus hombros y sujetándome la cabeza con sus manos. La perfección de su maniobra me causó un efecto bastante distinto al del ardor animal de Hurion, y ya cerraba los ojos conturbada por el deleite, cuando una tensión en el cuerpo de Brunet me hizo abrirlos, viendo pasmada la cara de Hurion apoyada en el hombro de su amigo, a quien tenía sujeto por los antebrazos, mientras movía su cuerpo de un modo que no dejaba lugar a dudas. Había penetrado a su amigo por detrás y los tres nos mecíamos al unísono. Metí las manos en medio y sentí una extraña sensación al tocar dos pares de bolas balanceándose rítmicas con coraje, mientras la expresión de placer en el rostro

de mis dos amantes me indicaba que se hallaban perfectamente identificados en aquel juego. Luego supe que Hurion no sentía particular inclinación al placer con chicos ni Brunet al goce con las mujeres; de hecho, en cierta ocasión en que le pedí a Brunet que hiciésemos

solos el amor, no pude excitarle suficiente para servirme de él de un modo convencional y sólo animándole a que me tomara por detrás (de forma convencional, no obstante) llegamos al epílogo. Sin embargo, los dos eran tan amigos que nunca se negaban a ayudarse adoptando papeles que otros habrían juzgado extraños y hasta inconvenientes. En esta ocasión había sido la oferta del príncipe en prestarse a lograr un ascenso para Brunet el incentivo para venir con su amigo a mi casa, pues, aunque le apreciaba, sabía que era su inclinación natural.

Déspués de Que el último asalto nos abocó de nuevo al sueño, caímos en un sopor hasta cuando por la mañana, al traerme mi doncella el chocolate, nos encontró a los tres enlazados con cara de entera satisfacción. Trajo otras dos tazas y desayunamos, tras lo cual Hurion se recuperó lo bastante para darme una nueva prueba de admiración, mientras Brunet se contentaba con acariciarle tiernamente las partes de su cuerpo que yo no acaparaba. Los dos jóvenes se marcharon y yo dormí hasta mediodía, en que se presentó el príncipe para preguntarme solícito si había descansado bien aquella noche, asegurándole yo que me había repuesto completamente y dándole las gracias por su gentileza.

Capítulo VI

Mi mejor protector. Las Petites Tuileries. Mi época dorada. Hago de Eva. El mejor baile. Deshabillée aristocrática. Felicitaciones de Año Nuevo. Devoción del príncipe. La Exposición. Masaje turco. Extraña costumbre. Mi triunfo teatral. Georges Cavalier. Mi adiós a las tablas. Fotografiada por Nadar y Disdéri, con Hurion y Brunet. El emperador en la alcoba. Khalil Bey y su arte amatoria. Gustavo Doré. El barón Rogniat, grosero y rijoso.

El príncipe Napoleón fue mi protector más satisfactorio, más generoso, más comprensivo y más amable. Es fácil comprender por qué a algunos les parecía insoportable. Nunca le gustaron las pretensiones y despreciaba a la mayoría de sus parientes. Una vez me comentó con toda llaneza : Mi primo -el emperador- es un cerdo; sus prefectos, una basura, y el gobierno, una mierda. Trató a la gente de Turín con desprecio cuando en un baile celebrado en honor de sus esponsales con la princesa no le agasajaron con la categoría que su posición merecía. Pero yo, y su secretario privado Berthet-Leleux, le teníamos por el mejor de los hombres.

No cabe duda de que le hacía feliz mantenerme a todo tren, y a la vez me consentía Que yo mantuviera a otros hombres más jóvenes. En cierta ocasión dio muestras de disgusto en público por mi relación con un joven capitán de la milicia, pero fué sólo porque nosotros no tuvimos tacto y nos exhibimos en público, y el príncipe tenía su pundonor. Se sentía muy orgulloso de las Petites Tuileries, como llamaba a mi casa de la rue de Chaillot, y yo me valía de sus visitas, tanto formales no informales, para recibir a lo grande. Efectivamente, entre 1865 y 1870 viví mi época dorada; nunca me faltaba dinero y lo gastaba con largueza.

Algunos han criticado el gasto que hacemos las protegidas de los ricos y, cuando algunas, al paso del tiempo, han venido a menos, los estúpidos comentan que deberíamos ahorrar el oro en los buenos tiempos, pero pierden de vista el hecho de que es primordial, cuando una está bajo la protección de un hombre de nobleza y de fortuna, imitar su estilo de vida y hacer uso ostentoso de su dinero. La esposa de un hombre puede permitirse vestir desaliñada y anticuada; la querida, nunca, porque su aspecto es índice de la riqueza y categoría de su protector. Por eso daba yo fiestas magníficas, iba cada noche a la Maison Dorée y a Brebant's (*). Tenía ordenado Que en rue de Chaillot tuvieran siempre la casa abierta a quien se presentara, aunque yo no estuviese, y cuando volvíamos del teatro y de

Librodot

cenar, muchas veces me encontraba grupos de invitados comiendo y bebiendo, sentados en las sillas, tumbados por los divanes o en cojines en el suelo y hasta en las camas.

No se piense que la casa era un burdel. Estaba convenido que si a una pareja le apetecía hacer el amor, lo hiciera con todo desenfado sin preocuparse de los que en la misma habitación jugaban a las cartas o departían, y que éstos, a su vez, siguieran con sus cosas sin preocuparse de las parejas, o a lo más les concedieran una ojeada aprobatoria. Tampoco iban contando historias cuando salían a la calle, a pesar de que muchas veces me he encontrado en un salón en el que la mitad de los hombres sabían que el anfitrión había fornicado la noche anterior en público con la mujer que en aquel momento tomaba el té con su esposa.

Yo consideraba una obligación, ya que mi posición era sabida y admitida en todo París (incluida la princesa), mostrarme en público en cualquier ocasión que

(*) Restaurantes de superlujo situados en el bulevar des Italiens y búlevar Poissonniére respectivamente. El segundo permanecía abierto toda la noche. (N. del t.)

lo mereciera, y me llevaba horas prepararme para un baile de gala o actos parecidos, coordinando mis joyas. En los bailes de etiqueta intentaba lo mejor que sabía causar una petite sensation, y al principio lo lograba con el simple expediente de llevar la menor ropa posible, un corsé de tul y joyas convenientemente dispuestas. En 1866, los invitados al baile de los Trois Fréres Provencaux se quedaron sin respiración al verme aparecer vestida de Eva : no llevaba ninguna joya, salvo una hoja ricamente engastada con esmeraldas. Una amiga me envió un recorte de la revista Baily's, de Londres, que decía que mi forma y figura sólo iban ocultas por las mismas prendas de la primera que comió la manzana.

Fue en 1866 cuando se celebró en el Ministerio de Marina posiblemente el más fastuoso de los bailes de máscaras modernos. Acudió el mismo Luis Napoleón vestido de noble veneciano con una máscara espléndida, y el principal acontecimiento de la velada fue una serie de tableaux vivants representando los continentes. Primero salieron cuatro cocodrilos con el lomo cubierto de joyas y a continuación criados casi desnudos con mayor profusión aún de joyas (lo que fue un acierto, pues poco más les tapaba), luego una carroza en la que se sentaba la princesa Korsakov, con el cuerpo pintado de negro y vestida -o desvestida- con un desparpajo muy poco visto en público en una aristócrata; no llevaba más que un sutil velo de maillot, a través del cual se notaban perfectamente las líneas de su cuerpo, que ella exhibía sin ningún recato. Mademoiselle de Sévres, montada en un camello del zoo y acompañada de servidoras con los pechos desnudos y grandes pelucas de pelo negro alborotado,

representaba a Africa. América estuvo representada por una mujer rubia a quien yo no conocía, y quizá desconocida para todos, tumbada totalmente desnuda en una hamaca transportada por unos negros casi desnudos y escoltada por hombres morenos con plumas de indio.

Hubo más de tres mil invitados que se emulaban por mostrar sus joyas, y algunos con tanto afán de notoriedad que hasta las partes del cuerpo que llevaban cubiertas al llegar las fueron destapando después. La marquesa de Gallifet vino disfrazada de cisne, pero ya al principio de la velada perdió las plumas de los pechos; la condesa de Castiglione, conocida por ser la querida del emperador, y con sólo diecisiete años (1), apareció vestida de Reina de Corazones (el príncipe me contó después que la emperatriz había comentado : Lleva el corazón un poco bajo). Los vestíbulos se convirtieron en burdeles en pequeño, y en ellos desaparecían las parejas, que al rato regresaban jadeantes y sofocadas. Al duque de Morny se le vio regresar al salón de baile con una belleza en cuyas mejillas se veía claramente la señal de dos botones con el escudo ducal y pudo observarse que la única prenda del duque con botones era el pantalón (2).

El día de Año Nuevo siempre fue ajetreado para mí, porque los señores tenían a pundonor ser el primero en visitarme. Siempre me atuve a pasar la víspera con el príncipe, de

forma que (como nunca nos retirábamos antes de medianoche) podía decir con toda sinceridad que el primer hombre con que había estado el primer día del año era él. Pero él generalmente se marchaba de casa antes de que yo me hubiese despertado por la mañana, y yo saltaba de la cama, que refrescaba apresuradamente, me ponía una bata vaporosa y volvía a meterme en la cama para recibir a mi primer visitante pasadas las ocho.

El primer Año Nuevo que hice esta levée (*) en las Petites Tuileries di pie atolondradamente a que el príncipe Gortschakoff creyera que era el primero que gozaba de mis favores en 1867. El pretendió conmemorarlo dejando en mi mesilla una caja de castañas gla

(1) En realidad diecinueve.

(2) En realidad, Morny había fallecido el año anterior a este baile. El incidente debió de ocurrir en otra ocasión.

(*) Por alusión a la costumbre cortesana según la cual los súbditos venían a ver levantarse al rey. (N. del t.)

cées envuelta cada una de ellas con un pegajoso billete de mil francos y acto seguido se quedó en camisa. Me pareció improcedente negarme, vista su amabilidad, y afortunadamente el aire frío de la mañana, al que se había expuesto cabalgando varias millas para venir a mi casa, no había mermado su vigor, de manera que cuando me anunciaron la llegada de otra visita, ya se había marchado. Pero, ¡ay!, el nuevo visitante -el mariscal Canrobet- había tenido la misma idea y me obsequió con un regalo casi equiparable. Hacia mediodía cinco caballeros se habían convertido en el primer amante de Año Nuevo de Cora Pearl, y si mi fortuna había aumentado en varios miles de francos, hay que decir que fue una mañana bastante mouvementée (*). En años sucesivos recibía visitas aquel día por la mañana con la estricta condición de que vinieran a verme en plan platónico. Cinco hombres a la vez, valga; pero cinco hombres seguidos me producen irremediablemente cierta indiferencia.

La devoción del príncipe para conmigo nunca me decepcionó. Aunque no era celoso, tenía la acendrada pretensión de considerar mi tiempo como suyo, y yo me las veía y deseaba para no estar fuera de casa, o en otros menesteres, cuando él acudía (a tal extremo que una tarde, al llegar él, yo estaba con Hurion, de quien me había hecho muy amiga, y el príncipe entró en el cuarto sin preámbulos; el pobre Hurion tuvo que bajar de la cama y salir del dormitorio intentando en vano ocultar en los pantalones su virilidad insatisfecha). Cuando el príncipe tenía un rato libre y yo no estaba con él no dejaba de escribirme billetes profesándome su adoración, y yo estoy convencida de que era sincero. Cuando la gran Exposición Universal, tenía su propio pabellón en el recinto, iluminado por la primera instalación eléctrica de París, de la que se sentía muy orgulloso. Era una alcoba al estilo turco, con finas al

(*) Agitada. (N. del t.)

fombras y telas de colores exóticos. Después de recorrer la Exposición curioseándolo todo, se retiraba a sus habitaciones, se quitaba la ropa y, en batín, se tumbaba en un diván. Yo, a la tenue luz eléctrica filtrada por pantallas, me sentaba a su lado y le daba caramelos. ¡Qué estampa tán romántica!

La Exposición de 1867 fue un acontecimiento sonado. Había un edificio enorme de cristal de casi quinientos metros de largo con productos de todo el mundo : maquinaria, productos químicos, un nuevo cañón fabricado por herr Krupp de Prusia, muebles, toda clase de objetos, hasta pinturas, esculturas, trajes y telas maravillosas. Un cuadro que causó sensación fue el Déjeuner sur L'herbe de monsieur Manet. En él se veía a una mujer joven desnuda, sentada en el claro de un bosque, rodeada de caballeros totalmente vestidos. El revuelo que se armó con esta pintura fue absurdo, aunque comprensible. Muchas de las

personas que expresaron su disgusto seguramente habían participado en escenas como aquélla, pero no pudieron soportar una representación que con tanto realismo y sin tapujos no trataba de simular una escena antigua. La Exposición, o mejor dicho su emplazamiento, fue una delicia para los que buscaban lenocinio, porque, si los pabellones oficiales eran bastante respetables, no

había que ir muy lejos para encontrar compañía menos selecta que la de la cumplida sociedad que llenaba salones de recepción y salas de exhibición. El Champs-de-Mars, al caer la noche y encenderse los faroles, parecía un bazar oriental. Había tenderetes con comida barata -se podían comer ostras y una botella de vino por ochenta céntimos-, y esto atraía multitud de jóvenes que no se contentaban con la fría desnudez de la señora de mármol montada en un león que el emperador había donado al Gran Pabellón. Había hileras de quioscos en la explanada en los que las bailarinas en traje folklórico ejecutaban danzas nacionales, pero unas danzas por las que habrían ido a la cárcel si las hubieran interpretado en sus países de origen, aparte que era de sospechár que sus vestidos, o carencia de ellos, tampoco eran réplica exacta de lo que normalmente se lleva en la India o en las islas del Pacífico.

Los hombres solían asediar esas barracas, y cuando entraban en ellas lo que encontraban no eran jóvenes orientales, sino putas de los barrios de París, pues todos los estamentos de prostitutas -cocodées y cocodettes, lorettes, petites crevées- veían en la exposición el medio de ganar dinero. El príncipe tuvo que acompañar a algunos visitantes distinguidos y el príncipe de Gales, el bajá de Egipto, el sultán de TurQuía, el rey de Suecia, el zar de Rusia y el hermano del mikado del Japón, entre otros, fueron de los que mostraron no menos interés por las damas de la noche. El príncipe me contó que una noche, el de Gales, abordado por una corista en la ópera, se volvió hacia él y le preguntó: ¿Cuánto costará ésta? Al decirle el príncipe el precio, el inglés puso cara larga y contestó. ¡Muy cara! a lo cual el príncipe dijo : Cárguelo a mi cuenta, pero no le constaba que hubiera aceptado la invitación.

Un joven de la nobleza turca visitó la Exposición y vino al pabellón del príncipe para conocernos y admirar el salón turco. Al día siguiente envió a su criado especialmente dedicado a dar masajes a su amo al estilo turco, y el príncipe aceptó complacido aquel ofrecimiento. Tras mucho insistir, ya que por lo visto en su país las mujeres son de naturaleza más discreta que en París y él no estaba acostumbrado a trabajar delante de ellas, consintió en ceñirse una simple toalla a la cintura, y de una bolsa de cuero sacó diversos aceites de variado perfume. El príncipe eligió uno y el masajista le indicó que se tumbara boca abajo (ya se había desnudado) en un diván.

El musculoso joven se echó aceite en la palma de las manos y comenzó a golpear, magrear y presionar vigorosamente el dorso del príncipe, desde los talones hasta las nalgas, haciéndolas sacudir y botar, y después los hombros y la espalda, presionando tan fuerte con los dedos sobre la columna que parecían penetrar en la carne. Al cabo de unos quince minutos, durante los cuales no sólo le trabajó el cuerpo, sino también pies y manos, invitó al príncipe a que se diera la vuelta y realizó la misma operación con brazos, pecho, hombros, vientre y muslos y, finalmente, con una sangre fría increíble, tras untarse de nuevo las manos con aceite, agarró el instrumento del príncipe y empezó como a ordeñarlo, ante lo cual aquél se incorporó y apartó de un empellón al perplejo joven. Parece que es costumbre en Turquía culminar el masaje con la descarga del órgano para completar el relajamiento del cliente; pero, porque tuviera reparos delante de mí, o porque verdaderamente le desagradara

aquel tipo de atención, el príncipe pagó generosamente al masajista y le despidió antes de venirse a mí para que, rápidamente, consiguiera la eyaculación prescrita.

Creo que el príncipe nunca supo que al día siguiente envié a mi doncella para que trajese al joven turco a las Petites Tuileries, donde se le pagó espléndidamente para que pusiera en práctica sus habilidades con mi persona. No pude asegurarme, porque hablaba muy mal inglés y peor francés, pero me pareció tan experto en masajear mujeres como hombres, porque cuando llegó el momento, tras tratarme con la mayor suavidad y morosidad, se ocupó

de mi sexo y lo manipuló con gran habilidad hasta el colmo del placer. Conforme lo trabajaba, yo, ofuscada por el muslo próximo a mi boca, no pude resistir la tentación de introducirle la mano por debajo de la toalla para acariciar la dura curva de su fuerte trasero, tocarle las bolas y la herramienta tiesa, pues claro está que no hay hombre capaz de dedicar tan íntima atención a una mujer sin excitarse. Para mi gran asombro, su sexo estaba totalmente relajado, blando e inmóvil. El sonrió al ver mi gesto de extrañeza y tranquilamente me

cogió la muñeca y me apartó la mano antes de llevarme con su dedo juguetón a un convulso y estremecedor paroxismo. Fue una sensación de lo más extraña e interesante; sólo se me ocurre como explicación que en su país las señoras desdeñan a las personas de clase inferior, por mucho que les gusten las artes amatorias. Debo confesar que esta modalidad me satisfizo menos que el acto completo y así ha sido también en las raras ocasiones en que otros hombres me han hecho lo mismo.

Entre las amistades a las que seguía recibiendo, discretamente, estaba el príncipe Achille Murat, quien una tarde en 1866 me llevó al teatro Bouffes-Parisiens para ver una opereta. Fue una velada muy aburrida; los actores eran grises, la orquesta mala y el público, cuando no dormía, protestaba. Durante la representación, monsieur Hector Jonathan Crémieux, director del teatro (y coautor con Ludovic Halévy del famoso Orfeo en los infiernos, de Offenbach), vino a nuestro palco para excusarse por la insipidez de la representación. Tuvimos que darle la razón. Achille le preguntó :

-¿ No repone Orfeo ?

-¿Sabe -dijo Crémieux- que estaba pensando en hacerlo? Es lo único que puede salvar al teatro. Pero el problema es que necesito a alguien para el papel de Cupido. Un papel corto, pero estoy seguro de que con la persona adecuada causaría sensación.

Abandonó el palco y volvió al final del tercer acto y, sin ambages, me preguntó si yo cantaba. Yo había aprendido a cantar de niña, naturalmente, y monsieur Crémieux escuchó con interés, más que con interés, encantado, que mi padre era músico y me manifestó que sería una maravilla si yo aceptaba cantar la partitura del Cupido.

Murat no cabía en sí de gozo. Lo primero que hizo fue alquilarme una vivienda junto al teatro y mandar construir una escalera privada desde la casa a la escena, pues no quería que yo tuviera un camerino corriente que, de todas maneras, habría sido insuficiente para recibir a todos los que venían a verme después de las representaciones (3).

La noticia se difundió por París con más rapidez que la electricidad. En la primera noche, el 26 de junio de 1867, el teatro estaba abarrotado, y muchos caballeros pagaron sumas astronómicas por la entrada. La nobleza francesa, inglesa y alemana se sentaba codo con codo y no faltaba casi ninguna de mis distinguidas rivales: Caro Letessier, Marguerite Bellanger, Giulia Barucci y, naturalmente, asistían los críticos.

Yo me había cuidado muy bien de que mi primera entrada causara sensación. Llevaba encima casi todos mis diamantes sacados del engaste y cosidos al traje, de manera que parecía una pura pedrería. El príncipe me había regalado un grueso diamante para la diadema que llevaba por tocado y hasta los botones de mi corpiño eran diamantes. La primera canción (4) salió bien y, a partir de ese momento, la función fue un triunfo para mí, y tras el cancán final (en el que intervenía al mismo nivel que las bailarinas profesionales), regresé a mi suite para recibir el homenaje de todo París. Sólo me entretuve para quitarme el traje que me cuidaba mi fiel camarera (luego di a madame Dulac dos diamantes por sus desvelos) y ponerme un traje de noche suelto para recibir las felicitaciones de todas mis amistades y de una o dos damas (que, a juzgar por sus miradas, me habrían estrangulado). Las semanas que siguieron fueron muy felices. La mayoría de los críticos fueron favorables y me encantó

que uno de ellos, Paul Foucher, me atacase en público, o mejor dicho, atacase a monsieur Crémieux por ceder el escenario a uuna mujer famosa únicamente por derrochar el dinero, sin duda ganándolo, pero sin ocultar cómo lo gana y ni siquiera preocuparse en disfrazar los nombres de los que la entretienen. Si quedaba alguien que

Librodot

(3) En las Mémoires se insinúa que fue el príncipe Napoleón quien subino a estas comodidades.

(4) Je suis Cupidon (Soy Cupido).

necesitase que le incitaran a venir a Bouffes-Parisiens, aquel comentario venía de perlas.

Desgraciadamente mi sencillez acabó con mi suerte. Supongo que en ciertos aspectos era todavía ingenua, porque no conté con la mala voluntad de algunas personas y, en particular, de un caballero. Estaba yo en el teatro antes de empezar la decimotercera representación, cuando alguien pidió permiso para entrar en mi cuarto. Era un joven de sorprendente fealdad, prácticamente enano, malformado y con una horrible joroba. Si aquel ser se hubiera limitado a admirarme y ofrecerme su homenaje, de mil amores le habría sonreído, ofreciéndole mi mano para que la besara, pero apenas entró en la habitación se me acercó con gesto de arrancarme el escote del vestido. Yo le rechacé, ante lo cual dijo llamarse Pipe-en-Bois. A mí aquel nombre no me decía nada, él vociferó que podía hundirme y en el peor de los lenguajes añadió que tenía que poseerme allí mismo (¡En el suelo, que es lo tuyo!), al tiempo que se disponía a quitarse los pantalones.

Afortunadamente, en aquel momento llegó Murat, quien lo echó a patadas escaleras abajo. Pero temo que haya complicaciones, dijo. Por lo visto aquel ser era Georges Cavalier, un socialista de izquierdas revolucionario que pretendía ser el censor del teatro en París al frente de varias claques. Después supe que aquel miserable fue directamente en busca de sus compinches y los soliviantó diciendo que era impermisible que una actriz extranjera triunfase en la escena parisiense. Al levantarse el telón, en cuanto yo entré en escena comenzaron los silbidos y abucheos. Yo no me amilané, pero el alboroto iba de mal en peor; aunque en los fauteuils (*) aplaudían, en la galería y el paraíso continuaba el abucheo. Al llegar el final de la representación ya estaba harta, y decidí jugarme el todo por el todo. Me situé junto a monsieur Crémieux,

(*) El patio de butacas. (N. del t.)

esperando al resto de la compañía para el cancán de la apoteosis y, antes de entrar en escena, me quité rápidamente las bragas y se las di. Los aplausos del patio de butacas aumentaron hasta que el ruido que hacían los estudiantes quedó apagado; en la galería, naturalmente, no pudieron ver el efecto revolucionario de mi deshabillée. Cuando salí a saludar, el patio de butacas se levantó (levantamiento liberal en el caso de algunos caballeros, como me aseguró Murat) y los estudiantes cesaron en su alboroto, rabiosos por mi éxito. Para rematar el número, me volví de espaldas, me agaché y me eché las faldas a la espalda, remedando un gesto que conocía de mis tiempos en las calles de la ciudad. Al bajarse el telón oí las risotadas de los de abajo en respuesta a la indignación de los de arriba. Monsieur Crémieux, aunque molesto en apariencia, no pudo contener una sonrisa cuando llegué hasta él. Le pedí las bragas, pero él hizo un gesto de negativa y se las guardó en el chaleco, como

recuerdo -dijo- de mi última actuación en el Bouffes-Parisiens. Efectivamente, así fue, aunque creo que aquel día fui la vencedora y más tarde Crémieux me pidió que volviera. Murat se ocupó de formar una guardia de corps de caballeros que me acompañaran aquella noche a casa, y me sustituyó en el Cupido Marie Petit, que ya había hecho antes el papel.

Al día siguiente me desperté en el dormitorio de las Petites Tuileries temprano y oí que cantaban bajo mi ventana. Me asomé y vi dos de los hombres de la escolta de la noche anterior que seguían de guardia, cantando una copla que sería la comidilla de París durante varias semanas :

Comme L'Héléne des Troyens
Que, gráce á Paris, on renomme,
Hier aux Bouffes-Parisiens
Cora Pearl a recu la pomme! (5).

(5) Como Helena de Troya / célebre, gracias a Paris / Ayer en el Bouffes-Parisiens / Cora Pearl ganó la manzana.

Poco después de mi actuación en el teatro recibí una nota de monsieur Gaspard Félix Tournachon, Que en 1853 había abierto un estudio fotográfico en París.

Ya me habían fotografiado anteriormente un par de veces, pero nunca un personaje tan distinguido como monsieur Tournachon, que usaba el sobrenombre de Nadar y era, con mucho, el fotógrafo más famoso de la ciudad y el que había hecho los retratos de Luis Felipe, del pintor Delacroix, del compositor Rossini y del escritor Dumas. Me encantó la invitación, fui a su estudio y me fotografió en traje de montar y otros vestidos (6). Desgraciadamente, cuando le reclamé el pago, me contestó que era yo quien debía pagarle, tras lo cual me marché. Nunca he visto las fotografías y supongo que las rompería.

Semanas después tuve una experiencia más agradable con otro joven fotógrafo, monsieur Disdéri, que vino a las Petites Tuileries y me ofreció una suma respetable si posaba para él. Acepté encantada y a los pocos días acudió con su máquina. Me fotografió vestida de diversos modos y luego me pidió que me desvistiera. Así lo hice, adoptando diversas actitudes cada vez menos discretas, hasta que fueron ya muy descaradas y hasta me pidió que me acariciara en mis partes, a lo que yo me negué. Me preguntó si no sería posible posar con un caballero, asegurándome que las fotografías sólo se venderían a un precio elevado, que no circularían entre las clases bajas y que no serían nada degradantes. Me preguntó también si no consideraba un honor que me retrataran por tener una profesión en la que era la más experta y bella.

Tras una breve discusión para concretar, acepté y mandé un criado a por Brunet, cuyo pelo claro y cuerpo pálido complementarían el mío a la perfección. Él llegó muy dispuesto, el fatuo. Desgraciadamente, aun

(6) No se conocen fotografías de Cora Pearl firmadas por Nadar, aunque se ha conservado una en traje de montar sobre un caballo de cartón.

que presto en quitarse el uniforme, pronto se vio que sin las atenciones de su amigo Hurion era incapaz de alcanzar el estado de euforia que las actitudes de monsieur Disdéri requerían; una y otra vez, por un medio u otro, traté de hacerle levantar cabeza, pero aunque lo logré un par de veces, como teníamos que mantenernos quietos unos momentos mientras se impresionaba la placa fotográfica, no pasaban quince segundos sin que su instrumento no decayera, y el fotógrafo estaba desesperado. Finalmente vi que la única solución era buscar a Hurion, y envié por él. Mientras esperábamos hicimos varias posturas que disimulaban el hecho de que Brunet la tenía como una vaina de guisante (aunque monsieur Disdéri admiró elogiosamente las proporciones del resto dé su cuerpo y se entusiasmó fotografiando el efecto lumínico sobre su espalda y nalgas. Tanto, que al fin comprendí sus motivos y el propio Brunet parecía esperanzado de que al final de la sesión el fotógrafo prosiguiera sus atenciones).

Al llegar Hurion y desnudarse, cesaron las dificultades, salvo que monsieur Disdéri se negó a fotografiarnos a los tres, diciéndonos que no había mucha demanda de esa clase de fotografías entre las señoras (pues, según nos dijo, aquellas fotografías se vendían principalmente a señoras, porque los hombres podían verlo al natural y no les interesaban, y tengo que decir que tampoco a mí, en el fondo). Finalmente, con manoseos y caricias, Hurion logró que Brunet se empalmase, y cuando estábamos en posición le mantenía a tono colocándose fuera de foco con su magnífico miembro enhiesto, y gestos lascivos, masturbaciones y cosas por el estilo. Luego, monsieur Disdéri hizo fotografías de Hurion conmigo en pleno acto y después, tras cierta dificultad en persuadir a Hurion para que me

Librodot

soltara, de los dos hombres (que a mí no me gustaron, pero que al fotógrafo le entusiasmaron).

Concluida la sesión, tomamos el té y yo insinué a monsieur Disdéri si no le apetecía retirarse conmigo, pues pensé que quizá cierta timidez le había impedido hacerme proposiciones, y la molestia que se había tomado en su trabajo (aparte el precio que pagó) merecía cierta condescendencia. Pero él me dijo que el manejo de la cámara era tan absorbente, que si la concentración en las condiciones de iluminación, que si patatín que si patatán, y se excusó. Entonces Brunet dijo que tenía que ir de servicio y se marcharon juntos, mientras Hurion, que se había excitado al máximo y necesitaba desahogo, se retiraba conmigo al dormitorio y ambos nos satisficimos sin traba alguna. Tampoco he visto nunca fotografías de aquella sesión, y, aunque el príncipe me enseñó una vez una de dos hombres fornicando con la cara tapada (cosa corriente), cuyos cuerpos sin lugar a dudas eran los de mis dos amigos, no era una de las fotografías hechas en mi casa, porque tenía un fondo distinto. Imagino

que Hurion y Brunet encontraron una agradable fuente suplementaria de ingresos con su nuevo amigo.

El rápido desarrollo de aquel arte en años sucesivos tuvo por consecuencia la proliferación de aquel tipo de fotografías; muchos hombres se compraron cámaras y tenían estudio privado. Morny, por ejemplo, fue aficionado durante un tiempo y yo posé una vez para él : estábamos descansando lánguidamente en un diván después de haber hecho el amor, cuando me preguntó si podía fotografiarme para su colección, dicho lo cual, me mostró una caja de nogal con cerradura, la abrió y vi cuarenta o cincuenta fotografías de mujeres desnudas, algunas muy conocidas, casi todas con un ramillete de flores tapándose el vértice misterioso; por la parte de atrás tenía escrito no sólo el nombre de la retratada, sino un número, y en la misma caja había una serie de cucuruchos de papel también numerados con rizos, ¡pero sin flores!

Yo me dejé fotografiar, pero, en vez de coger el ramo que me daba, insistí en colocarme allí un marquito con un retrato del fotógrafo. Este me cortó después unos pelillos con unas tijeras de oro que tenía guardadas en una bolsita de cuero dentro de la caja. Me pregunto qué sería de aquella caja al morir el duque un año después. . .

Volví a ver a monsieur Nadar en otra ocasión, en la corte, donde era fotógrafo oficial, y precisamente una vez que el príncipe me llevaba a sus habitaciones. Nadar me hizo una fría reverencia ¡como si no me hubiera reconocido! (7). Nunca hice mi presentación oficial en la corte, aunque una vez el príncipe me presentó al emperador, y me dijo que a su majestad le gustaba trillar donde habían trillado sus distinguidos súbditos, según comentó que le dijo él mismo sin miramientos. El emperador se acostaba con varias -Marguerite Bellanger y la Castiglione entre otras-, pero guardando el protocolo, ninguna contaba nada de él, sólo su famoso comentario de que disfrutaba de una mujer como de un buen cigarro, A mí no me parecía aquello muy prometedor y verdaderamente nuestra entrevista fue muy breve, pues entró como una tromba en la alcoba, ya avanzada la noche después de un banquete de Estado al que yo no estaba invitada, se quitó los pantalones (nada más) y se me echó encima sin

decir palabra, desahogándose a escape, tras lo cual se dio la vuelta y se quedó dormido. Ya por entonces estaba enfermo y puede excusársele.

Dos o tres años más tarde me encontré a solas con Marguerite, su amante más asidua, que le fue fiel muchos años y se dice que le dio un hijo. Le pregunté si había encontrado difícil su tarea y ella sonrió de tal manera que para mí quedó claro que con ella había sido tan poco exigente como conmigo. Un amante así a mí no me va, pero creo que es explicable la relación porque Marguerite era de temperamento Frígido y no necesitaba

(7) Años después fue Nadar quien confirmó a Bettina von Hutton, autora de The Courtesan (1933), que Cora Pearl había sido, por poco tiempo, la querida del emperador. aunque Cora lo negaba en las Memoires.

Librodot

compañía y recreo masculinos como yo; ella se contentaba a su manera, y un revolcón de vez en cuando con Napoleón en botas le bastaba.

Para mí ha sido sorprendente observar cuántas mujeres aseguran haber sido la prostituta real : Alexandrine Vergeot, Virginia Oldini, la Barucci. . . lo que demuestra que algunas anteponen el honor a la satisfacción. Yo solía reírme con el príncipe de la falta de finura de su primo; aunque el príncipe no era en absoluto insaciable, le gustaba verme disfrutar y, desde luego, nunca mientras duró nuestra relación se metió en la cama con las botas puestas ni con otra prenda que no fuera el camisón que vestía cuando no quería hacer el amor. Fue el príncipe quien me presentó a Khalil-Bey, que había alquilado un palco el día del estreno en el Bouffes-Parisiens, y que era pariente del turco que había enviado el masajista a la exposición. Khalil-Bey era inmensamente rico y recibía mucho. Era un anfitrión perfecto, aunque tenía extrañas costumbres; recibía, por ejemplo, a los invitados en el jardín en invierno y en verano dentro de casa. Pero no faltaba de nada en aquella casa. En mi

primera visita me condujeron no a sus habitaciones, sino a un baño con una piscina de mármol llena de agua caliente perfumada para que me bañase; a continuación pasé a un cuarto donde pensé que se presentaría él, pero tardaba, y al cabo de un rato me quedé dormida; estu ve así una hora en aquel ambiente cálido y perfumado hasta que me desperté a los acordes de una flauta en el momento en Que entraba Khalil. Era entonces casi septuagenario, pero esbelto y bien parecido, nada carnoso, y no carecía de la habilidad amatoria que suelen poseer los orientales y tan bien descrita en The Scented Garden (una traducción del original argelino que llegó a París hace unos años, y que es un extenso tratado educativo para jóvenes de uno y otro sexo) (8). Khalil-Bey

(8) Seguramente se trata del libro más conocido por El jardín perfumado, traducido del francés por sir Richard Burton que lo encontró en Argel.

cumplió conmigo a la perfección como cualquiera de los mejores amantes que he conocido y mucho mejor que muchos con la mitad de sus años. Así, en varias ocasiones, tras haberme hecho el amor durante más de dos horas, aún seguía con el miembro erecto y, viéndome casi exhausta de placer, se apartaba, me cubría con sedas y se retiraba. Yo le preguntaba si estaba insatisfecho y él me contestaba: No, porque nosotros pensamos que la emisión es un signo de derrota más que de triunfo, y me confesó que sentía todo el placer de la eyaculación, aunque no se dieran los signos mecánicos. Me dijo que los hindúes denominaban a este arte Tantra.

Khalil se marchó de París después de gastar su fortuna, diciendo que volvería cuando hiciera otra, pero nunca más se le volvió a ver.

Fue en la primavera de 1886 cuando conocí a un artista que actualmente es famoso y que empezaba a ser conocido por entonces: Louis Auguste Gustave Doré. Doré trabajaba por entonces en la ilustración de los versos del poeta inglés Tennyson sobre el rey Arturo (9). Era un hombre serio y apasionado de unos treinta años, que ya había hecho grabados para la obra de Dante y Milton, pero que aquello no se le había subido a la cabeza lo demuestra el hecho de que cuando me conoció dijo : ¡Ah! La dama cuyos pechos pasan por ser los más perfectos de París. ¿Me permitirá dibujarlos?

Yo convine una cita y al día siguiente fui a su estudio y posé para él (y me permitiré decir que he reconocido mis pechos en muchas heroínas bíblicas). Mientras me dibujaba estuvo muy callado, pero al final dejó el lápiz y, sin mediar palabra, comenzó a cubrirme de besos, que yo le devolví con entusiasmo, pues era un hombre fino e inteligente que pronto resultó estar tan bien hecho y equipado como algunos de los personajes de sus dibujos menos oficiales que algunos le encargaban, el príncipe entre otros.

(9) Idylls of the Kirsg. Doré trabajó en esta obra entre 1867 1868.

Librodot

Seguimos viéndonos durante dos años y en cierta ocasión estuvo insistiendo para que nos casáramos, pero nunca me ha convencido la idea del matrimonio y seguimos siendo amantes. Siempre se mostraba terriblemente apasionado al principio del encuentro, pero después de un asalto, o quizá dos, cogía papel y lápiz y me hacía apuntes; hizo varios de mis partes más íntimas, que son los mejores que he visto, pero nunca me los dio, y muchas veces pienso adónde habrán ido a parar.

Doré era, por la variedad de su conversación, su agudeza de espíritu, lo ingenioso de su solicitud amorosa y el cariñoso agradecimiento por mi compañía, uno de los hombres más encantadores que he conocido, y si yo hubiese sido más inclinada a sentar la cabeza -o hubiese estado menos convencida de que el matrimonio es la receta del aburrimiento y la desidia-, ¿quién sabe si no me habría convertido en madame Doré? Pero no estaba hecha para ello y, como llegamos a cansarnos del cariz clandestino de nuestra relación (que ocultábamos a sus numerosos clientes), nos separamos no sin cierta pesadumbre. Yo le di una fotografía mía, en recuerdo, que según tengo entendido sigue guardando como oro en paño (10). Yo no deseaba despedir a Doré. Otra cosa muy distinta fue el barón Abel Rogniat. Lo había conocido en el camerino del teatro y me había dado lástima aquel joven que se había enfrentado a su familia con su conducta obstinada, lo que le dejó sin fortuna. Era bastante simpático y me

miraba con tanta veneración y tal desamparo, que le dije que pasara a verme de allí a un par de días. Sin embargo, apenas acababa de entrar en mi casa aquella noche, apareció él, se desvistió y me instó a meternos en la cama. Desgraciadamente, bajo una apariencia aceptable, ocultaba un cuerpo sucio y maloliente y, a decir verdad, olía a granja. Yo le invité a que tomara un baño y se aprestó a ello, a con

(10) En una exposición realizada en París en 1948 figuraba esta fotografía con la inscripción de Recuerdo de C. P.).

dición de que le lavara yo, lo que me vi obligada a hacer para no afrontar el escándalo de echarle a la calle.

Fue un baño que mereció la pena, pues si Rogniat tenía modales de macho cabrío, también poseía en cierto modo la fogosidad de ese animal. En realidad, como yo había estado casi en exceso mimada exclusivamente por jóvenes de maneras aristocráticas y sofisticadas, por el príncipe y por Murat, ninguno de los cuales tenía mucho nervio, los modos rudos y directos de Rogniat -que me avasallaba con la tesonería de una bestia en celo- resultaron agradables. Pero, ¡ay!, yo no estaba preparada para que se instalase en mi casa como si fuese la suya, y tuve que amenazarle con avisar al príncipe y al ejército si no se marchaba; tras lo cual, agarró un aparador lleno de porcelana y lo estrelló contra el suelo diciendo que se mataría a la puerta de mi casa.

Finalmente logré persuadirle para que se fuese, en parte gracias a un exceso de solicitud amorosa, y en parte reiterándole lo peligrosos que eran los celos del príncipe, quien solía pagar a rufianes -dije yo- para que castraran a los hombres con quien yo le engañaba (¡pobre Plon-Plon (11), se habría sentido ofendido sólo de pensarlo!). Rogniat no sólo dejó mi casa, sino París y Francia. Marchó a España para ocuparse de asuntos de minería de su familia, aunque después lo encontraría en circunstancias muy distintas.

(11) Esta es la única ocasión en que Cora Pearl llama en el libro al príncipe con el sobrenombre con que se le conocía en Francia.

Capítulo VII

Librodot

Un amante deshonroso. Interludio de descanso. Agradable interrupción. Refinada inocencia. Un penoso adiós. Nueva moda. El conde Aguado. Loulou en acción. Retratos ecuestres. Sorprendente sacrificio al arte.

No quiero causar la impresión de que todos mis amantes fueran personas honorables, aunque, desde luego, casi todos eran mis protectores. En el Bois, mientras paseaba en coche una mañana, me abordó un joven elegante y de buen ver que me llamó la atención al poner su caballo al paso de mi carruaje y que, dando después un salto espectacular, se sentó a mi lado, dejando escapar su caballo. Se presentó como príncipe de Hersant, ex oficial del ejército serbio, diciéndome que por entonces estaba en París a causa de una desavenencia familiar. Me pidió le concediera el placer de mi compañía durante el paseo, pero su concepto de paseo resultó más bien lo Que yo imaginaba y que, en realidad, agradecí, porque era un jinete de dominio sin par en todo tipo de montura.

Al cabo de unos días ya hacíamos periódicamente excursiones a Ville d'Avray y a Saint Cloud, y volvíamos a casa cansados para bañarnos juntos antes de meternos en la cama para seguir refocilándonos. El príncipe tenía un cuerpo musculoso que empleaba como el mejor de los instrumentos, logrando llevarme repetidas veces a la cumbre del placer de un modo Que no he conocido en otros amantes. No me abrumó a regalos como casi todos los hombres con que había estado en los últimos diez años -el único regalo era su persona-, sino, lo que es más, un día que estábamos mutuamente bañados por el sudor de nuestros cuerpos, me dijo que estaba afligido por haber perdido quince mil francos. No me dijo cómo, pero imaginé que en el juego. Tampoco me preguntó si podía prestarle dinero, pero yo me levanté, fui a la cómoda junto al lecho y le cubrí el cuerpo de billetes de banco, algunos de los cuales quedarían deteriorados por el asalto que siguió. Aquella noche quiso quedarse conmigo y lo que

hizo fue instalarse en mis habitaciones durante dos semanas, en las que sólo salimos para dar paseos. El primer día de la tercera semana, salió solo, mientras yo dormía, y nunca volvió. Se llevó no sólo los billetes (1), sino una valiosa joya regalo del príncipe. Cuando hice discretas averiguaciones, resultó ser un rufián de tomo y lomo. Quizá sea muestra de mi ingenuidad el haber pensado que nunca se me acercaría nadie así.

Otra experiencia aquel año -que creo fue 1868resultó más agradable y duradera. En verano cerraba yo la casa de París y me iba al Cháteau, haciendo saber que quería estar sola uno o dos meses. Indiqué al príncipe que le enviaría recado cuando quisiera su compañía, pero que le agradecería me dejara sola mientras tanto. El, naturalmente, creyó que había encontrado un nuevo amante, pero no era eso; sencillamente hacía años que no estaba sola del todo y necesitaba un poco de descanso.

Durante semanas pasé el tiempo en la ociosidad, paseando por las orillas del río Loiret, que discurría junto a la mansión y por el pueblo de Olivet antes de desembocar en el Loira, junto a Orleans. Me quedaba en la cama hasta la hora que quería -¡y sola!- por las mañanas, comía cuando me apetecía y dormía cuanto me venía en gana. A veces me tumbaba en la yerba a la orilla del remanso al sol matinal, protegida por un parasol, y me adormecía escuchando el murmullo del agua y el canto de los pájaros. Estaba así una mañana a mediados de junio, cuando, de pronto, casi en sueños, tuve

(1) Quince mil francos según las Memoires.

la sensación de que me observaban. Abrí los ojos y vi una silueta a contraluz, alguien escondido en las ramas bajas de un árbol. Seguí tumbada observando. Quien fuera, no era muy robusto, no se movía y, desde luego, me miraba a mí, que seguía recostada con la cabeza en el brazo. Pensé que sería un chaval y le llamé diciendo que no se asustara, que bajase para hablar. A decir verdad, me encontraba algo sola, después de tantos días con la única compañía de los criados, y un pillete de pueblo resultaría una amistad agradable y poco corriente.

Librodot

Se descolgó de una rama en otra, saltó al suelo y se acercó nervioso. Sí, era un pillete, casi vestido de harapos zurcidos, con rotos a través de los cuales se veía su piel tostada. Se quedó de pie con las manos atrás, mirándome fijamente. Era de Noras, en las afueras del pueblo, dijo, y solía saltar la tapia desde que era niño, añadió. Le gustaban las manzanas y los melocotones del jardín y mirar a las señoras y a los caballeros que se divertían en el parque. Pensé que no dejaría de encontrar interesantes algunas de las diversiones de mis invitados.

Bien, ven aquí; siéntate y hablemos, dije. Se sentó a mi lado y, al apoyarse en un codo, su astrosa camisa resbaló por el hombro; con su mechón de pelo rizado sobre la frente y sus piececillos descalzos removiendo la yerba componía una estampa encantadora. Estuvimos hablando una hora; él me contó sus juegos y aventuras infantiles y me preguntó por la vida en París, que naturalmente él no conocía. Finalmente, oímos a lo lejos el reloj de Saint Marceau y el chiquillo se puso en pie de un brinco. ¿Puedo volver mañana?, me dijo, y convinimos en vernos a la misma hora.

Cuando al día siguiente por la tarde me encaminaba al río, oí un chapoteo y al llegar a la orilla vi a mi amiguito palmoteando el agua sonriéndome. Me saludó con la mano, metió la cabéza en el agua y chapoteó feliz. Sin ninguna intención, yo me quité la ropa y me metí en el agua fresca y oscura. Estuvimos chapoteando y zambulléndonos como críos, nos perseguimos, chillando y riendo; él buceaba y me pasaba por debajo, y yo sentía aquel cuerpecillo esbelto deslizarse entre mis piernas, viéndole reaparecer delante de mí sonriente y alegre.

Pasado un rato, salimos del río y me encantó comprobar que no se mostraba apocado porque estuviésemos desnudos; aunque, después de todo, debía de haber contemplado bastantes hombres y mujeres desnudos desde sus escondites en árboles y cañizares. Nos tumbamos en la yerba para secarnos al sol, e inconscientemente se arrebulló junto a mí apoyando la cabeza en mi brazo y pasándome el suyo por la cintura. Permanecimos adormecidos inocentemente al calor del sol, secando nuestra piel hasta que las gotas de agua desaparecieron de nuestros cuerpos.

Me desperté de repente y le vi que observaba atentamente mis pechos con un dedo extendido como si fuera a tocarme el pezón. Nuestras miradas se cruzaron y yo le sonreí, ante lo cual él alargó la mano y me rozó el pezón con la punta del dedo; luego lo pasó por la curva del seno. Mi pezón se erizó al contacto y él lo vio, riéndose regocijado, mientras yo sentía contra mi muslo la rigidez de su cosita. No pude evitar alargar mi brazo sobre su espalda para agarrarle una nalguita dura con la palma de la mano a la que se acoplaba como un molde. Supongo que por instinto viril natural, agachó la cabeza y me rozó el pezón con los labios y luego abrió la boca para chuparlo, siguiendo un instinto infantil, a la vez que me echaba mano al pubis. Durante un rato seguimos tumbados, mientras me chupaba la teta como un pequeñín; pero su cuerpo no era el de un bebé.

Yo no sabía si rechazarle gentilmente, pero no era un niño; tendría unos catorce o quince años y su inocencia era la de un animal joven feliz, no la de un chico de ciudad cuidado entre primores cuyos instintos fracasan en cuanto salen del círculo familiar. Me arrimé a él y acaricié su delicioso cuerpo joven desde el sobaco hasta la cintura; luego, la cadera y después los nervudos muslitos; después le aparté para que se tumbara de espaldas y contemplé su pecho liso, sin vello pero bien desarrollado, como un hombre en pequeño, su vientre conciso y redondo resaltado por un ombligo profundo y, más abajo, algo muy distinto al corto apéndice parecido a un cordel que yo había visto al salir del agua : enteramente tieso, como estaba ahora sobre el vientre, con las bolas debajo en un duro paquete; el instrumento no sólo crecería más, sino que ya no era un simple órgano aceptable, sino muy apetitoso.

Debió de pensar, al inclinarme yo simplemente a mirarle, que le rechazaba, pues casi inconscientemente se llevó la mano al instrumento y empezó a manosearse; pero yo le cogí riendo la muñeca y le puse la mano en mi cintura. No es necesario, nene, le dije. Sus ojos se abrieron intrigados y yo le cogí el miembro, sintiendo en mi mano el latido anhelante del músculo.

Naturalmente, comprendí que un chico de su edad sería incapaz de aguantar mucho y en seguida me tumbé de espaldas, me abrí de piernas y dejé que su esbelto cuerpo se deslizara sobre mí. El tostado oscuro de su torso contrastaba con mi blancura. Culebreó contra mí como un pez y sentí cómo su instrumento trataba en vano de entrar en mi ombligo. Yo alargué la mano y se lo puse en camino, tras lo cual cerró los ojos haciendo fuerza, siguió moviéndose y luego comenzó a dar empellones como un potro no más de medio minuto, hasta que sentí cómo se contraían todos los músculos de su cuerpo estremecido y se quedaba quieto. Abrió los ojos y me miró sonriente y feliz. Yo le abracé entre mis piernas y mis brazos y lo apreté, sintiéndome tan gozosa como si hubiera disfrutado del orgasmo con mi primer amante.

El se soltó, se levantó y se sentó encima de mí, mirándose maravillado el enhiesto instrumento, ahora con una perlita en la punta. Me puso las manos en los pechos, se inclinó y me besó en la mejilla como un amigo o un pariente, dispuesto a marcharse. Yo le retuve por las caderas, diciéndole: No tan de prisa, amigo; una cosa que debes aprender es a no dejar insatisfecha a una mujer. Y Su mirada de perplejidad me demostró que, como suponía, su experiencia se limitaba a lo que la observación le había enseñado.

Nunca se sobreestimará en exceso la capacidad de recuperación de la juventud. Un minuto o dos después, ya estaba presto a proseguir su educación. Como era pequeño para satisfacerme al modo convencional, le tumbé de espaldas, arrodillándome sobre él para enseñarle a que me excitara con la mano, mientras yo me movía con suavidad. Al principio me magreaba torpemente, como una cocinera que amasa pan, pero en seguida aprendió y, al cabo de una hora, me atendía con la misma maestría que un amante de más edad y experiencia. El tiempo pasó volando y llegó la hora de marcharnos; nos juramos guardar secreto y volver al día siguiente.

Durante las cinco semanas que siguieron pasamos juntos todas las tardes. Era insaciable y aparte el placer que me proporcionaba un amante joven con su entusiasmo y natural inclinación al juego, me complacía enseñarle el arte del amor. Como había observado a mis invitados desde temprana edad, le gustaba probar todas las posturas que había visto, aunque no todas podía llevarlas a la práctica sin ayuda. Por éjemplo, cuando se le antojó tomarme por detrás, no llegaba fácilmente y tuve que arrodillarme contra el tronco de un árbol caído para que pudiera hacer diana. Me contó que desde los cinco años habia cogido huevos de pájaro, lo que quizá explica que usara sus manos con aquella delicadeza, y cuando aprendió que la caricia más suave era muchas veces más placentera que los manoseos violentos, me trabajaba con una habilidad que en poco tiempo me hacía llegar al orgasmo. Puede también que el cuidado con que sorbía los huevos de pájaro para no romperlos fuera lo que daba a sus

labios esa finura que hacía de él el mejor amante imaginable. No había podido él, desde sus escondites, captar los particulares de esa modalidad amatoria, y enseñarle a utilizar bien la lengua fue para mí una agradable tarea; también era una delicia comerse aquel dulce cuerpo, como miel para mi lengua y labios; aunque tengo que decir que tomé la costumbre de llevar al río jabón y toallas, porque para él el baño era cuestión de diversión más que de higiene.

El idilio terminó tan extrañamente como había empezado. Como siempre, mis criados sabían perfectamente nuestros encuentros -o así lo creía yo-, y, como siempre, seguían mis instrucciones de discreción, Un lacayo nos traía al río todos los días té para mí y leche para el muchacho, sirviéndolo en una mesa junto a la orilla. Pero una tarde, fue una doncella - Colettequien trajo la bandeja en vez del criado. Yo estaba medio adormilada en una hamaca con el muchacho reclinado en mi regazo con sus piernas estiradas al sol, cuando la vi acercarse. Estaba a unos metros de nosotros y a punto de dirigirse a la mesa junto a la orilla, cuando dio un grito de sorpresa y disgusto y dejó caer la bandeja. El chico levantó la cabeza de mi regazo, la miró y se acurrucó a mis pies.

En pocas palabras : el muchacho, que yo creía del pueblo, era hijo de la criada (2) y se había criado en casa de su abuela en los alrededores del castillo, pero la madre le había introducido en mi casa cuando era pequeño, insistiendo en que no se dejara ver. Colette se

Librodot

puso furiosa con el chico, furiosa y asustada a la vez, acusándome de seducirle. Era ridículo, pero, comprensiva con los sentimientos de una madre, le di una generosa recompensa en metálico al despedirla y la ame

(2) Marcel Driou un anciano que vivió en La Source cerca de Orleans, entre las dos guerras, afirmó que él había tenido de joven la misma experiencia en el castillo de Beausójour, pero a la vez pretendía ser hijo ilegítimo de Cora Pearl, y no consta que ésta tuviera ningún ijo.

nacé diciéndole que si me enteraba de que al joven Marcel le sucedía algo malo, sabría de mí. Felizmente el padre era un soldado que hacía tiempo los había dejado, por lo que no había peligro de que el chico recibiera una paliza, y por su edad habría sido difícil para la madre.

A la noche siguiente de despedir a la criada, Marcel debió de convencerla u obligarla a que le dejara entrar en el castillo, porque apareció en mis habitaciones; me dijo que venía a darme las gracias por lo que le había enseñado y, como no tenía otra cosa con que obsequiarme, puso en práctica sus habilidades y, a juzgar por su actuación, tengo que decir que vi que soy una maestra excelente en el arte que con más dedicación he estudiado. Al alba, antes de que comenzara el ajetreo de la casa, me desperté y le encontré arrodillado junto a mí, contemplando arrobado los detalles de mi cuerpo; luego me tomó con ternura por última vez, mientras yo seguía medio dormida, a la manera de un joven fauno, con su piel tostada y largo cabello. Después enfundó sus pantalones y camisa y se marchó. Al día siguiente llegó el príncipe, y aquella noche no pude evitar la sensación de contraste cuando se me acercó con sus enormes muslos y su vientre masivo y fofo, y sentí cómo mis manos se hundían

en la carne blanda de su espalda cuando me montó con torpeza para desahogarse una única vez tras cuatro o cinco empellones. Me consoló en parte el regalo de un magnífico collar de zafiros, pero transcurrieron varios meses hasta que se disipó el recuerdo de Marcel, que, debo confesar, en realidad nunca se disipó del todo.

Regresé en otoño a París y lancé una nueva moda. Yo era ya famosa por pintarme la cara y cambiarme el color del pelo. Mientras estuve con Marcel había olvidado imprudentemente (creía yo) la costumbre de no exponer mi cuerpo al sol; los baños y las siestas al aire libre habían tostado mi cuerpo hasta el interior de los muslos (pues me quedaba tumbada al sol con las piernas abiertas, con la cabeza del muchacho entre ellas) e incluso la piel bajo los pechos. Al príncipe le sorprendió, pero no le desagradó y, naturalmente, lo fue contando, porque advertí que las damas de la sociedad parisina ya no llevaban los hombros y senos de otros años blancos como la nieve. Así, el bronceado del sol fue la moda, aunque pasajera.

El conde Aguado, un acaudalado español, fue el primer hombre después del príncipe en comprobar hasta qué extremo el sol había tostado mi cuerpo. Se hizo anunciar una mañana en la casa de París y se me presentó con una perrita habanera, diciéndome que a su criado le había comentado el lechero que yo tenía un perro de la misma raza, y venía a ver si le permitía que montara a su perra porque quería que criara. Mi nueva doncella, Clapotte, que tenía un natural muy comedido, no había sido capaz de sacarle lo que quería, pero una vez en mi presencia, al conde se le soltó la lengua, y como la perra estaba en celo, mandé traer a Loulou. (El conde, al oír este nombre, pensó si no habría un error, pero pude demostrarle que sus preocupaciones eran infundadas, pues Loulou confirmó mis palabras saltando alborozado sobre la perra, con la que al rato quedó soldado por el vínculo del amor.)

El conde me preguntó si tenía que pagar algo, y yo, viendo en él un caballero moreno, ágil y atractivo, le contesté que el único pago que aceptaba del amo era el mismo que Loulou estaba abonando. Él, sin perder la compostura, por la sorpresa, me invitó a que le condujera a la alcoba, donde no tardó en mostrar un entusiasmo equiparable al de mi can, aunque celebro decir que bastante más fino. Aunque, para mi sorpresa, quizá inspirado por la exhibición de

Loulou, se mostró partidario de la modalidad canina a tal punto que desdeñó las demás y, como a mí la postura a cuatro patas, por estimulante que sea, me cansa al cabo de unas horas, no tuvimos una relación duradera. Sin embargo, en nuestro segundo encuentro, mientras su vientre achuchaba mis nalgas y sus bolas batían mis muslos, me colgó al cuello un magnífico collar de perlas, y en otra ocasión me obsequió con unos espléndidos pendientes de diamantes; deferencias que me hicieron soportar con resignación el hecho de que

nunca tuve el placer de mirarle a los ojos cuando alcanzábamos el momento supremo, algo que siempre me causa una ardorosa satisfacción. El conde era un caballero en todo el sentido de la palabra, y mi súbita atracción por él, totalmente justificada, pues era tan generoso como su fama pregonaba.

Loulou realizó perfectamente su cometido y la perra del conde parió antes de que él tuviera que marcharse de París, cumpliendo órdenes de la embajada de España (estaba en el cuerpo diplomático). El pobre Loulou moriría en Roma unos años más tarde al cometer yo el error de teñirle de azul para que hiciera juego con un vestido mío; algo había en el tinte que no le sentó bien. Por suerte conservo una fotografía de recuerdo.

Siempre me ha gustado tener recordatorio de mis animales. Poco después de la marcha del conde contraté al pintor Émile de Lansac para que me retratara a caballo; en realidad, pintó dos versiones, inspirándose en unos cuadros del pintor español Goya. En uno aparecía yo totalmente vestida en traje de amazona, sentada de lado y mirando al observador. En el otro tenía igual postura, pero desnuda y con la fusta sobre el muslo en la mano derecha; el caballo no llevaba silla ni arreos y su crin se mezclaba con el pelo de mi pubis, pues yo levantaba la pierna derecha por encima del cuello del animal (3).

El corcel era una yegua muy oscura y mi cuerpo bronceado reflejaba los efectos de luz de su magnífico pelaje. Monsieur Lansac estuvo muy inspirado y su bata de pintor a duras penas podía contener o constreñir su excitación, estado que yo me apresuré a satisfacer

(3) Existe constancia del primer cuadro, que se vendió por trescientos francos a la muerte de Cora Pearl en 1886. Después no se ha vuelto a saber de él.

al principio de las sesiones, no fuera a salir desmerecido el cuadro; pero él me dijo que su ardor se transmitiría al retrato y así fue, pues pude observar que muy pocos caballeros eran capaces de contemplarlo sin pagar el mismo tributo que el artista. En general se mostraban dispuestos a satisfacerse con un conocimiento más íntimo del modelo que el propio pintor. A veces los sacrificios que exige el arte desafían a la imaginación. En fin, el cuadro desapareció de mi casa durante el asedio de París, cuando yo estaba fuera de la ciudad.

Capítulo VIII

El asedio de París. El adiós de mis amantes. Evacuación de mis caballerizas. Francia proclama la república. Otra vez Rogniat. Un hombre expresivo. Mortal aburrimiento. La fuga de Gumbelta. Hurion y Brunet. La conveniencia de la vida militar. Discrepancia de Hurion. Inconveniencias del frío. Efecto enervante del hambre. Mi casa convertida en hospital. Salutíferos efectos del amor en los enfermos. Expulsión de un visitante inglés. Oportunidad de evasión. Viaje en globo. Celebramos la fuga. Marcho a Inglaterra.

No me resulta fácil hablar de la guerra de 1870-1871 y del asedio de París, pues, con toda sinceridad, no soy política y nunca comprenderé cómo, después que París homenajeó al rey Guillermo de Prusia, durante la Exposición, en compañía del ostentoso Bismarck con su gran uniforme blanco y su enorme águila blanca en el casco, de repente Francia declara la guerra. La muchedumbre invadió a escape las calles vociferando ¡Vive la guerre! y hasta cantando La Marsellesa, que no se oía desde hacía años.

Naturalmente, yo tenía que mostrarme a tenor de las circunstancias y en seguida doné una gran suma para la cuestación abierta por Le Figaro con el fin de que todos los soldados franceses recibieran un vaso de coñac y un puro; mi nombre apareció en letras de molde entre los primeros de la lista de donantes. Durante unos días hubo mucho negocio en los burdeles de París, porque todos los hombres jóvenes pensaban que su deber era alistarse inmediatamente y querían decir adiós a los placeres de la cama. Yo misma recibí a varios miembros jóvenes de la aristocracia, y me divirtió comprobar que hasta aquellos que yo sabía que, normalmente, se comportaban como amantes considerados y hasta delicados, ahora sólo se preocupaban casi exclusivamente de cuántas veces en una noche eran capaces de gozar del momento supremo, como si quisieran aprovechar al máximo su última oportunidad. A mí no me cabía en la cabeza que fueran a morir tantos hombres jóvenes y aceptaba atribulada los generosos

regalos que me traían. (Uno de ellos, por ejemplo, llevaba una nota que decía: Adiós, querida madame, un largo adiós, y mis mejores deseos a todos sus maridos.)

Pronto se vio claro que mi optimismo era desmedido; una especie de histeria recorría la ciudad ante los rumores de una debácle en Sedán. En un santiamén se llenaban las calles de hombres y mujeres enardecidos y alborozados y poco después todo eran lloros y lamentos; un día las calles aparecían adornadas con banderas y luces de colores, y al siguiente, fuera banderas y nada de luces. Finalmente llegaron las noticias de que efectivamente se había producido una tremenda derrota y la tristeza se adueñó de París. La gente deambulaba sin rumbo de un lado a otro, se reunía en pequeños grupos para hablar en voz baja de la posibilidad de perder la guerra y se juntaba a la luz amarillenta de las farolas a leer los últimos despachos de prensa. Por primera vez oí hablar de derrocar al emperador y proclamar la república.

Fue a partir de entonces cuando empecé a adoptar ciertas precauciones. Primero había que ocuparse de los Que no podían ocuparse de sí mismos. Comprendiendo que con el avance del ejército prusiano París podía encontrarse muy pronto amenazado, mandé a un criado que sacara de la ciudad ocho de mis mejores caballos como si fuera a pasearlos y se dirigiera a Beauséjour sin pérdida de tiempo. Así lo hizo y poco después supe que mis animales habían sido de los últimos en salir de París, afortunadamente para ellos, porque si no habrían acabado en el hambriento estómago de la bourgeoisie.

Cuando lo pienso, no deja de sorprenderme que el hombre pudiera abrirse paso por las abarrotadas carreteras y volver a la ciudad, porque estaban atestadas de carruajes, carros y millares de personas a pie que intentaban escapar para refugiarse en la supuesta seguridad de la capital. Los campesinos llegaban con sus carros cargados de coles y puerros, decididos a que no cayeran en manos del enemigo. Horrorizada al ver a aquella muchedumbre que entraba en París, cuando lo mejor era abandonarlo, di órdenes a mis criados de comprar alimentos y almacenarlos; que salaran carne y la guardasen en la bodega y pusieran en conserva cuanta fruta encontrasen. Pensé en marcharme a Beauséjour, pero siempre me ha gustado participar en los acontecimientos excitantes y había algo de emocionante en la vida parisina a finales de aquel verano que me podía. A mediados de setiembre la ciudad era un fortín; casi todos los hombres circulaban por las calles con fusil. Ya había acabado el Segundo

Imperio y éramos una república. La plebe había saqueado las Tullerías, derribando y decapitando las águilas en relieve de la fachada; jóvenes con gorro rojo trepaban a las Farolas y cantaban La Marsellesa, y había tal alegría, que se hubiera dicho que acababa de proclamarse una nueva era de paz y abundancia en vez del fin del lujo y el placer y el inicio de las privaciones.

No puedo decir que me importara mucho el final del Imperio. Desde luego tenía amigos entre la aristocracia y protectores entre las mejores familias, pero ninguno, sin excluir al príncipe ni al emperador, me parecían poseer dotes para dirigir una gran nación.

No cabe duda de que una mujer muy experimentada, como yo, en el comportamiento de los hombres en la alcoba, difícilmente puede fiarse de ellos como dirigentes y, a juzgar por

lo que a mí toca, creo que tampoco se comportan con más racionalidad en lo último que en lo primero. Sin duda yo iba a salir perdiendo, económicamente, si a las familias de la aristocracia las despojaban de sus rentas y propiedades, pero tenía la absoluta certeza de que, gobernara quien gobernara, yo sabría ganarme la vida y además confiaba en mi seguridad física en medio de la destrucción y del exceso. Afortunadamente tenía amigos en todas las clases sociales y la turba nunca intentó hacerme daño, a lo que yo correspondí quedándome en París durante el asedio aunque hubiera podido escapar y cuidando a los heridos, como explicaré.

Afortunadamente, aquellos días encontré otro protector. (Naturalmente, el príncipe estaba muy ocupado con las vicisitudes de la guerra y le veía muy poco, y pronto tuvo que marcharse de París.) El protector era el mismo barón Rogniat, a quien había dado con la puerta en las narices tiempo atrás, y que ahora estaba más cortés y, desde luego, más limpio. Me hallaba un día aprisionada por una muchedumbre desmandada en una calleja junto a la ópera -una muchedumbre no hostil pero que me trastornaba y a punto estuve de desmayarme por las apreturas-, cuando sentí una mano en mi hombro y una voz de hombre ofreciéndose a acompañarme. Era Rogniat, que por lo visto entonces -tras reconciliarse con su familia- se dedicaba a dilapidar una inmensa fortuna (lo que consiguió durante el asedio, aunque luego la rehízo con una fábrica de jabón que montó en Guita Vecchia). De vuelta a casa, le invité a tomar el té. Tras el té, jugamos a las cartas, cenamos y después de cenar. . . Era un amante

tan fogoso como antes pero más considerado. Aunque ya andaba por los cuarenta, conservaba su aspecto juvenil; se bañaba a diario en el Sena (costumbre que cualquiera habría juzgado más nefasta que saludable), y eso le mantenía en forma -decía- y a la vez dotaba a su cuerpo de un maravilloso bronceado, especialmente a su trasero, tan suave y velludo, uno de los más expresivos que he conocido. Nos entendimos de perilla, olvidadas las antiguas desavenencias, y nos separamos a la mañana siguiente con mutuas expresiones de satisfacción y decididos a vernos de nuevo.

El placer, de la clase que fuera, era cada vez más apreciado en aquellos días; a mediados de setiembre el ejército prusiano estaba a las puertas de París y rodeó la ciudad para tomar Versalles, que sucumbió sin un gesto de resistencia. Me dijeron que el príncipe de la Corona de Prusia estuvo aquel mismo día contemplando lo que creía una ciudad vencida, pero no estaba vencida del todo. Se produjeron escenas muy tristes cuando pasearon por las calles a los desertores con las manos atadas a la espalda camino del paredón.

Puede que lo que cuento parezca emocionante, pero el principal enemigo era el aburrimiento. Yo, desde luego encontraba la vida enormemente aburrida, pues todos los parisienses sólo parecían ocuparse de los preparativos de la resistencia y no tenían tiempo para el amor. No había vida social. Y no era yo la única que lo veía así; la mayoría de la gente iba por la calle a sus asuntos con tedio y aburrimiento en el rostro.

A fines de setiembre hubo una conmoción cuando, al pasear por los parques, vi a la gente mirando hacia arriba y señalar con el dedo. En el cielo de la ciudad veíamos el famoso aeróstato Neptune, qué había estado guardado en un cobertizo y, después de repararlo, escapaba de la ciudad volando sobre las cabezas de los prusianos. El éxito de aquel viaje fue tal, que en pocos días otros cuatro aeróstatos despegaron y lograron romper el cerco. Decidieron entonces enviar a un ministro señalado para organizar la resistencia y fue designado el ministro del Interior Léon Gambetta. Por cierto que me lo habían presentado unos meses antes. Su inmoralidad era tal que siempre surgía en los comentarios de mis amigos íntimos, aunque no fuera asiduo a ninguno de nuestros salones, pues le gustaban las mujeres vulgares. Era uno de los hombres más feos que he conocido; tenía una barba vulgar como una estera, ya casi cana, áunque apenas pasaba de los treinta, y un ojo saltón. Olía apestosamente y

me contaron que su comportamiento en la cama era extremadamente asqueroso. Sin embargo en esta ocasión su valor compensó sobradamente todos esos defectos. Tras pasar la noche no en oración sino en un burdel, se presentó en la plaza de Saint Pierre la mañana del 3

Librodot

de octubre con un abrigo de pieles que le habían confeccionado, según nos dijeron, unas amigas. Montó en el globo, pálido pero resuelto, y, conforme se iba elevando la cestilla se vio ondear la tricolor. Aunque los prusianos dispararon contra él y llegaron a herirle en una mano, logró escapar (supimos después) y organizar la resistencia fuera de la capital.

Nunca se me había hecho tan aburrido el tiempo como entonces; eran días en que mi única diversión eran las visitas espaciadas de Rogniat, a quien nunca cansaban sus actividades diurnas (cuya naturaleza nunca logré descubrir) y a quien rápidamente estimulaba con un leve manoseo. Una noche, por cierto, aparecieron mis amigos Hurion y Brunet sin previo aviso. Ahora los dos vestían el uniforme, pues Hurion se había enrolado en la milicia. Brunet no cabía en sí de contento presumiendo de los chicos que tenía cada noche (porque se alistaban muchos jóvenes en el ejército); parece que había dejado del todo a las mujeres, pues aquella noche se limitó a dormir en una colchoneta junto a nuestra cama, mientras Hurion y yo celebrábamos el reencuentro. Aquella noche Hurion gozó del apogeo del placer no menos de cinco veces. Me dijo que lo de los chicos estaba muy bien cuando no había otra cosa, pero que su inclinación natural no era eso.

¡Bien lo sabía yo!

Pronto comprobamos que lo más excepcional de París durante el asedio era el letargo. El teatro y la ópera estaban cerrados y los cafés se vaciaban al toque de queda -es decir, a las diez-, y a esa hora las calles estaban ya tan desiertas y oscuras que más bien se habría pensado que vivíamos en una aburrida ciudad de provincias y no en la mayor capital de Europa. No sabíamos lo que pasaba fuera, pues aunque los globos salían periódicamente, en París no entraba ninguno. Como consecuencia, de un día a otro se difundían rumores como reguero de pólvora. Un día nos enterábamos de que habían excavado un túnel que conectaba el centro de París con las provincias y que iban a llegar rebaños de reses para resistir todo el invierno. Al día siguiente el príncipe de la Corona de Prusia había muerto y el enemigo se retiraba. Otro día se comentaba que cualquier ciudadano de París podía escabullirse de la ciudad por un camino secreto, a condición de que se dejara cloroformizar para no

descubrirlo.

Se vendían muchos periódicos y prácticamente salía uno nuevo cada día : La Patrie en danger, Le combat, Le réveil. . . , pero como ninguno tenía noticias que publicar sólo contaban especulaciones y rumores y no decían nada que no hubiéramos oído miles de veces.

Pronto el tiempo fue tema de conversación, pues teníamos un invierno extraordinariamente frío. En diciembre había tal escasez de combustible que era imposible mantener aceptablemente caldeada más de una habitación en la casa, y por primera vez me vi obligada a hacer el amor, en las ocasiones cada vez más raras en que surgía la oportunidad, bajo un montón de colchas, abrigos y hasta cortinas. El gas de coque estaba racionado (pues lo utilizaban para llenar los globos que salían de París) y el aceite quedó requisado. Una mañana al despertarme vi un bulto en un rincón del dormitorio y, al fijarme, vi que era una enorme rata famélica que debió de entrar buscando comida y habría muerto helada durante la noche. Para haber mantenido caldeado el dormitorio habría hecho falta por lo menos cien kilogramos diarios de leña, y la ración para toda la calle- era de setenta y cinco a la semana.

En las contadas ocasiones en que nos aventurábamos a salir a la calle pudimos ver que en la ciudad iba desapareciendo todo lo que se podía quemar : no quedaban árboles y los pocos que había solían verse rodeados de gente que los arrancaba y les cortaba hasta las raíces para llevarse algo a casa para el fuego. Hasta los árboles del atrio de las iglesias sucumbieron al hacha, y cuando se acabó esta clase de madera, la gente empezó a arrasar en las calles letreros, vallas y hasta las puertas débiles si podían.

Nos poníamos una prenda encima de otra de manera que no parecíamos hombres o mujeres, ni tan siquiera seres humanos. Cuando dentro de casa no hacía mucho frío (pocas veces) y podíamos quitarnos alguna ropa, seguíamos pareciendo paquetes mal atados, porque no había manera de lavár bien la ropa y por eso nos vestíamos con colores oscuros, para que no pareciéramos tan sucios. Todas las lavanderías estaban cerradas y, naturalmente, no

Librodot

íbamos a utilizar nuestras reservas limitadas de combustible para calentar el agua de lavar la ropa, cuando ni lo hacíamos para el de nuestra higiene personal. Los hombres se ponían la camisa del revés cuando ya estaba muy sucia y al final a mí hasta me daba vergüenza desnudarme delante de mis amantes, no sólo por lo que se viera, sino por la suciedad y el olor, enemigos declarados de la cópula Feliz. Pero, quizá por suerte, la sangre discurría fría por nuestras débiles venas por el hambre que pasábamos. El ganado que había entrado en la ciudad

había desaparecido; no se veían la leche ni el queso y ya no quedaban verduras. La carne de caballo era un lujo y muy pronto empezaron a desaparecer los animales domésticos, y era una especie de orgullo confesar que uno había degustado una tajada de perro o de gato, pues después de los caballos, los perros y los gatos eran los manjares más apreciados. Las ratas no tanto, porque había que servirlas acompañadas de salsas muy especiadas y su carne no era muy sabrosa. Los dos elefantes, Castor y Polux, del Jardín d Acclimatations, fueron sacrificados y yo vi el tronco del segundo colgando en la tienda de Roos, la Boucherie Anglaise, a cuarenta francos la libra. Se vendía también carne de camello, de antílope, burro, mulo y lobo, y el reno era un lujo desmedido.

En el mercado apareció de repente una especie de pan artificial hecho -creo- de trigo, arroz y paja, y una leche artificial hecha de Dios sabe qué; la grasa de las velas se mezclaba con manteca y hacíamos jamón de huesos cocidos de caballo. Yo, prudentemente, pude aumentar mi dieta al principio con lo que había guardado, y habría podido hacer una fortuna vendiéndolo en el mercado negro, pues en diciémbre el queso, que al principio del asedio costaba dos francos la libra, se cotizaba a 30 francos, y un saco de patatas pasó de 2,75 a 28 francos.

Cuando estábamos en la más denigrante miseria, creíamos nosotros, vino lo peor: a fines de diciembre los prusianos comenzaron a bombardear la ciudad.

Empezaron en Avron, al este, que rápidamente fue evacuado, a continuación siguieron por los fuertes del sur, en Issy y Vanves, y finalmente, en enero, el propio París. La primera granada cayó en la rue Lelande, en la orilla izquierda, y cerca del Luxemburgo; otra mató a una niña que volvía de la escuela. Bombardearon el cementerio de Montparnasse y se esparcieron todos los huesos de muertos; otra granada cayó en una cola de gente que esperaba para comprar comida, otra en una taberna de la rue I'Enfer.

No tardaron en caer trescientas o cuatrocientas granadas todos los días, durante cuatro o cinco horas por la noche, sobre todo cerca del Panthéon y de Los Inválidos. Al ser alcanzado el hospital de Salpétriére, decidí convertir en hospital mi casa de la rue de Chaillot (otras amigas mías hicieron lo propio, una de ellas fue Blanche d'Antigny). En seguida me vi con colchones por suelos de habitaciones y pasillos con cincuenta heridos, algunos civiles, pero la mayoría soldados. Di todas mis sábanas, que pronto se gastaron, algunas, por desgracia para sudarios. Muchas amigas mías vinieron para hacer de enfermeras a las órdenes de un médico pagado por mí.

La mayor parte de los rostros, y yo diría que los cuerpos, de aquellas enfermeras los conocían los heridos y esta circunstancia les daba ánimo para curarse. Era sorprendente ver cómo algunos de los heridos menos graves, pero aún presa del dolor, a veces por amputación de una pierna, conservaban su instinto de echar mano al pecho de la enfermera que les cambiaba el vendaje. No cabe duda de que el amor es una de las emociones humanas más poderosas. Al principio me afligía ver a aquellos hombres jóvenes, aún débiles de resultas de una herida casi abierta, mermar sus energías (pensaba yo) tratando de hacer el amor con su enfermera, pero el médico me aseguró que no se había dado nunca el caso de nadie que muriera por hacer la cópula, que en su opinión aquello les daba ánimos para vivir y que, sin duda, con el placer recuperaban energías. Oído lo cual animé a las muchachas a que se prodigaran teniendo cuidado de evitar a los enfermos movimientos cuyo esfuerzo pudiese afectar las

Librodot

heridas. Nunca observé efectos deletéreos ni oí a los hombres más que afectuosas expresiones de agradecimiento. Quizá sea algo que debieran aprender las enfermeras de los hospitales corrientes, en los que se suele evitar entre éstas y los pacientes ese contacto humano que da origen al goce carnal, a pesar de que ello -estoy segura- puede contribuir a una eficaz y rápida recuperación de la salud.

Yo en aquellos días estaba tan cansada que por primera vez en mi vida perdí interés por hacer el amor y rechacé varias ofertas de compañía que me hicieron algunos oficiales que venían al hospital para ver a sus soldados o preguntar por ellos. Rogniat seguía viéndome de vez en cuando, pero por entonces ya era tan considerado que se contentaba con descansar en mis brazos sin pedirme más que le permitiera correrse mientras yo, bajo él, seguía medio dormida.

Supe de verdad nuestra lamentable situación una noche en que Rogniat se desnudó en mi presencia (había conseguido por una vez calentar la habitación con la leña que me regaló el padre agradecido de un oficial convaleciente) y vi su cuerpo arrasado por el hambre, un montón de piel y huesos en el que sus en un tiempo espléndidas nalgas parecían un fuelle viejo.

Recibí entonces la visita de un funcionario de la embajada inglesa. Yo, ingenua de mí, pensé que a lo mejor le habían encomendado expresar el reconocimiento por el trabajo que una compatriota estaba realizando en su país de adopción. Un joven muy estirado, vestido de un modo que mostraba elocuentemente que los ingleses de la embajada no pasaban por ninguna de las privaciones de los parisienses, me aguardaba en el vestíbulo con el pañuelo en la nariz, mirando asqueado los cadáveres dispuestos para el transporte al cementerio. (Solíamos tener uno o dos muertos diarios.) Le hice pasar a la salida donde tenía mi despacho y me dijo que un turista inglés (aún podían entrar en París) les había llamado la atención sobre el hecho de que en mi casa ondease la bandera de san Jorge y que, en opinión de la embajada, era impropio que la bandera nacional inglesa se viera sobre una casa notoria por ser punto de reunión de hombres y mujeres de costumbres disolutas. Que hiciera el favor de mandarla quitar.

Jamás he sentido tanta rabia como aquel día. Con una fuerza que yo misma ignoraba, agarré al joven por el cuello bien planchado de la camisa y le saqué de la casa hasta la acera de enfrente para hacerle ver la cruz roja. Le dije que si no sabía el símbolo de piedad y amparo de la bandera inglesa, más le valía volver al colegio, si es que había ido a alguno. Luego, siento decirlo -no porque sea una mentira, sino porque lo hice con todas las ganas-, le propiné una patada en un punto que sospecho no utilizaría mucho, y retorciéndose de dolor desapareció. Este fue el único agradecimiento que recibí por mis afanes en cuidar de los heridos (1).

Quizá fuera este incidente, y mi consiguiente irritación, lo que me diera a pensar en el proyecto de abandonar la ciudad si podía. La oportunidad se presentaría antes de lo que yo pensaba, pues una semana después llegaron Brunet y Hurion muy abatidos. Les habían ordenado abandonar París en globo a la semana siguiente con despacho para las tropas de provincias. Vi que a Hurion le excitaba la perspectiva, pero a Brunet, todo lo contrario. Por lo visto se había enamorado desesperadamente de un jovencito de su regimiento y no quería dejarle; en realidad, planeaba desertar con él para vivir juntos.

Se me ocurrió una idea que en seguida les expuse. Yo tenía la constitución de Brunet más o menos, y si ocupaba su puesto en el globo, él podría tener tiempo de escabullirse sin levantar sospechas, y en cuanto a las tropas de provincias, ¿cómo iban a saber que habían ordenado salir de la ciudad a alguien más que a Hurion? Transcurridos diez días, vinieron los dos a casa y Brunet se desvistió sin pérdida de tiempo y se puso un traje viejo que traía, me dio las gracias y desapareció. Yo vestí su uniforme después de cortarme el pelo y disimular mis pechos apretándolos con un pañuelo. A pesar de ello me costó meterme en los pantalones y embutirme la guerrera, pero, acuciada por la impaciencia de Hurion, al fin lo conseguí.

Salimos de la casa; yo sólo llevaba una cartera con dinero y joyas, y Hurion, una mochila con los despachos para las tropas.

En la plaza de Saint Pierre nos esperaba el globo medio inflado; subimos nada más llegar a la cestilla, a

(1) Sin embargo, en algunas notas necrológicas a la muerte de Cora Pearl se la recordaba por su arrojo y los servicios que prestó en París durante el asedio.

la tenue lúz de los faroles que iluminaba el rostro de los hombres Que lo sujetaban. Otro soplido de gas, el globo se acabó de inflar y la sensación de un tirón repentino, no desagradable, me indicó que acabábamos de abandonar el suelo de París. En seguida dejamos de ver el resplandor de los faroles y nos sumergimos en una impenetrable oscuridad (no había luna) y en un silencio sólo roto por el sonido de extrañas voces bajo nosotros.

El viento nos impulsó durante un tiempo que se nos antojó días, sin que tuviéramos ninguna referencia de la tierra, como si sólo existiéramos nosotros. Nos abrigamos con la capa de Hurion y los minutos se sucedieron interminables hasta que al amanecer vimos bajo nosotros la campiña sin rastro del ejército prusiano. Divisamos por fin las tiendas de un campamento y Hurion tiró de una cuerda para expulsar gas. Tocamos tierra hacia las ocho y media cerca de Gués-des-Grues, a ocho kilómetros de Dreux. El campamento estaba a cosa de medio kilómetro y al principio nos trataron con recelo porque había habido espías que llegaban en globo diciendo que eran prófugos de París: Pero los documentos qúe entregó Hurion convencieron al comandante y nos condujeron a una tienda en la que había una gran bañera con agua caliente para nosotros, pues ya se sabe que los Que han permanecido horas en la atmósfera superior suelen estar helados hasta los huesos, aparte la mugre que llevan incrustada,

propia de los evadidos de la capital (que a veces traían piojos).

A fuerza de haberme quedado callada y firme simulando la actitud castrense, logré ocultar que no era un hombre, puesto que hubiera resultado bastante complicado dar una explicación. Y ni por un momento pensé en mi condición de mujer a la vista de la apetitosa bañera. En un abrir y cerrar de ojos nos habíamos despojado del uniforme y estábamos dentro del agua, enjabonándonos y deleitándonos en la limpieza de nuestro cuerpo. La sensación de libertad comenzó a hacernos efecto, y en Hurion pronto se manifestó la euforia del éxito, pues empezó a acariciarme con una insistencia más dirigida a excitarme que a limpiarme. Yo no me quedé corta y le enjaboné y agasajé el instrumento hasta que se le puso duro como el hierro y su extremo rojo como una cereza sobresalía entre la espuma. Luego él se sentó sobre los talones en la enorme bañera con el agua por la cintura y yo me dejé caer encima hasta que quedamos encajados y empecé a cabalgarle con creciente enardecimiento en medio de

salpicaduras y chapoteos, mientras nuestros cuerpos mojados, en sus conjunciones, aplaudían con su propia piel nuestros debates.

Estábamos en plena faena cuando oí una exclamación a mis espaldas, y, volviendo la cabeza, vi al comandante que había entrado en la tienda sin previo aviso (como era lógico, pues creía que sus ocupantes no eran más que dos soldados). De primera impresión debió de creer que Hurion era como Brunet, porque yo me hallaba de espaldas, pero al llegar Hurion al orgasmo y apartarme yo dándome la vuelta, no pudo tener dudas en cuanto a mi sexo, porque me veía casi todo el cuerpo al descubierto. Al oficial se le abrió aún más la boca, pero se repuso, saludó y dijo con una elegante muestra de cortesía que no había advertido que Hurion hubiera traído consigo algo más valioso que los documentos. Comprendí que acababa de reconocerme y, efectivamente, resultó haber sido un asiduo visitante del castillo durante años. Había oído por boca de otros evadidos mi obra con los heridos y aceptó de buena gana nuestra explicación de que el comandante del regimiento de Hurion había accedido a mi

demanda de salir de París de aquel modo, por constarle que el enemigo permitiría la salida de una ciudadana británica. Fue una suerte para Hurion, que así se evitó complicaciones.

Comimos con el comandante Ponciez y luego me dieron una tienda para mí sola para descansar, mientras ellos examinaban los documentos. Desperté de mi profundo sueño y vi que el comandante estaba en la puerta de la tienda preguntando por mí. Me preguntó si podía presentarme sus respetos; suponiéndose que se trataba de algo más que un besamanos, yo accedí. La tienda era muy agradable, después de las privaciones y el frío de París y las lámparas, el calor y la comodidad levantaron estupendamente mi espíritu. El comandante no fue insensible a mi desnudez y cumplimentó mis encantos, aunque lamentó que me hubiera cortado el pelo, pero en seguida añadió: Madame, no puede dudarse de su femineidad. ¿Hay mujer más femenina que madame Cora Pearl ?

Los efectos de meses de privación de una práctica amatoria relajada me predisponían a agradecer sus lisonjas y era un hombre atractivo, aunque de mediana edad, del que pude comprobar que era tan comedido en el arte de amar como en el mando de sus tropas; y, así, supo darme placer suficiente para compensar mi largo ayuno. Sólo nos interrumpió su ordenanza al traernos una botella de champaña (entró sin llamar y dejó a nuestro lado la botella con dos copas, sin que el comandante perdiera un momento el ritmo ni se sorprendiera porque el mozo le viera el trasero al aire en plena acción sobre mi persona).

Estuvimos juntos toda la noche y, tras reiterarle mi agradecimiento y despedirme de Hurion, que tenía que volver al servicio, me puse camino de Inglaterra.

Capítulo IX

Londres. Días de aburrimiento. El teatro Gaiety. Un joven admirador. El café Royal. El experto inocente. Una persona afortunada. Lady Greber. El caballo mecánico vigorizante. Trajes de baño. Ventaja para los señores. A mistress Rundall le repugnan los hombres. Presentación de mister Rundall. Charla en el baño, Una curiosa reconciliación. Regreso a París.

Como imaginé que Londres estaría lleno de refugiados franceses (lo que no resultó cierto), tuve la precaución de telegrafiar al director del hotel Grosvenor, cercano a la estación Victoria, para reservar una suite en el primer piso. Pagué tres meses por anticipado. Pero sólo llevaba en el establecimiento dos días cuando llamaron a la puerta de mis habitaciones y me anunciaron al director, quien me preguntó si era mademoiselle Cora Pearl y, ante la respuesta afirmativa, me comunicó que no podía quedarme y que, además, ¡no me devolvía el dinero! Estaba claro que alguien había hecho estallar el escándalo y vi que en Inglaterra seguía imperando la postura de la clase media causante del auge del delito y el vicio.

Afortunadamente conseguí localizar al príncipe Napoleón, que se informó en otros hoteles, pero al final los descartó porque había muchos huéspedes alemanes y, finalmente, me alojó en una mansión en Campden Hill, una deliciosa zona rural al oeste de Kensington Gardens, por la que pagó mil libras por cinco semanas. La casa estaba espléndidamente amueblada y el dormitorio era mucho más lujoso de lo que suelen serlo la mayor parte de los dormitorios ingleses. El príncipe en persona fue al hotel Grosvenor, se dirigió al director con toda firmeza y logró recuperar casi todo mi dinero. Pero era ya un hombre melancólico y sin humor que andaba sin objetivo dando vueltas por Londres buscando refugiados franceses para tratar de averiguar qué había sido de sus colegas y amigos. Nunca volvería a ser el mismo y, aunque pudo volver a París en un breve viaje al acabar el asedio, poco después volvieron a desterrarle y hoy es un apátrida que unas veces está en Milán, otras en Suiza y a veces

Librodot

en Londres. Incluso aquel primer día de nuestro reencuentro, tras proporcionarme un alojamiento provisional en Lancaster Gate, me dejó casi inmediatamente y nunca dormí con él mientras estuve en Londres.

Encontraba raro volver a estar en la ciudad. La recorría para ver algunos viejos lugares que tanto recordaba, pero la mayoría habían ido a menos, habían cerrado o ya no existían, y Londres me pareció aburrido y carente de vida comparado con el París de un año atrás, aunque afortunadamente muy tranquilo en comparación con el París de los bombardeos. Las noticias que llegaban de Francia eran principalmente la miseria de la población, y yo no podía evitar recordar horrorizada y compadecida a mis amigos al cenar opíparamente cada noche a precios moderados. La mayor parte del tiempo estaba sola y los hombres que conocía o con los que intercambiaba miradas en público me parecían menos decididos que en mis tiempos del Argyll.

Con todo, tuve una aventura simpática. Estaba una tarde en el teatro Gaiety, un local muy agradable, inaugurado dos o tres años antes, situado al final del Strand, y en la butaca de al lado había un joven guapo, moreno, notoriamente más joven de lo que pretendía con sus modales de hombre mundano. Su entusiasmo con el espectáculo era tal, que se notaba que era la primera vez que iba al teatro. Miraba con particular interés a las chicas de la escena ligeras de ropa (aunque no tan provocativas como la mayoría de las actrices en París) y, ante mi sorpresa, mientras leíamos un párrafo del programa con las luces ya apagándose, sentí que me ponía la mano en el muslo y me lo apretaba. No me sorprendió que yo misma respondiera, pues hacía tres semanas que había dejado a Hurion en Francia y el príncipe me había tenido muy sola desde mi llegada a Londres. Así pues, apreté mi pierna contra la del joven admirador y al cabo de un rato dejé que me cogiera la mano.

Al encenderse las luces, le faltó tiempo para invitarme a cenar. Era un muchacho esbelto, sin rastro de barba y únicamente un incipiente bigote; de ojos oscuros y brillantes y una amplia sonrisa. Acepté complacida la invitación, y al acabar el espectáculo nos reunimos en la puerta del teatro y él pidió un coche en el que nos dirigimos al café Royal. Cenamos muy bien y bebimos una o dos botellas de vino, aunque yo estaba decepcionada porque no tuviera un lugar donde ir, cosa que atribuí a su inexperiencia o quizá falta de medios. Hablaba con soltura de Londres y París, aunque pienso que sin conocerlos realmente, y se mostró muy interesado al saber que yo había estado allí durante el asedio. Me dijo que pensaba marchar a América, aunque no me dio detalles sobre su familia o posición. Al final de la cena le vi pensativo y por fin me dijo :

Madame Pearl, me gustaría mucho invitarla a tomar vino en mis aposentos, pero, con toda sinceridad, estoy con unos parientes y no dispongo de la casa. En la tarde de los dos próximos días tengo que despedirme de mis amigos y parientes y sentiría dejarla descortésmente en la mesa.

Yo, que también empezaba a sentirlo, sin pensarlo dos veces le dije si no le importaba tomar la copa en mi casa. Aceptó encantado con los ojos brillantes. Tomamos en seguida un coche y nos dirigimos a Campden Hill.

Por el camino se inclinó a besar mi boca por primera vez y sentí su lengua joven penetrante mientras introducía la mano entre los botones de mi vestido para palparme un seno. Tuve que retirarle al cabo de un rato, casi sofocada. Un poco más y habríamos llegado dentro del coche a ejercicios no aconsejables para el interior de un vehículo.

Llegamos a Campden Hill, pagó el coche y yo, sin preámbulos, le conduje al dormitorio en el primer piso, y antes de Que yo hubiera encendido los candelabros se había desnudado y metido en la cama. Sin demora me reuní con él, esperando de un hombre tan joven el asalto inmediato (y, a decir verdad, una rápida conclusión), pero, para mi gran sorpresa, se quedó apoyado en un codo mirándome, acariciándome con una mano casi temblorosa e inclinándose de vez en cuando para besarme los pechos, el ombligo, cerca del vientre, y a veces la mata. Pero estaba claro que, aunque su excitación era intensa, sabía contenerse, y esto me sacaba de quicio, pero habría sido una vergüenza mostrar más

Librodot

impaciencia que un muchacho, con aquel cuerpo delgado y desgarbado, como decíamos en Plymouth cuando yo era niña. Tenía manos grandes y muñecas delicadas, pero era un cuerpo bonito, de torso lleno Que descendía hasta una cintura estrecha, sin vello, salvo un puñado en torno al miembro deseoso, que

parecía la única parte realmente adulta, pulsante y tenso con una cabeza roja brillante que asomaba por los pliegues de la piel blanca del extremo.

Finalmente, me incliné y me metí el miembro en la boca, oyéndole musitar : ¡Oh, querida!, mientras todo su cuerpo se estremecía de placer, por lo que no me atreví a seguir mucho por temor a que no pudiera contenerse. Al volverme a tumbar de espaldas y abrirme de piernas para recibirle, dijo : ¡La primera vez!, lo que yo entendí como que ninguna mujer le había besado antes allí. Se inclinó entre mis piernas para besarme de igual modo, no sólo con la lengua, sino con los labios y hasta con la barbilla, y logró que mi estado de excitación igualara al suyo, a tal punto que tuve que agarrarle la cabeza y levantársela mirándole a los ojos para que mi cuerpo reposara tenso de placer. Yo jadeaba y él me sonreía; después se metió entre mis piernas para penetrarme, iniciando un movimiento, no brusco como suelen hacerlo los jóvenes, sino lento, rítmico y suave, sin ansias y sin prisas. Me transportó a tal extremo que volví a sentirme al borde del orgasmo.

Se habría dicho que yo era el principiante y él la puta, tan divinamente controlaba su fornicación; hasta que, tras lo que me pareció una eternidad, sentí cómo sus músculos se tensaban y, apretando las nalgas, lan zó su último envite, derramando su semen caliente en mis entrañas. Permanecimos abrazados empapados de sudor mucho tiempo hasta que se incorporó -no echándose a un lado, como suelen hacer casi todos- y se apartó a mi costado descansando su cabeza en la curva de mi brazo, mientras tocaba con la punta de la lengua las gotas de sudor de mi piel.

Le felicité por su habilidad y le pregunté cómo se llamaba. Ya parecía más locuaz y me dijo llamarse Frank, tener quince años, añadiendo que aquélla era su primera experiencia del juego amoroso. Me quedé de una pieza, pero estaba visto que se trataba de uno de esos seres privilegiados con natural disposición para el amor y, efectivamente, preguntándole, me confesó que desde la edad de cuatro o cinco años, en que se dedicaba a meterse bajo las mesas para mirar las piernas de las chicas, vivía obsesionado por las mujeres, aunque en el colegio había vencido su natural ardor dedicándose a los deportes (¡qué inglés!), y sólo durante las vacaciones se acercaba a las chicas, sin haber logrado encontrar una que se dejara poseer del todo, aunque habló en concreto de una Ethel o Edith, no recuerdo, que a los trece años le había dejado manosearla por debajo del vestido durante un ensayo en la coral en la que eran cantores. Pero ni aquélla ni otras que le permitían ciertas libertades

(¡qué inglés !, también) le habian dejado llegar a más. ¡No saben lo que se perdían!, porque era el amante más experto de su edad que he conocido, y no necesitaba ninguna clase de orientación como la que, por ejemplo, tuve que darle al joven Marcel en Beauséjour (1).

Frank me confesó que, efectivamente, le interesaba el amor más que ninguna otra cosa en la vida, a excepción de la literatura, porque su otra fijación eran los libros. Marchaba a América con la esperanza de que un nuevo país y nuevas cosas estimularan positivamente sus energías. Tengo que ganar dinero si quiero abrirme paso, me dijo.

Al rato, primero él y después yo, nos quedamos dormidos. Durante la noche me despertó toqueteándome suavemente los muslos, y esta vez se subió en mí y me cabalgó durante un momento casi sin pasión, más como un hermano afectuoso que como un amante. Me desperté al amanecer y estuve contemplándole, tumbado y destapado, con su pelo rizado esparcido en la almohada, una mano en el pecho y la otra en los muslos, rozando el instrumento, ahora retraído pero bien conformado, con la piel de la punta formando un pitorrito. Me incliné para mirar de cerca aquel cuerpo suave, aquel esbelto tronco con rizos en el vientre -había olvidado cómo era el cuerpo de un muchacho-. Finalmente, bajé la cabeza y metí el miembro en mi boca, chupándolo plácidamente. Al principio se hinchó apenas, pero luego comenzó a engrosar hasta que lo sentí cual mármol caliente conforme movía mis labios

y, por fin, tras una serie de espasmos, alcanzó su tamaño máximo y él me agarró la cabeza con las manos,

acariciándome gentilmente la nuca. Me aparté para mirarle a los ojos aún medio cerrados por el sueño, pero brillantes de creciente deseo.

Esta vez me sacó de la cama y me puso en la alfombra ante el gran espejo, lo inclinó y me montó por de

(1) Los hechos coinciden con los que relata Frank Hams en su autobiografía My Life and Lovers, pero en la obra no indica que estuviera en Londres antes de marchar a América, ni consta un episodio semejante. Es una coincidencia interesante, pero, desde luego, es imposible que Harris la omitiera en tan franco relato sobre sus aventuras eróticas, sobre todo si fue su iniciación.

trás para ver la imagen en la luna conforme me fornicaba, golpeando mis ancas con su vientre, con aquel vaivén de su culito tan gracioso. Me acarició la espalda pasando los pulgares por los lados de la columna vertebral, después se inclinó jugueteando con mis pechos, cogiéndome los pezones entre el índice y el pulgar, y luego deslizó su mano hasta mi vientre, manoseándome mientras seguía embistiendo, excitándome de tal manera que cuando nos corrimos juntos sentí el más intenso placer que jamás he experimentado, y, sin respiración nos tiramos riendo y jadeando en la alfombra. Después se inclinó sobre mí para besarme donde todavía salía el flujo. Nos vestimos en silencio.

Le habría pedido que se quedara no de muy buena gana, porque sentía, aunque esté mal decirlo, que era como hijo y amante a la vez. Pero no iba a ser ninguna de estas cosas, porque en cuestión de minutos se había marchado y sólo sabía su nombre de pila : Frank. No le volví a ver.

Dispuesta a entretenerme, decidí arreglármelas para ir de caza, pues ya en Francia una de mis mejores diversiones había sido el campo, y en Inglaterra nunca había montado. Se lo dije a lady Greber, una vecina de Campden Hill, de virtud sin tacha, gran llaneza y salud a prueba de bomba. Ante mi sorpresa me contestó que podía hacerlo a cien metros de donde vivía y que si pasaba por su casa a las diez de la mañana ya preparada daríamos un buen paseo. A la hora indicada salí de casa y llamé a su puerta. Me hicieron pasar a una sala de la parte trasera con una pared llena de cabezas de zorros y en el suelo una extraña máquina cuadrada de cuatro patas, con una especie de asa delante y una silla de montar encima.

Lady Greber me dijo que era su caballo mecánico vigorizante, igual que el que tenía la princesa de Gales. Se montó en el aparato y lo puso en marcha, tras lo cual el artefacto imitó el paso, el trote y el galope, como explicaba el folleto que me enseñó, el cual decía además que vigorizaba el organismo, estimulando las principales vísceras; una cura completa para la obesidad, la histeria y la gota.

No acabó de convencerme y le dije a lady Greber que yo prefería ese tipo de actividad pero acompañada, tras lo cual me dio una tarjeta de presentación para unos amigos suyos, mister y mistress Rundall, de Brighton, que eran socios activos de un club de caza al zorro. Me puse en contacto con ellos y, muy amables, me invitaron a pasar el fin de semana siguiente para bañarnos y montar.

Yo no conocía los baños de mar, aúnque nado lo más periódicamente posible en el río de Beauséjour, No había traído traje de baño (dado lo innecesario que era en casa), pero mistress Rundall, o Sarah, como me rogó que la llamara, me llevó a una tienda donde podía comprar uno, ofreciéndose a aconsejarme. Era una mujer alta, de cuerpo escultural, guapa más que bonita; me dijo que su traje de baño era igual que el primero que me enseñaron -en sarga azul marino, una tela tosca y poco atractiva, más propia de criadas- que llevaba un cuello cuadrado, muy arriba del bústo, y unos ribetes blancos con botones de nácar que no favorecían nada.

Librodot

No me decidía, pero Sarah insistió en que me lo pusiera y me acompañó al probador con espejos que había en la tienda. Al desvestirme, admiró mi belleza y muy complaciente me ayudó a ponerme el extraño traje, que tenía unos pantalones hasta la rodilla y una enorme falda sobre ellos. Le comenté que debería ser muy desagradable mojado y Sarah admitió que lo era, porque tendía a hincharse y abombarse y a veces resbalaban las hombreras, como le había sucedido a una amiga suya que, como era de pechos menudos, se quedó desnuda de cintura para arriba delante de todos. Pero a ti eso no puede sucederte, dijo poniéndome la mano en un seno con un gesto de afecto que me pareció más cálido de lo estrictamente necesario.

No me cabía duda, pór la solicitud con que me había ayudado a embutirme el traje en las caderas, que su marido, o cualquier otro hombre, debía recibir una muy limitada parte de sus afectos; era todo ojos y llegó hasta alisármelo sobre los muslos. En seguida me hizo probar otro, algo más aceptable, también de sarga, pero negra, y el mismo tipo de ribete en negro, pantalones de media pierna y corpiño de una pieza (¡sin duda para mayor seguridad cuando estuviera mojada una tela tan basta!), amén de una falda que se abotonaba encima y mangas cortas abullonadas. Comprendí que no encontraría ningún traje de baño que tuviera las ventajas de mi normal atavío para nadar, y compré aquél.

Al día siguiente me llevaron a la playa y me acompañaron a una máquina de baño -una caseta sobre ruedas-, donde Sarah y yo nos pusimos los trajes. Sarah me explicó que aquello era una moda reciente, porque aún entonces, en muchas playas alejadas del centro de la ciudad, hombres y mujeres se bañaban desnudos, pero que en Brighton había habido quejas de las señoras al ver a los hombres salir del agua desnudos, y las autoridades obligaban a llevar traje de baño. Como consecuencia, muchas mujeres se ponían trajes de tela fina que, al pegárseles al cuerpo, revelaban todas sus formas, y que los hombres, ahora que ambos sexos se bañaban juntos y ya no había que guardar las distancias, tenían oportunidad de ver más de cerca la forma de un seno con su correspondiente pezón y todas las curvas del cuerpo, mucho mejor que cuando la gente se bañaba desnuda y se observaba una distancia de cortesía.

Saltamos al agua desde la misma puerta de la caseta. Estaba fría y agitada, y, cuando al poco rato salimos, yo tenía la piel de gallina y temblaba. Nos quitamos los trajes y Sarah se empeñó en friccionarme con una toalla dura, con tanto cuidado y entusiasmo, que pensé si no lo habría planeado todo, porque puso especial minuciosidad en mis senos, nalgas y partes íntimas. Me invitó a que la calentara, a lo que no pude negarme por ser mi anfitriona. Era una mujer de contextura fuerte y musculosa, con pechos duros más que llenos y con un torso más que femenino, parecido al de algunos hombres que he conocido.

Aquella noche cenamos solas. Me extrañó que a mi llegada no estuviera mister Rundall en casa, pero me dijeron que estaba en viaje de negocios y que volvería a la mañana siguiente. En la cena no faltó de nada, incluido un buen surtido de vino y licores. Nos dimos las buenas noches y nos retiramos a nuestras habitaciones, pero apenas me había metido en la cama, cuando la puerta se abrió y apareció Sarah envuelta en una enorme bata, para ver si estaba a gusto. Yo me había puesto, como es mi costumbre cuando estoy sola, un camisón de seda, que ella dio en admirar, apartando las sábanas para verlo mejor y palpando la tela en mis caderas y otras partes.

En seguida me olí que quería compartir mi cama, en principio -me dijo- porque no le gustaba estar sola, pero luego, como yo no hiciera muestras de aceptar la explicación, me confesó con toda franqueza que poco después de casarse había descubierto que los hombres y sus cuerpos, si no totalmente repulsivos, cuando menos no la excitaban, mientras que no podía vencer su admiración por el cuerpo femenino. Desde mi aventura con Frank había yo llevado una vida de monja y, aunque no tengo inclinación natural a la compañía femenina en la cama, me sentía con ganas de goce físico y acepté las proposiciones de Sarah, que ni corta ni perezosa me hizo inmediatamente recordar las sesiones nocturnas en el dormitorio de Boulogne, y no puedo decir que lo hiciera mal. Aunque es cierto que casi todos mis amantes

me han procurado placer, aun al precio de haberles tenido que enseñar, también es cierto que otra mujer debería saber con mayor seguridad, por la experiencia de darse ella misma gusto,

cómo complacer a alguien de su propio sexo, y Sarah desde luego lo sabía divinamente. No puedo decir si fui tan feliz en sus brazos como en los de casi todos mis amantes, pero no puedo negar que disfruté con sus atenciones y que, por sus jadeos, quejidos y maullidos -que en ciertos momentos temí despertaran a la casa-, ella disfrutó con las mías. Al amanecer me dejó y yo me adormilé una hora antes de levantarme. Me había indicado un cuarto de baño al final del pasillo, y a las ocho salí de mi cuarto y allí me dirigí. Oí chapoteo y di por sentado que la criada, siguiendo mis instrucciones, me estaría preparando la bañera. Abrí la puerta, entré y cerré, y lo que vi fue un hombre completamente desnudo cubierto de jabón, de pie en la bañera. Era un individuo de pelo claro, bien parecido, de rostro típicamente inglés, con un bigotito, torso poderoso y unos atributos viriles que, quizá estimulados por el enjabonamiento, eran mayores de los que yo había visto, aun en estado de

erección.

Nos miramos unos segundos y él con la mayor flema del mundo dijo : Madame Pearl, supongo, y me dio la mano. Yo admiro esa clase de flema y avancé un paso, le di la mano e hice una reverencia.

-Lo siento -añadí-, había dicho a la doncella que me preparase el baño, pero...

-No se lo tome a mal -contestó- : debería haberme acordado de que usted iba a usar este baño. No tardaré. Siéntese y charlemos, por favor, pues no creo, si me permite decirlo, que le sea ajeno el cuerpo masculino y espero que no le moleste que prosiga mis abluciones.

Tras lo cual me lanzó una sonrisa que disipó cualquier posible intención ofensiva en sus palabras.

Me senté, pues, en la silla en que tenía las toallas, y él, sentándose en la bañera, comenzó a frotarse hombros y brazos con la manopla. Me dijo que tenía muchas ganas de cabalgar conmigo al día siguiente; me preguntó si encontraba Brighton interesante y si había visto mucho de la ciudad. A él no le gustaban mucho los baños de mar, pero a Sarah la encantaban. Yo le comenté que habíamos ido a la playa el día antes, pero que el agua estaba tan fría que se me habían quitado las ganas de volver, aunque Sarah había logrado hacerme entrar en calor, lo cual creo que le sorprendió bastante, pero como conocía mi vida, le dije que durante semanas me había visto privada de compañía masculina y que daba gran importancia a los contactos humanos.

-Entonces no le importa. . . ¡Hum. . . !

-En absoluto -dije-. Sarah ha sido muy amable y espero haber correspondido a su atención.

Dicho lo cual, él se puso en pie y, viendo su piel mojada, le alcancé una toalla con la que se secó de seguida sin ocultar el hecho de que su instrumento había alcanzado un espléndido tamaño.

-Si no es impertinencia por mi parte -dijo-, ¿podría yo ofrecerle mi hospitalidad en compensación por lo que haya podido faltarle en las atenciones de Sarah?

Ciñéndose la toalla a la cintura me acompañó al dormitorio, donde en seguida me convenció de que el dueño de la casa no era menos sensible a los encantos femeninos que su cónyuge. Estaba con las mános apoyadas en la cama, mis piernas encima de sus hombros y su órgano como único vínculo entre ambos, cuando se abrió la puerta y entró la doncella. Al tropezarse con mi mirada dio un respingo, alegando que iba a prepararme el baño y se retiró sin el menor signo de apuro. Mister Rundall, llegado a la cumbre del placer, me explicó mientras acababa de secarse el agua del baño que la criada no se sorprendía de nada de lo que viera en la casa en cuestiones amatorias. Era evidente que el servicio de los Rundall estaba acostumbrado, como el mío, a ver y callar, y que tampoco el dueño ni la dueña mantenían relaciones con la servidumbre desde que un joven lacayo, interpretando erróneamente la costumbre de Sarah de mostrarse desnuda delante de él, y tomándolo como indicio de provocación y

Librodot

no de indiferencia como era en realidad, la abordó y ella, pensando que quizá otro hombre (era al principio de su matrimonio) podría complacerla más que mister Rundall (¡remota probabilidad, a juzgar por mi experiencia de aquella mañana!), accedió a sus deseos, tras lo cual el criado intentó obtener dinero, amenazándola con decírselo al marido. Cuando éste lo supo por Sarah, se vengó del criado obligándole a desvestirse para después llevarle en su coche al centro de la ciudad, donde le dejó a que probara suerte.

Fue una jornada agradable entregados al esparcimiento. Sarah supo por su esposo que nos habíamos presentado y no se mostró celosa; en realidad, marido y mujer disfrutaban de la vida por su cuenta, y si sus placeres coincidían, no era óbice para que disfrutasen.

Así, acabamos el día los tres en la misma cama, donde proseguimos la fiesta por unas horas para completa satisfacción de todos. Aunque muchas veces he atendido a dos hombres en mi cama y a veces, por imperativos lucrativos, he consentido en retozar con otra mujer para solaz de un tercero, aquélla era la primera vez que lo hacía por puro placer, y buen placer obtuve, porque mister y mistress Rundall me agobiaron a atenciones y lisonjas e incluso, cuando agotamos todas las combinaciones y nos tumbamos, mientras yo jugueteaba con las bolas del marido, a la par que atendía la parte más sensible de Sarah, les procuré un orgasmo simultáneo como no habían gozado nunca en otras circunstancias.

La ternura con Que se abrazaron después de desahogarse me convenció de que eran una pareja que realmente se quería, y que la naturaleza les había jugado una mala pasada al negarles los instintos normales para satisfacerse como es de ley entre amantes.

A la mañana siguiente, aunque cansados de tanto ejercicio, nos levantamos temprano para ir a Ditchling con los cazadores del club y pasar una espléndida jornada. Fue una lástima que tuviera que coger el tren aquella noche, ante las protestas de afecto de mis amigos y anfitriones. Yo, a mi vez, los invité a que me visitaran en Francia a mi vuelta.

Al expirár el alquiler de la casa, el príncipe me invitó a ir con él a Suiza, y accedí porque no conocía ese país, pero quedé muy desilusionada, y fue como si el espléndido paisaje se ensombreciera, pues el príncipe no salía de su melancolía y estuvo tan poco atento como en Londres. Los suizos no me prestaban atención y, por lo que pude ver, tampoco sus mujeres. Al cabo de una semana insistí en que tenía que regresar a París. El príncipe trató de disuadirme, pero como no di mi brazo a torcer, hizo arreglos para que compartiera el coche de un diplomático francés que viajaba de Ginebra a París, Mi corazón se inundó de gozo ante la perspectiva y, a pesar de que el diplomático resultó ser un septuagenario que no prestaba atención más que a las nalgas de los cocheros, mi espíritu no decayó. En febrero de 1871 me hallaba camino de París en un convoy de vituallas para la hambrienta población de la capital. No dudé en aceptar un gran jamón, leche condensada, arenques, mermelada y

cacao, ofrecidos por el oficial de la escolta que me conocía de antes. En mi casa sólo encontré las habitaciones vacías, vacías de gente quiero decir, pues no habían robado ni saqueado gran cosa y casi todos los muebles estaban intactos. Debía de haber alguien vigilando fuera de la casa porque, al cabo de veinticuatro horas, regresaban cuatro criados, y mi doncella me enseñó el escondrijo de la buhardilla en el que había ocultado las joyas que yo no me había llevado. Muy pronto todo volvió a ser como antes y, una vez arreglada la casa, empecé a ocuparme de mí misma.

Capítulo X

París no es el mismo. Se van los prusianos. Violencia en la calle. La Comuna. Vuelve Brunet. Muerte. Final de la Comuna. Duval y sus Bouillons. Rue de Chaillot. Vuelta a la normalidad. Duval me importuna. Vuelve Hurion. Duval intenta suicidarse. Maniobras contra mí. Londres. Niza.

Librodot

Mis esperanzas de que al acabar la guerra París volvería a ser el mismo eran una quimera. Incluso comparada con la tristeza de Londres, la ciudad ya no era la misma, en parte por la ocupación de los prusiános y en parte porque se veían sus cicatrices : todos los ár boles cortados, los escombros de los bombardeos esparcidos en medio de muchas calles y las grandes privaciones que habían afectado a casi todos habían hecho que la gente se reconcomiera con su odio a los prusianos y dedicara las energías restantes a buscar comida. La gente sentía desconfianza entre sí, veían espías debajo de la cama, sospechaban que cualquier mujer que no tuviera cara de hambre mantenía relaciones con los prusianos y era simpatizante del enemigo.

El resultado de las elecciones que se celebraron complicó las cosas, pues los candidatos conservadores arramblaron con la mayoría de escaños, con la consiguiente satisfacción de todos mis amigos y la cólera del hombre de la calle que se creyó traicionado por la Francia rural que no había sufrido lo que lá capital.

En márzo los ánimos se exacerbaron al marcharse los prusianos. Se encendieron hogueras en las calles para quemar todo lo que dejaban, fumigaron las casas que habían ocupado y algunas fueron incendiadas. Muchos hasta llegaron a limpiar las aceras con desinfectante para eliminar el mínimo rastro de prusiano. Pronto volvieron a lucir las farolas y la primavera a alegrar el cielo de las tardes. Las cosas parecían volver a la normalidad. Esa fue mi impresión al ver que venían a visitarme amigos y la casa volvía a estar animada por las noches; pero mi cama seguía relativamente tranquila, porque los hombres que me visitaban estaban escuálidos y sin fuerzas por las privaciones pasadas y no pensaban en el amor.

Con todo, no habían terminado las dificultades. A fines de febrero vi una multitúd camino de la manifestación de izquierdas en apoyo de la Guardia Nacional, que, según los rumores, iba a ser disuelta. A un pobre hombre a quien sorprendieron tomando nota de una proclama a la multitud al pie de la columna de Julio lo acusaron de espía y lo arrojaron al Sena, y, como no se hundía, lo apedrearon hasta deshacerlo. Palizas, pedradas y arrestos de viandantes inocentes eran hechos a la orden del día, y aunque las mujeres no solían ser víctimas de aquellos incidentes, pensé que lo mejor era permanecer en casa lo más posible, sola y aburrida; cuando se proclamó la Comuna, sentía aún menos ganas de exhibirme, a pesar del magnífico tiempo primaveral. (Aquel año la primavera fue de las mejores que recuerdo; a modo de horrendo decorado para el terror callejero.)

Después de marzo y abril, la cantidad de personas arrestadas, muertas, apaleadas y el número de los que, como el arzobispo de París, desaparecieron en las cárceles- aumentaba de día en día. Yo seguía guardando la casa pero sin ver a nadie, teniendo hasta cuidado de no asomarme a las ventanas por miedo a que a alguien le diera idea de entrar y arrestarnos. Rogniat debía de estar fuera de la ciudad y nadie se prestó a protegernos.

A fines de mayo, una noche, me desperté temprano al oír que tiraban piedras a la ventana; me quedé en la cama sin hacer caso, pero volvieron a sonar las piedrecitas y oí que susurraban mi nombre. Asomé con precaución la cabeza y vi dos hombres de pie. Uno dijo ser Brunet. Le abrí y vi que venía acompañado de un muchacho menudo de enormes ojos negros y de cuerpo tan flaco (como pude ver en cuanto se quitaron los abrigos) como él mismo. Era el chico por el que había desertado al marcharme yo de París. Desde entonces, me explicó Brunet, él y su amante Pierrot habían vivido escondidos, sobreviviendo a los meses del asedio en la cueva de un antiguo molino de harina en Montmartre, pero ahora la zona del refugio se había convertido en cuartel general de la Comuna y la noche anterior les había avisado el dueño del molino de que iba a confiscarlo Raoul Rignault, el jefe de policía de París, un bestia sucio y amoral que había sentenciado a muerte a varios curas y cuya actitud para con dos amantes del mismo sexo, dado su propio afeminamiento, habría sido implacable.

Naturalmente, les dejé que se quedaran, dándoles alojamiento en la buhardilla. Les hice bañarse y les di de comer. El muchacho estaba emocionado de agradecimiento; era un jovencillo sensible y encantador que se había criado cerca de Chartres y habría estado mejor en una granja que en plena ciudad, pero le habían hecho enrolarse en el ejército y su único

pensamiento era escaparse, ocasión que se le presentó al enamorarse Brunet de él, pero se veía que correspondía a su cariño.

Al cabo de unos días, que para ellos fueron un lujo (pasaban la mayor parte del tiempo conmigo, contándome sus privaciones que, entre otras cosas, como explicó Brunet, habían reforzado su vínculo espiritual, ya que la desnutrición y la vida azarosa les impedía el contacto carnal). Fueron recuperando el humor y Brunet y yo nos divertíamos recordando los buenos tiempos, para deleite de Pierrot, que, naturalmente, ignoraba el tipo de vida que habíamos llevado, Fue agradable observar cómo los dos amantes recuperaban su mutuo afecto físico conforme la alimentación restablecía el vigór de sus cuerpos. Un día me sentía tan sola en mi cama, pues no recibía amantes desde hacía mucho tiempo, que les hice acompañarme y los tres nos arrebujamos juntos. Brunet seguía tan guapo como siempre, con la misma esbeltez, y no pude evitar el deseo de que me hiciera el amor como solía hacerlo cuando estaba nuestro amigo Hurion para ayudarle. Pierrot también era bien parecido o quizá deba decir

bonito, porque era más bien de sensibilidad femenina, y su cuerpo era de una perfección juvenil que no me extraña suscitara el amor de Brunet. Su agradecimiento fue tal que, animado por las caricias de Pierrot, me montó y me procuró un orgasmo casi perfecto, hasta que, mirando a su amante, se excusó y pasó de mis brazos a los de Pierrot; viendo moverse aquellos cuerpos que se restregaban con fruición vientre contra vientre, no pude evitar correrme, aunque a lágrima viva por estar sin amante.

Dos días después de aquello, mirando por la ventana la calle desierta, cavilando que nuestras reservas alimenticias habían disminuido tanto que la dieta había quedado reducida a unas magras raciones, vimos el cadáver de un hombre cerca de la puerta principal, aferrado todavía a un trozo de carne. A pesar del peligro, Pierrot se empeñó en salir a cogerlo. Le vimos salir corriendo de la casa, inclinarse sobre el cadáver y levantarse con el trozo de carne en las manos mientras se volvía sonriente a mirarnos. En aquél momento sonó una detonación y vimos su rostro ensangrentado antes de caer en tierra. Brunet hundió su cabeza en mi hombro para sofocar un ruido inarticulado que pugnaba por salir de su garganta y bajó corriendo las escaleras; salió a la calle, levantó el cuerpo de Pierrot y lo apretó contra su pecho amorosamente. Se oyó otro tiro y vi cómo los dos vacilaban un instante, como dos bailarines, antes de desplomarse. Brunet quedó con la cara hundida en el pecho de

Pierrot, y éste, doblado sobre un costado con el brazo extendido. Cerré las contraventanas. A la mañana siguiente los cadáveres habían desaparecido.

Ahora ya no podía lamentar que por falta de compañía masculina no hiciera ejercicio; poco tiempo había para el amor, por aburridos que fueran los días. Me habría gustado tener un protector y, de repente, en mayo, agonizó la Comuna en un baño de sangre y fuego. Mi casa se salvó, aunque, en providencia, habíamos recogido todo el agua que pudimos en baldes y bañeras para caso de que algún incendiario pegase fuego a la planta baja. Las casas de la otra acera de mi calle ardieron hasta los cimientos, pero el viento soplaba en dirección opuesta a mi casa y el inmenso calor sólo hizo saltar los vidrios de algunas ventanas. Se dijo que hubo centenares de ejecuciones, pero yo sólo vi cómo el ejército fusilaba a un hombre en la calle so pretexto de que era incendiario porque llevaba las manos negras. No sé si sería cierto. Se dice que murieron veinte mil personas durante la Comuna y después, por los excesos de uno y otro bando; las únicas víctimas entre mis amigos fueron Brunet y el

pobre Pierrot, pero hubo muchas per sonas que nunca volví a ver y que tal vez perecieron.

Cuando volvió la calma, me ocupé de mi situación y comprobé que por primera vez desde hacía muchos años necesitaba dinero. Tenía la casa, el castillo estaba intacto (aunque no se podía ir allí con seguridad), tenía las joyas que habría podido vender, pero en aquellos tiémpos las joyas se pagaban poco. Me quedaba poco dinero, pues había esquilmado mis ahorros convirtiendo mi casa en hospital (para que nadie me lo agradeciera). De esta situación me salvó un hombre: Alexandre Duval.

Librodot

Monsieur Duval era un hombre de casi treinta años, hijo de un carnicero de Les Halles (*), que en la década de los 60 había inaugurado una cadena de restaurantes con el eslogan de bouillons et boeuf (**). Era una clase de establecimientos a los que rara vez me llevaban mis admiradores antes de la guerra, pero que ahora gozaban

(*) Gran mercado central de París, hoy inexistente. (N. del t.)
(**) Caldos y buey, literalmente. (N. del t.)

del favor de la bourgeoisie (***). En Bouillons Duval, primero y más famoso, que estaba en la esquina de la rue Tronchet y la rue Neuve des Mathurins, se podía hacer una comida de primera por diez francos; un plato de sopa costaba dos y medio. No había ringorrangos y si ponían mantel se pagaba aparte. Al morir Duval padre, el negocio valía diez millones de francos, y el viejo lo había acumulado todo fuera de París. El joven Duval había pasado los años de la guerra y el período de la Comuna en el sur de Francia, y ahora había vuelto para hacerse cargo de tres restaurantes que no habían sufrido destrozos, pero su abastecimiento era problemático. Hizo un trato, como supe después, con un inglés y consiguió desviar para su negocio grandes cantidades de alimentos destinados a los pobres, pero, a pesar de ello, pronto fue imposible conseguir suficiente carne y verduras, el negocio fue decayendo y hasta se vio obligado a cerrar temporalmente dos establecimientos.

Fue por entonces cuando me visitó por primera vez en una casa nueva más pequeña que yo había alquilado en la rue des Bassins. Era un hombre delgado que aparentaba más edad de la que tenía; lucía un bigotito lacio y era casi calvo. Al entrar en la habitación tomó asiento en una silla, puso su chistera en el suelo y cruzó las manos sobre el regazo. Yo me había puesto mi mejor vestido, el único que había podido adecentar después de tanto tiempo sin plancha, y me hallaba dispuesta a que me invitara a entretenerle del modo que era mi especialidad.

Tomamos un vaso de vino y esperé que él abordara el tema, pero, ante mi sorpresa, parecía apurado (cualidad que raras veces he observado en los ricos), y al final musitó que había oído que yo tenía dificultades financieras, temporales, naturalmente, y que me proponía algo que me permitiría rehacer mi fortuna y vol

(***) Los burgueses. (N. del t.)

ver al tren de vida que en otros tiempos daba que hablar en Francia. Me pidió que le escuchara antes de contestar, pues era consciente de que yo podía encontrar su propuesta poco agradable. Tenía diversos contactos en el ramo de la carnicería y la verdulería fuera de París que estaban dispuestos a abastecer sus restaurantes, pero como no necesitaban dinero, porque durante la guerra habían ganado mucho, él, buscando un medio de doblegar su voluntad, les había ofrecido un aliciente especial, proponiéndoles sencillamente la posesión de mi persona.

Muchas le habrían parado los pies sin más, pero debo confesar que su desparpajo me pudo y le dije que prosiguiera. Me propuso que ofreciese a sus proveedores una introducción a lo que él denominó la mujer más famosa de Francia en el amor, a condición de que le concedieran un contrato de abastecimiento en exclusiva. . . Mi intervención estaba clara. ¡El comprendía que me pedía un favor inapreciable, pero yo saldría beneficiada y él esperaba que esto -dijo- me convenciera.

Esto era un objeto cuadrado cuidadosamente envuelto, que dejó sobre la mesa antes de levantarse, hacer una reverencia y marcharse. Yo sabía que era un hombre inmensamente rico y confieso que abrí su regalo con sumo interés. Si me lo hubiera dado en plan de amante, habría accedido inmediatamente a sus pretensiones. Bien : abrí el paquete y vi que el regalo era un libro, forrado en piel y oro, titulado Les riches de la vie. Aquello no me hizo ninguna gracia y lo tiré a la chimenea, pero al cabo de un rato, pensando que la encuadernación era

elegante, lo recogí y, al dejarlo en la mesa, quedó abierto y vi que las páginas eran billetes de banco -billetes de mil francos- y había cien páginas.

No puedo decir que fueran encantadores los cuatro señores que me presentó monsieur Duval: El más aceptable era el carnicero, muy parecido a los toros con que traficaba. Le invité a tomar el té y él, levantándose de la mesa como una exhalación, me tumbó en la cama y me poseyó sin quitarse el gabán ni los pantalones siquiera. Otro era propietario de una enorme granja que abastecía de verduras; estaba tan nervioso en la primera visita que se corrió mientras yo le aflojaba el cinturón. Otro, también granjero, era tan viejo que se contentó con masturbarse sentado en un sillón, mientras yo hacía posturas ante él; y el cuarto, aunque bastante viril, no tenía la menor delicadeza y, aunque con su vigor me excitaba, siempre me dejaba insatisfecha.

Llegado el momento de recibir de monsieur Duval el segundo libro de obsequio, resultó contener suficientes páginas para permitirme volver a la rue de Chaillot, pero a una casa nueva en el número 101. Pensando que quizá llegara un día en que no necesitase los servicios de los cuatro proveedores, juzgué conveniente, a guisa de seguro, hacerme con el apego del propio Duval, y diré que lo conseguí sin gran esfuerzo, porque era un hombre que no había tenido mucho tiempo para el amor y los trucos más sencillos le maravillaban. Por entonces sus restaurantes se habían recuperado y el abastecimiento había mejorado (ni que decir tiene), por lo que comenzó a dedicar sus energías a la satisfación de su nueva lujuria y, aunque nunca fuera un amante aceptable comparado con otros de mayor categoría y experiencia, me sirvió al menos para comprar una casa en Maisons Lafitte, varios coches, otras caballerizas y algunas valiosas joyas.

Carente de finura, fue durante una época mi más fervoroso amante que acordaba las citas por anticipado y me pedía que estuviera desvestida para cuando él llegara. Apenas cruzaba la puerta de entrada se iba quitando la ropa conforme el criado le acompañaba arriba, y, nada más entrar en el dormitorio en que yo estaba esperándole, se echaba ante mí de rodillas, agarrándome por las nalgas y hundiendo su cabeza entre mis piernas. Parecía imposible que fuera el mismo hombre tan frío y distante de nuestra primera entrevista.

Era muy celoso y prescindió de sus cuatro proveedores, empeñándose en que no los volviera a ver (imposición que acepté de mil amores) y me exigió que evitara a cualquier antiguo admirador que pudiese desear reanudar su cortejo. Cosa difícil, porque en París volvía a renacer la alegría, los teatros estrenaban y volvían a celebrarse reuniones de sociedad, por lo que yo comencé a salir, pero a mis amigos del sexo masculino les costaba entender que me negara a acogerles con el mismo entusiasmo con que ellos deseaban agasajarme.

Finalmente, Duval empezó a tratarme más como marido que como amante. Durante semanas estuvo viniendo a mí sin ningún regalo. Hice discretas averiguaciones y supe que se enfrentaba con dificultades financieras, que tenía hipotecados los restaurantes y que sus amistades iban diciendo que yo le había arruinado, cuando la realidad era que se había arruinado él, y ya que no podía seguir manteniéndome, más hubiera valido que se despidiera.

La escena final tuvo lugar en diciembre de 1872. La mañana del día 17 entró el criado a mediodía anunciándome un caballero que no quería dar su nombre. Vi encantada entrar en la habitación, dinámico y guapo como siempre, a Hurion. Comimos juntos y nos bebimos una botella de burdeos, para a continuación celebrar -del modo que puede imaginarse- nuestra amistad y mutua alegría por haber salido con bien de tantas vicisitudes. En breve, Hurion me mostró que no había mermado su vigor pese a los avatares, primero entre los prusianos y, luego, actuando de espía en la Comuna; me aseguró que muchas veces había sentido ganas de visitarme, pero no se había atrevido por temor a ser descubierto. Después se quedó adormecido tumbado de espaldas y yo me incliné sobre él tentando con los dedos la tan recordada mata de vello negro en su vientre y pecho tan duros, y me encontraba reflexionando sobre el mejor modo de comunicarle el horrible fin de nuestro amigo Brunet, cuando se oyeron voces

tras la puerta y apareció Duval empujando al criado y dirigiéndose hacia la cama. ¡Yo había olvidado que iba a venir! Hurion se despertó a escape, se puso en pie de un salto y agarró a Duval por el abrigo, levantándole del suelo a pesar de sus forcejeos y patadas. No pude contener la risa al ver su cara congestionada protestando por encima del hombro de Hurión, que le llevaba en volandas hacia la puerta mostrando su espalda surcada por fuertes músculos. ¿Qué podía hacer el enclenque Duval? Oí afuera un estrépito, señal inequívoca de que Duval descendía las escaleras de manera deshonrosa, y luego, cerrar la puerta principal y correr el cerrojo. Regresó Hurion y, excitada por su exhibición hercúlea, le recibí con entusiasmo, y al poco me complacía con la fuerza de su virilidad de un modo muy distinto al de la confrontación con un adversario masculino. Con mi boca me afanaba inútilmente por abarcar su miembro, pero Hurion, a diferencia de la mayoría de los hombres, no era muy

adicto a esa clase de caricia y opinaba que el arado es para el surco, y volvió a demostrarme que no le cansaba arar.

Aquella tarde, a las seis en punto, después de marcharse Hurion, volvió Duval y di orden a los criados de que no le dejaran entrar; ni a él ni a sus amigos. Hurion me había prometido ayuda. Al día siguiente llovía a cántaros, pero él volvió y otra vez le negaron la entrada. Esta vez simuló marcharse, pero volvió al poco a llamar y sacó una pistola, obligando a que le abrieran. Yo me encontraba en la sala de estar esperando a unas señoras que había invitado al té. Duval entró como una tromba, pidiéndome que le devolviera mis favores. Yo le dije que había cumplido y que gracias a mí se habían salvado sus restaurantes, que poca responsabilidad me incumbía si él no sabía cuidar sus negocios. ¿Y yo?, gimoteó. Estaba ridículo. Le recordé que era yo quien le había iniciado a la sensualidad, pero que nunca le había dicho que le amase y que podía con toda libertad hacer gala de su nuevo saber en otro sitio.

Durante estas palabras él mantenía la pistola sobre su muslo. Yo, confiada, creí que la llevaba descargada, porque nunca había sido un hombre violento, pero en un momento dado la levantó se la acercó al costado izquierdo y apretó el gatillo. Se oyó una detonación y se desplomó. Yo me llegué a él a toda prisa y le levanté; aún respiraba, pero de la herida manaba sangre y salpicaba la alfombra.

Afortunadamente llegó Hurion a los pocos minutos, mandó llamar a los criados de Duval y éstos se lo llevaron de casa. El médico encontró la bala alojada en la espalda por debajo del pulmón. Me alegró enormemente deshacerme de aquel hombre, porque ya no le tenía afecto.

Dos días después de aquello, estaba en la cama con Hurion, que se había prestado por entonces a quedarse conmigo día y noche, cuando recibí la visita de un comisario de policía. Corrí las cortinas del lecho y me puse una bata para recibirle allí mismo, para que Hurion oyese el asunto de que se trataba. Mi sorpresa fue mayúscula cuando el comisario me anunció que quedaba expulsada de Francia. Quizá fue ingenuidad por mi parte tratar de llegar a un arreglo con él, pero no dio resultado, y el hombre dejó sobre la mesa un documento firmado con la orden de expulsión.

En los días que siguieron traté de que la derogaran. Visité a Duval (más no podía rebajarme) para pedirle que mediara, pero se negó a recibirme, aunque en la mesilla -según me dijo su enfermera, madame Armann- tenía a la vista varios regalos míos. Al bajar la escalera me crucé con la madre, quien inmediatamente me acusó de ser la causante de la muerte de su hijo (que en realidad se recuperó perfectamente y sigue vivo, que yo sepa) (1).

Hurion opinaba que alguien más poderoso e importante Que Duval debía de tener motivos para expulsarme de Francia. En el fondo no me apenó del todo marcharme, honorablemente, de un campo de batalla que tanto había venido a menos en los diez últimos años. Tenía entonces treinta años (2), y ya había otra generación de mujeres públicas de sensibilidad menos refinada que la nuestra durante el Segundo Imperio, con menos ganas de vivir y dejar vivir y dispuestas a escalar puestos en sociedad. Una o varias debieron difundir rumores sobre el asunto Duval; tal vez llegaron a decir que era yo quien le había disparado,

Librodot

¡quién sabe! Según una versión, yo, al verle caer, había exclamado ante Hurion : ¡El cerdo podía haberlo hecho en la antesala y no ensuciarme la alfombra!, cuando Hurion ni siquiera estaba cuando Duval se pegó el tiro, y, aunque, desde luego, más tarde le comenté que la alfombra había quedado hecha una pena con aquella mancha de sangre, no era algo que me importara en

demasía, porque de todos modos la alfombra había que cambiarla.

Cerré la casa y volví a Londres aquella misma semana, despidiéndome de Hurion, que era el único hombre en París a quien me costaba dejar. Allí me aguardaba el príncipe, que me dio suficiente dinero (así como unos broches de diamantes que había encargado en Burlington Arcade y que me envió al sur de Francia) para alojarme una semana en el hotel Grosvenor, que esta vez se mostró complacido con mi presencia. Luego marché a Niza al recibir carta de Caro Letessier, que vivía entonces en un chalet magnifico que le había puesto el hijo del príncipe de Mónaco. Con ella me fui, y fue en su casa donde escribí estas memorias.

(1) Murió en 1922, calificado en una nota necrológica de The Times de el último boulevardier auténtico.

(2) Treinta y cinco en realidad.

Poco después de mi llegada supe que la casa de la rue de Chaillot había sido vendida y mis enseres puestos a subasta so pretexto de pagar mis deudas, que, según informaba Le Figaro, ascendían a más de dieciocho mil francos. Todos mis cuadros, plata, jarrones, estatuas, mi cama de caoba, las cortinas orientales del pabellón del príncipe en la Exposición, todo quedaba disperso. ¿Se aprovechó alguien honradamente de la venta?, porque no me cabe duda de que las facturas de cuberteros, tapiceros y modistas eran falsas.

Aquí, en Niza, he hecho amistades. Caro, que es un sol de compañera, me ha presentado a la sociedad monegasca y a una serie de caballeros, entre ellos, ingleses de la aristocracia, que en su mayoría residen en esta ciudad los meses de invierno. Seguramente me quedaré aquí, pues el clima es agradable y se puede vivir bien con mucho menos de lo que requiere la vida parisina, pero siento añoranza de la febril agitación de aquella ciudad, centro del mundo. Veremos.

Epílogo

Cora Pearl ya no recobró su posición social ni volvió nunca más a vivir en la opulencia. En 1874 vendió su casa del 101 de la rue de Chaillot a otra amiga de Caroline Letessier, Blanche d'Antigny, hija de un carpintero; ésta fue durante una época una cortesana casi tan famosa como Cora en la cumbre de su carrera. Durante un tiempo, Cora vivió con cierta holgura, aunque en 1877 tuvo que vender su plata y en 1880 ya no le quedaba ningún protector importante; además su rostro se había ajado, aunque conservaba un cuerpo hermoso. En 1881 se confirmó este extremo, cuando Julian Arnold, joven inglés hijo del editorialista del Daily Telegraph, tuvo ocasión de confortar a una vieja que encontró llorando en una acera en Monte Carlo. La llevó a su casa, y ella, en pago, entretuvo a él y a sus amigos contándoles anécdotas sobre sus amantes. Era Cora Pearl. Después, aquella noche, la mujer fue al estudio de mister Arnold con un batín de hombre que le habían dejado, como única prenda; se

despojó de él, ante el atónito joven, para descubrir su desnudez, diciéndole que quería mostrarle que, aunque había perdido todo, aún era hermosa. (Mister Arnold vivía aún a principios de los años cincuenta y debió de ser uno de los últimos hombres en tener esa curiosa experiencia con una de las cortesanas más famosas del Segundo Imperio.)

Pese a esta triste anécdota, parece que Cora Pearl vivió cómodamente casi hasta su muerte, con ayuda, según apunta uno de sus biógrafos, de algunas compañeras, quizá de los socios del Jockey Club, que, según se dice, hicieron una colecta para darle una pensión.

Vendió el castillo de Beauséjour en 1885 (ya por entonces con una fuerte hipoteca) y al año siguiente publicó las Mémoires, escritas en París, en el número 8 de la rue de Bassano, donde vivía en ún tercer piso.

Aunque la crítica, en general, acogió bien el libro, no era lo bastante sabroso para procurarle ganancias, aunQue más tarde causó bastante trastorno a su anciano padre, que entonces vivía en Baltimore.

Cora Pearl murió el 8 de julio de 1886 de cáncer. Hubo notas necrológicas en periódicos y revistas de Francia e Inglaterra, la mayoría bastante generosas. Su funeral, que costó treinta y ocho libras, lo pagaron algunos antiguos admiradores (según decía un periódico inglés) y la enterraron en el cementerio de Batignolles. Tres meses después, el público se arremolinaba en los salones de subastas del hotel Druot para pujar por su lingerie y ropa de cama, un collar de perlas de una vuelta, el retrato ecuestre de Lansac, un traje de montar con fusta, ochenta libros y varias pelucas rubias.

Librodot